

JEAN ECHENOZ

NOSOTROS TRES



Lectulandia

Un ingeniero que viaja hacia el Mediterráneo desde París se topa con un Mercedes en llamas, recoge a su propietaria y la lleva hasta Marsella. A las pocas horas un terremoto asola la ciudad. Ambos sobreviven, regresan a París y toman parte en un proyecto espacial con un astronauta, personaje que completa el trío. Una desbordante historia de amor, deseo, aventura, fascinación, celos, destrucción y naves espaciales.

Lectulandia

Jean Echenoz

Nosotros tres

ePub r1.0

Titivillus 26.05.16

Título original: *Nous trois*
Jean Echenoz, 1992
Traducción: Josep Escué

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Conozco bien el cielo. Me he acostumbrado. Todos sus matices tierra de Venecia, tilo, carne o azafrán, los conozco. En mi butaca, en la terraza, lo examino. Es mediodía. El cielo es blanco. Dispongo de todo el tiempo.

Ningún proyecto importante para mí este lunes, tan sólo dos objetivos ligeros para llenar como si nada la velada: la inauguración de Max en la sala de Pontarlier, luego la intervención de Blondel en el auditorio de la agencia. Voy a cambiarme: busco y encuentro enseguida, entre mis cien y algunas camisas, la más acertada para este plan. Como de costumbre, Titov duerme en su rincón.

A última hora de la tarde llamé, pues, un taxi, el cielo era blanco como un paño por encima de los Italiens. Max estaba ocupado al fondo de la sala con un japonés. Pontarlier vino hacia mí, sudando y sonriendo bajo sus bigotes en desorden —yo me corto el mío con más rigor—, mis ojos se reflejaban en su frente abombada. ¿Se ha visto?, me preguntó extrayendo del bolsillo una manita derecha blanda y húmeda, que derramó en la mía inundada en el acto. Su otra mano tendía una copa que rehusé. Demasiado grandes para él, sus dientes eran también demasiado planos y casi transparentes, de apariencia frágil, a veces en el fondo hasta dejaban de estar presentes. Aún no, respondí. Vaya a verse, dijo el galerista, vaya a mirarse.

Me dirigí hacia mi imagen sonriente con uniforme immaculado sobre fondo azul celeste, bajo el brazo mi casco acristalado, en el pectoral derecho mi placa de identificación. Aquella cara correspondía a la primera vez que trabajaba para los norteamericanos: a decir verdad sonreía menos en la foto, sacada en Daytona, que Max había usado para ese retrato; después tuve que posar tres o cuatro veces en su taller, únicamente para que arreglara la sonrisa. Me miré con rapidez y luego di la vuelta a la sala, observando con mirada imparcial los demás retratos, a los demás invitados: ninguno de éstos se parecía a aquéllos, parecía ser yo el único modelo presente. Me detuve un poco, eché un último vistazo al fondo de la sala, daba la impresión de que el trato estaba al caer entre Max y el japonés. Ahora intervenía Pontarlier. Me alejé.

Blondel llevaba ya rato hablando cuando entré en el auditorio. Veinte personas asistían a su exposición, balance anual de las actividades de la agencia. Encontré sin dificultad un sitio en el fondo de la sala, no muy lejos de Bégonhès. El orador acababa de evocar las primeras funciones, sobre todo marítimas, de nuestros satélites de observación —vigilancia de los navegantes solitarios, de los albatros excursionistas y de los icebergs a la deriva—, describiendo después sus tareas actuales —detección de los ríos desbordados, de las centrales nucleares con escapes y de los bosques incendiados— antes de precisar su papel futuro: vigilancia militar generalizada, por supuesto, pero asimismo mando a distancia de las válvulas de

oleoductos, desde los confines más remotos de Arabia hasta los de Alaska, y también gestión de las redes ferroviarias y regulación de los parques de camiones de carga pesada. Se recogería así, profetizaba Blondel, a cada momento, cualquier característica de cualquier camión en el mundo —velocidad y nivel de aceite, temperatura del remolque frigorífico, hasta la frecuencia de su aparato de radio.

Conocía todo eso, de modo que apenas escuchaba. Había ido sobre todo a saludar. Mientras esperaba que Blondel acabase, examiné sin demasiado interés la decoración del auditorio, tapizados laterales y gran logotipo dorado de la agencia sobre el estrado, al fondo. Las veinte personas presentes —técnicos en cohetes, periodistas y comportamentalistas,^[1] familiares y asociados, las dos chicas de siempre con traje chaqueta alrededor del tío del ministerio— no prestaban a aquel balance mucha más atención que yo. Hablaban entre ellos. Bégonhès, no lejos, pasaba sobre sus rodillas las páginas de un nuevo manual de aviación. Ante aquel relajamiento de la atención, Blondel subió el tono de voz, los murmullos se amplificaron en cuanto abordó su tema preferido: la inmediata generación de satélites encargados entre otras cosas de cartografiar el fondo de los mares, de evaluar la energía de las olas, la deriva de las placas y el sentido de los vientos.

Terminado su discurso, todo el mundo se levantó charlando un tono más alto, yo bajé por el pasillo hacia el estrado donde Blondel ordenaba enfurruñado sus papeles. Lo rodeaban sus colaboradores más próximos, su asistente Vuarcheix, Lucie, a la que sonreí de lejos, luego el ingeniero Poecile que pretendía que en definitiva no había resultado tan mal. Calle, gruñó Blondel sin haberme visto, me doy perfecta cuenta de que les importa un bledo. No será este año cuando nos concedan los créditos. Seguía barajando sus papeles como naipes gigantes, con aire de quien los cede a otro, de quien ha perdido su baza. Nos queda Cosmo, esgrimió Vuarcheix, caray, contamos con Cosmo.

Blondel se encogió de hombros, yo sabía como él qué pasaba con el satélite Cosmo, el primero de aquellos artefactos ambientales puesto en órbita cuatro años atrás. Tras su última avería, irreparable desde el suelo, el artefacto Cosmo ya no transmitía más que datos parciales y fotos incompletas con frecuencia borrosas. Tosí. Ah, dijo Blondel, también estaba aquí. Ya ha visto lo que les importa. Normal con todos nuestros lanzamientos fallidos, justifiqué, todas nuestras explosiones. La explosión da risa a la opinión. Pero ya verá como nos rehacemos. Que el cielo le ampare, suspiró Blondel volviéndose hacia Lucie, que me sonrió otra vez. ¿Cena con nosotros? Velada entre hombres, precisó, Lucie debe dejarnos, desgraciadamente. Gracias, respondí, no.

Me alejé.

Tras mi partida, a eso de las diez, Blondel había entrado a telefonar al despacho de Poecile. Séguret, dijo, soy yo. ¿Se ha ocupado de las válvulas de inyección? Lo intentamos, lo intentamos, afirmó Séguret. Lo encontraremos. Sí, dijo Blondel. ¿Está

aún Meyer? ¿A estas horas?, dijo Séguret. Un momento, voy a ver.

Amordazando el aparato con una mano, el ingeniero Séguret se había vuelto hacia un amplio escritorio al fondo de la estancia, hacia otro ingeniero de alta estatura, proporcionado a aquel escritorio, inclinado sobre él.

—Meyer —dijo Séguret—, es Blondel que pregunta por ti. ¿Estás?

2

El simún, viento muy cálido, se levanta en borrascas al sur del Marruecos sahariano. Produce torbellinos compactos, ardientes, cortantes, ensordecedores, que ocultan el sol y agrietan la piel del beduino. El simún reconstruye el desierto, expropia las dunas, reviste los oasis, la arena dispersa va a introducirse profundamente por todas partes, hasta dentro de la uña del beduino, en el turbante del tuareg y el ano de su dromedario.

El tuareg, enfundado de azul, permanece inmóvil en la jiba de su montura. Cerca de él, estatuas en la tormenta, otros tres tuaregs esperan que amaine. La arena levanta un zócalo, polvo de piedra en torno a los tobillos de los animales. Cuando el tuareg más joven, despavorido, grita que se hunde y que no puede más, sus compañeros mayores no le contestan. Envueltos en sus telas, no habrán oído la voz del bisoño. La tormenta chirría enormemente a su alrededor.

Más instruidos que el joven meharista, los mayores saben que el fenómeno llega del corazón del continente, que un aquilón procedente del África central desgarrará de vez en cuando el gran desierto del norte cuya extensión estéril hace hervir y cuya espuma transporta más allá de los mares. Deslastrándose en la superficie de las aguas, como un globo aerostático, de los sacos de arena del Gran Erg, estremeciendo a su paso el titanio de los Boeing, el desierto vuela hacia Europa, de la que va a espolvorear el noroeste, perfeccionar el revestimiento de las playas y propulsar granos en todos los engranajes.

Cruzando hacia el norte, la alfombra volante marroquí toca París en mitad de la noche, se disemina uniformemente por la capital sin omitir por supuesto el sector Maroc, hacia Stalingrad después de la calle Tanger: cubre la calle Maroc, la plaza Maroc y el callejón de Maroc al extremo del cual vive Louis Meyer, hombre astigmático y formado en la Escuela Politécnica, de cuarenta y nueve años desde el jueves pasado, especialista en motores de cerámica. Hombre infiel y divorciado de una mujer, llamada de soltera Victoria Salvador y nacida el día en que se inventó el transistor. Hombre solo y abrumado de trabajo que va a tomarse, por su cumpleaños, una semanita de playa.

Es de día, Meyer prepara su equipaje. Procede con método: de arriba abajo del cuerpo, luego de dentro afuera de la persona, del gorro de playa a las sandalias de plástico, luego de la aspirina a la crema solar. Creo que está todo, ¿me dejo algo? Meyer mira en torno el orden que reina sobre pocos accesorios, cuatro o cinco muebles baratos, entre ellos un feo y enorme sofá, cubierto con un tejido estampado a cuadros. Un televisor portátil, un transistor conmemorativo. En una pared quinientos libros se apilan y se asocian, se completan y se combaten sobre puntos de mecánica celeste, física de los sólidos y dinámica de los fluidos en varios idiomas.

Meyer es metódico pero su mirada, a veces, flota más allá de las cosas que tiene que hacer. Ya sea que se proyecte una secuencia choque de su divorcio, que anticipe

esa semana de vacaciones en casa de Nicole, según el caso, sus ojos se fijan en uno de los ektachromes cóncavos adosados a la pared sobre el cubrerradiador; uno representa el castillo de If, el otro es un plano norteamericano sobreexpuesto de Victoria, Salvador de soltera, ex Meyer luego.

Meyer cierra el equipaje y resopla. Vamos allá, dice en voz alta antes de cortar el gas, el agua, y después de cerrar la puerta. Sale de la casa con dos bolsas de viaje en la mano, bajo el brazo la radio extraíble del coche. El callejón Maroc ha tomado un tonillo amarillento durante la noche, tapizado ahora con una película de arena fina que apaga los sonidos, afelpa a la gente, orea el aire, produce un silencio de domingo, como sabe hacerlo la nieve bajo el sol frío; como en la nieve se leen en ella las huellas de las pisadas.

Los coches aparcados en el callejón parecen vacíos pero se distinguen, en la bandeja, algunos diarios doblados, mapas y guías de carreteras, paraguas y catálogos, cajas de Kleenex y pequeños ventiladores o por ejemplo un peluche decorativo descolorido, un sombrero verde, un guante verde, un listado de ordenador, la edición de bolsillo de una novela de Annabel Buffet, rara vez más de una o dos de estas cosas a un tiempo. De todos modos no se ven muy bien detrás de los cristales velados por una película de Sáhara, maquilladas con unos polvos que apagan el brillo. Meyer pasa un trapo por los cristales de su coche, sube a él y cierra de un portazo. Contacto, starter, motor, cinturón, primera, radio. Luego no está muy seguro de haber desconectado la electricidad en el piso.

Baja del coche, vuelve a su casa renegando por lo bajo. Al llegar a la puerta, como oye que dentro suena el teléfono solo, entrecruza rápidas hipótesis mientras busca la llave: ¿quién llamará a estas horas? Desde luego, Martine no. Monique aún no, Françoise ni hablar, mamá no creo. Pues quién. Victoria.

Ni hablar de Victoria, por supuesto, cretino. Ninguna señal de vida desde hace dos años como sabes muy bien. No, es Blondel al aparato, que llama a propósito de las válvulas de inyección. Blondel siempre al pie del cañón, despierto siempre antes que el día: ningún fallo, ninguna flaqueza en ese hombre aparte de un perro repugnante y bajo, llamado Dakota, supuestamente ínfima variedad de bull-terrier, probablemente cruce de ratero y rata.

—Intenté hablarle anoche —dice Blondel—, pero ya no estaba. Está resuelto el problema del suministro de ergol, creo. Se le ha ocurrido a Vuarcheix. Sencilísimo, bastaría con recalibrar los orificios a la salida de las válvulas.

—Buena idea —asiente Meyer.

—Advierta que nada está realmente solucionado con ello. Los conectadores umbilicales, las turbobombas. Todo eso que está estancado y no avanza.

Los dedos de Meyer teclean una melodía en la tablilla del teléfono: lo que pasa es que yo ya no estoy, dice. Aquí donde me ve, estoy a punto de marcharme. Sí, reconoce Brondel, sus vacaciones, es verdad. Lo había olvidado. Bueno, lo dejo, dice antes de colgar y marcar luego el número del ministerio en el otro teléfono mientras sin aliento, encima del escritorio, el animal Dakota se agita débilmente, produciendo baba y gas en abundancia.

Meyer, habiendo cortado por fin la electricidad del piso, pasados treinta minutos, volvía a arrancar, hacía buen tiempo cuando salió de Paris, y preveía cerca de Beaune una sola parada para la gasolina y el café. El tráfico era como de costumbre muy denso y nervioso, aunque quizá aún más denso y nervioso que de costumbre, ya en los primeros kilómetros, varados en los arcones, se encontraba por ejemplo una buena proporción de vehículos accidentados.

La mayor parte de ellos sólo estaban abollados por fuera, pero tres, volcados de lado, representaban el teatro de batas blancas, enfermeras y sangre reciente bajo el cielo azul de ultramar, y no menos tricolor era el tráfico: pálidas ambulancias, grúas escarlata y furgones azules de la gendarmería, iban y venían entre todo ello actores dolorosos, blandiendo desesperadamente formularios mientras señalaban una u otra parte contusa de su anatomía, de su carrocería.

En los carriles abarrotados de la autopista, los conductores parecían tensos como si todo estuviera a punto de estallar; frenando para captar mejor los momentos más intensos del espectáculo, creaban uno de esos atascos exuberantes, febriles, radiantes de imprecaciones y cláxones, señales de luces, cajas de velocidades crujientes y parabrisas estrellados, parachoques magullados entre el rugir de los cilindros enjaulados. Meyer decidió circular por el carril de la derecha, temiendo la hostil vivacidad de los usuarios que acabaría calmándose, progresivamente, al hilo de los kilómetros: menor consistencia del tráfico, relaciones más relajadas entre los

vehículos. Pero igual de fastidioso.

Todas las mañanas laborables del año, para ir a trabajar, Louis Meyer toma la autopista del Oeste hacia su laboratorio. La del Sur, ahora, no debería suponerle cambio alguno: todas esas carreteras de seis carriles se parecen, los automovilistas deberían conducirse idénticamente. Pues no, la que lleva al trabajo asalariado no sabe igual que la que accede a las vacaciones pagadas, no reina en ellas el mismo ambiente. Es como todas las mañanas, para vestirse: si los movimientos son idénticos, el ardor no es igual ni la disposición de ánimo según Meyer se enfunde en un mono de trabajo o se ponga sus bermudas, calce zapatillas deportivas o botas protectoras.

Pero ese aire de vacaciones nunca altera bastante el aburrimiento de la autopista: para distraerse Meyer cantaría un poco, diversas músicas, hablaría solo en voz muy alta a veces, gritaría las respuestas a los concursos radiofónicos. Después, cansado de su propio ruido, con una mano, un ojo, efectuaría el inventario de su guantera. Pero como del fondo de aquel receptáculo surgiría de inmediato una pequeña pulsera de algodón amarillo y azul trenzado, olvidada allí desde hacía años, Meyer desanimado de pronto lo cerraría acelerando vivamente. Un poco de velocidad, venga, para no pensar en lo mismo.

A toda velocidad cruzaron por su mente otros objetos dejados por Victoria en su casa, tres o cuatro medias, dos camisetas imposibles de llevar y algunos accesorios de maquillaje, pincelitos que perdían sus cerdas, frascos de lociones, restos de colorete; todo esto se había dejado tirar sin dificultad. Más difícil había resultado con un par de prendas íntimas negras descubiertas mucho más tarde, mucho después de su marcha, un día de limpieza general en el más hondo estrato del ropero del vestíbulo: una de arriba, otra de abajo, ligeras referencias anatómicas muy elocuentes, muy emotivas, muy difíciles de tirar, pero con todo se había desprendido de ellas. Con todo se había desprendido de ellas. Sólo había conservado, clavado con chinchetas en una pared de la cocina, un retrato de mujer morena que siempre le recordó a Victoria, aunque ésta era rubia, una fotografía de Cindy Sherman titulada *Untitled film still # 7*.

La pulsera sigue girando entre sus dedos cuando el coche deja atrás la salida de Avallon, él sabe que su pensamiento no debe tomar ese rumbo. Lo cual no impide que el encuentro entre Louis Meyer y Victoria Salvador hubiera empezado con un largo beso, uno de esos larguísimos besos que hacen historia, marcan una época y de los que no se ve el final, como si no se fuera a poder respirar de otro modo ni ver el mundo de otra manera. Por lo demás, no habían visto a nadie durante las seis semanas que siguieron, durante cuarenta días de su vida reducida a acoplarse, dormirse, acoplarse, dormirse, acoplarse, dormirse; pero no basta con dormirse y acoplarse, también hay que levantarse para ir a trabajar, para ganar el dinero que permitirá comprar bebida y comida, flores y ropa que se arranca febrilmente para acoplarse otra vez antes de volverse a dormir.

Cuando el amor es tan vivo, ocurre que empalaga: detrás de la estrella en primer

plano surgen cantidad de otras chicas rubias, primero indistintas en el decorado, que cruzan discretamente, totalmente al fondo, como si el mundo quisiera recordar que está poblado de tales figurantes. Rubias tras las cuales va a rezagarse Meyer cada día más, enfocándolas a ellas hasta desplazar a su vez a Victoria hacia el campo de lo indistinto. Hasta que Victoria juzgue que ya basta.

Ahora bien, el pensamiento de Meyer tampoco debería tomar en modo alguno este rumbo. Para protegerse se concentraría en el paisaje, leyendo las cosas escritas a su alcance: nombres de las áreas de descanso, precios de los carburantes, indicaciones pintadas en los largos camiones, eslóganes fijados en los cristales traseros, Citroën preconiza Elf, Austin-Rover dice Castrol, ¡NO a la fábrica química de Grez-en-Bouère! Pero tan tenaz es la nostalgia, tan viva la añoranza de Meyer, es un embrollo tan grande que por analogía aquellos adhesivos acabaron recordándole el pequeño jaguar azul tatuado detrás del hombro de Victoria. Luego, al adelantar a una grúa que remolcaba un Peugeot familiar lleno de niños consternados (¿qué es lo que falla?, ¿la carburación?, ¿el alumbrado?), su humor calcó el de ellos, se tomó a sí mismo por aquel Peugeot, la grúa de su destino arrastraba su físico y su moral a media asta (¿qué es lo que falla?, ¿la hipertensión?, ¿el estrés?), y hasta Lyon la cosa no iría muy bien.

Veinte kilómetros antes de Lyon, aquellas ideas aflojan la marcha y se inmovilizan en la cabina de peaje: Louis Meyer saluda al empleado. Tiende el ticket metido en un billete doblado, recoge la vuelta, da las gracias al empleado, lo saluda otra vez. Costilla flotante en el cuerpo del mundo, Meyer pone con todo gran empeño en ser educado en los peajes.

Doscientos kilómetros después de Lyon, hacia la entrada en el Vaucluse, sobre un paisaje llano amueblado a la derecha por las tres chimeneas de un supergenerador, Meyer divisó el hilo de humo negro.

Raya vertical retorcida, trazada en el cielo pálido, estrecha columna de capitel espiral: en su base un Mercedes amarillo estaba aparcado de través a un lado, a caballo sobre la franja de parada urgente. Del capó se escapaba aquel chorro de barro gaseoso, denso, algunas de cuyas pegajosas partículas, sucedáneos de insectos aplastados, embadurnaban los parabrisas de los coches que pasaban. Éstos aceleraban vivamente a la altura del Mercedes, alejándose de él lo más rápido posible. Nada heroico ni especialmente altruista en Meyer: si frena poniendo su intermitente, si va a aparcar cerca del gran fumígeno, no es tanto por interés hacia el prójimo cuanto hacia sí mismo, es sobre todo para pensar en otra cosa.

Una mujer joven permanecía de pie cerca del Mercedes, gran cabellera pelirroja y abrigo de pieles fuera de tiempo del mismo tono, correa de una elegante bolsa informe colgada del hombro. Desde dentro de su coche, del que no salió enseguida, Meyer sólo la veía de espaldas, inclinada hacia la puerta en medio del humo. Hablando desde el fondo de su cabellera por un teléfono cuyo hilo pasaba oblicuamente por el cristal bajado, sujetaba el aparato entre tres dedos prudentes, un poco alejado, como si fuera él el que podía estallar. Pero al mismo tiempo parecía expresarse con calma, sin el desorden jadeante de una llamada de auxilio: aunque Meyer se proponía en principio acudir en su ayuda, primero se quedó inmóvil detrás de su volante, presa de un escrúpulo, una preocupación incongruente de no molestar, prefiriendo esperar a que hubiera colgado.

El humo, bruscamente, cambió de color y consistencia, más espeso aún, más opaco, de un negro puro expresado en borbotones precipitados. No por ello se había movido la joven, obligada tan sólo a hablar algo más fuerte en su aparato, ya que al humo acababa de sumarse un fuerte ruido de resuello viscoso, como si el motor empezara a hervir. Cuando sonó una deflagración sorda como una aspiración de aire, haciendo florecer por encima del capó un gran ramillete ligero de llamas de color amarillo claro, marchitadas en el acto, Meyer juzgó que era hora, tal vez, de intervenir.

Abre la puerta, sale del coche. Sin duda alguna lo detiene, lo desconcierta la conducta de aquella mujer pelirroja, que parece tomarse todo el tiempo ante la inminencia del siniestro en vez de huir, que lanza aún tres palabras al teléfono antes de inclinarse, para colgar, hacia el interior de su coche. Rodeándolo sin precipitarse, extrae del maletero un par de bolsas que deja en el suelo. Saca también y afloja luego un pequeño extintor color bermellón, cuyo contenido va a proyectar al capó, sin apresurarse más, con golpecitos elegantes, lo mismo que vaporizaría agua destilada en sus plantas de interior. Está loca, piensa Meyer. Echa a correr.

Corre, apenas ha avanzado cuatro o cinco metros cuando el fuego resucita en el Mercedes; franjas verde acetileno y corazón gris hierro, altas llamas anaranjadas se adueñan del vehículo y empiezan a devorarlo por delante, bajo un intenso zumbido de fábrica de gas desbocada. Pero la joven no parece impresionarse, sigue rociando el incendio con delicados gestos de ama de casa, en medio de la pestilencia ácida del neopreno y el teflón ardientes, de la pintura y el aceite en fusión. Meyer llega junto a ella en pleno estrépito. Sin presentarse como requeriría la costumbre, le grita algo que ella no parece oír y luego le coge el antebrazo: aléjese, grita más fuerte, váyase de aquí. La mujer se vuelve soltándose el brazo, movimiento condescendiente de la barbilla, mirada de hielo para extraños. Pero lárguese, la madre que me parió, vocifera ahora el extraño que agarra sin miramientos el otro brazo de la joven, dificultosamente por resbalar en las pieles del abrigo, y trata de arrastrarla a distancia de la hoguera.

Y la muy imbécil se resiste, suelta con los movimientos su extintor, el extintor cae en un pie de Meyer que hace una mueca entre el tumulto in crescendo: secas crepitaciones, impactos furiosos, estallido de cristales y neumáticos, explosiones de accesorios y opciones, desgarradores chirridos rubrican la agonía de órganos más esenciales. De todos modos Meyer sudoroso no oye ya nada, arrastra y empuja a la joven fuera de aquella horrenda mierda murmurando otras graves groserías, le ordena que se eche al suelo en cuanto parecen estar lo bastante lejos. Como se resiste aún le da un empujón, la tumba, cayéndosele encima y su nariz acaba de hundirse en el perfume de las pieles cuando todo el supercarburante contenido en el coche explota.

El coche explota produciendo un ruido de fuerte tos seca, breve y más bien decepcionante pero seguido al punto de mil alegres cascabeleos de metal, vidrio, cromo, pernos que ruedan y rebotan por la autopista, diluvio de chatarra que los conductores de paso evitan con rápidos giros de volante, brutales pisotones en los pedales como hacen los organistas. Todos han huido, vuelve el silencio. Meyer, acurrucado, permanece hundido hasta los ojos en el abrigo de pieles, completamente hecho polvo como al final del coito, a veces. Luego sin moverse abre un ojo, mecánicamente examina el estado del supergenerador.

Detrás del Mercedes quemado, más allá de una línea de tilos, la central nuclear es un edificio plano flanqueado por construcciones cilíndricas patiocortas, cubiertas por cúpulas, un largo edificio plano que dominan tres chimeneas gigantes, con perfil de catedrales y ensanchamiento de torres de aguas. Unos cables eléctricos ensartando bolas rojas y blancas comunican altos postes con travesaños, mientras de las chimeneas se escapa una masa ligera de inmóvil vaho celeste, himalayano, inmaculado. Hundido aún en el blando soporte de pieles, con la conductora del Mercedes debajo, Meyer no aparta la vista de la central. Sin gana alguna de moverse. Pero no tiene más remedio que hacerlo cuando la joven, con voz apagada, le pregunta si no le molestaría mucho dejar que se levantara.

Habiéndose sacudido el polvo, se dirigieron luego hacia el coche quemado, hacia

su ancha mandíbula amarilla desencajada. Abierto de través, el capó descubría unas entrañas mecánicas devastadas, válvulas y émbolos dislocados, duritas rezumando grasa y aceite como las arterias seccionadas de un robot. Meyer echó un vistazo al interior del vehículo: volante multiplicado por ocho, retrovisor colgando como un diente de su nervio. Hundido sobre su eje, el pomo licuado del cambio de velocidades era un hongo podrido en su tallo; de los asientos sólo quedaba el esqueleto graduable. ¿Adónde iba?, se interesó Meyer.

La joven sacaba un Benson de su bolsa, lo encendía mirando su coche, luego se volvía hacia él. En cualquier caso, dijo Meyer, si quiere podría acercarla hasta Marsella.

Pero antes, so pretexto de oscuras cláusulas del seguro, Meyer tendría que desroblar las placas renegridas del Mercedes, siguiendo las instrucciones de la joven que las mete en la bolsa informe. Luego cargaría en el maletero su equipaje de mano, maletín y neceser de tocador en piel de avestruz de color rojizo, mientras ella se instalaba en el asiento delantero del coche, fumando otro Benson sin decir palabra.

No hablaría mucho más hasta Marsella. Él sí intentaría algún inicio de conversación, pero en vano: sólo obtendría en respuesta tres monosílabos apenas murmurados, ni siquiera un par de gestos evasivos con la punta de los dedos, y casi ni una mirada. Cuando se le ocurrió presentarse, indicar, por lo que fuera, al menos su nombre de pila, la conductora del ex Mercedes amarillo reaccionó con un movimiento automático de cabeza, sin manifestar su propia identidad. Conforme, llamémosla Mercedes y dejémoslo correr. Ayudad al prójimo, pensaba Meyer no sin amargura. Le importaría abrocharse el cinturón, sugirió después algo ofensivamente.

Luego manipulaba demasiado nervioso la radio sin pedirle su opinión a la joven, topando con un programa de informaciones prácticas: una voz gangosa recalca que los niños pequeños, debido a su reducida estatura, resultaban poco visibles para los conductores de camiones pesados. Demasiado nerviosamente también cambió de emisora: una trepidante musiquilla sugería a las oyentes que aprovecharan a fondo, sin perder un minuto, las supergangas a precios tirados que ofrecía un centro comercial. Meyer apagó la radio excesivamente nervioso.

Silencio completo hasta Marsella, ya no hubo más distracción salvo cuando unas obras comprimieron el tráfico en un solo carril con limitación de la velocidad: Meyer pudo seguir entonces treinta planos en una película rosa en el televisor, fijado cerca del retrovisor, de un autocar español verde detrás del cual se arrastraron el tiempo que duró un tercer Benson. Mercedes acababa de sacar unas gafas negras de su abrigo de pieles. Estaban llegando.

Antes de la catástrofe, la entrada en Marsella presentaba unas largas y abruptas pendientes a un lado y otro de la autopista. Pendientes provistas de bloques de pisos de alquiler descoloridos, gran hospital pálido que dominaba una lluvia de casitas enlucidas, alcaldías de barrio prefabricadas, bastantes huertos y parcelas edificables. Algunas villas de finales de siglo con terrazas y campaniles convertidas en institutos de acción social a no serlo en centros de medicopsicopedagógicos. Algunos solares vacíos más, pero también dos o tres grandes superficies enmarcadas en campos de carritos. Empezaba a hacer calor, el sol embadurnaba el panorama con un aire pesado, habitado por los olores fantasmas de las fábricas de jabón disueltas y las de aceite en quiebra, áspera e insípida atmósfera en la que no se adivina la proximidad del mar, hacia el cual sin embargo descendían. Meyer empezó a sudar. ¿Dónde puedo dejarla?

Con un ondear de hombros y omóplatos, apretando los codos contra el cuerpo y alzándose un poco, Mercedes acababa de quitarse el abrigo de pieles debajo del cual

una blusa verde claro, bastante escotada, liberaba una precisa y preciosa idea de su busto. En cualquier sitio, respondió con voz distraída, una parada de taxis. Luego, al meterse por el tramo de vía rápida suspendida que da acceso al centro por encima de los muelles, por encima de las dársenas de atraque y los diques de carena, la joven demasiado indiferente se asomó al mar. Habrase visto, piensa Meyer, por quien se toma.

Amoscado por sentirse un poco amoscado, bruscamente afanoso de quitársela de delante, frenó con violencia en la primera parada, ¿le va bien esta? Sin aguardar una respuesta, con paso marcial fue a sacar del maletero el maletín y el neceser de tocador que dejó sin consideración directamente en la arena sucia, sordo a las protestas del avestruz ultrajado. Mercedes se tomaría todo el tiempo, por supuesto, para bajar del coche antes de acercarse, negligente, mirando a otra parte, con el abrigo echado de cualquier modo en el brazo. Iba a agacharse hacia sus pertenencias, cuando Meyer descontento de sí mismo se anticipó a su movimiento, recogéndolas para tendérselas con una sonrisa seria. Pues bien, la joven sonrió a su vez. Pues bien, lejos de lo previsible, la más radiante sonrisa del mundo inunda de pronto a Meyer como un sol sentimental, un sentimiento continental cargado de todo lo que se espera, todo lo que se espera del siglo. Ahora es cuando, súbitamente, ágil y rápido, debería saltar a bordo de esta sonrisa, acomodarse y huir con ella para toda la vida —pero vaya, la chica se ha ido.

Para llegar a la casa de Nicole bastaba mantener luego un simple rumbo este-sureste, paralelo a la costa. Pero el sol, el calor, la falta de un plano de Marsella y la sonrisa de Mercedes hicieron que Meyer emocionado acabara perdiéndose. Primero extraviándose en pleno centro de la ciudad, luego desviándose irresistiblemente hacia su periferia: los bares fueron escaseando, como las tiendas de comestibles, las calles se transformaron en carreteras, luego se estrecharon, sinuosas y cruzadas por bandas a la deriva de perros marginados, deambulando sin placa de identidad.

Perdido, reconociendo su error, los esfuerzos de Meyer por reducirlo no lograron sino agravarlo, como se estrangula mortalmente un nudo que se quiere deshacer: bajo sus ojos se descomponía la periferia urbana. Al extremo de un camino sin arcén, una construcción gris y baja podía ser un refugio de paso. Al extremo de otro se habían agrupado tres caravanas inhóspitas, cubiertas de abigarradas telas y antenas torcidas. Cada vez menos viviendas, algún que otro edificio desierto de una sociedad de obras públicas, un almacén que vigilaban otros modelos de perros, domesticados, incorporados al orden del lenguaje articulado, mejor alimentados pero menos amigos de bromas. Luego el paisaje empezó a presentar auténticos lotes rurales relativamente conservados: pequeñas zonas hortícolas, silos, pequeñas granjas flanqueadas por corrales. Definitivamente desorientado, Meyer paró ante una de ellas para preguntar el camino.

Aparcado el coche a un lado de la carretera, con medio neumático en la cuneta, Meyer se acercó a la entrada. A primera vista no había nadie en el patio, tan sólo un

plátano en el centro. Después Meyer distinguió la cabeza y el pecho luciente de un caballo loco en la penumbra de una cuadra, recio animal espumeante con ojos helados de terror y que, encabritándose de pronto, empezó a dar golpes con los remos anteriores contra la puerta de su compartimiento. El choque repetido de los cascotes sonaba primero de modo siniestro, luego Meyer advirtió, por algunas señales más, que una atmósfera inquieta pesaba sobre el corral: temblequeante hilera compacta, las gallinas se habían encaramado a una rama del plátano, ocupando la rama de encima algunos patos hipertensos, lejos del redondel de agua fangosa al borde del cual, mirada inmóvil y cerdas erizadas, cuatro cerdos parecían en estado de shock. Todos ellos respiraban menos un miedo preciso —los malos tratos, los oficiales carniceros, los hornos microondas— que un profundo malestar indeterminado. Sólo dos nuevos perros beige y gris, tumbados en el umbral de la granja, parecían aún en paz consigo mismos.

Por lo demás, después de que Meyer llamara dos veces en el marco de la mosquitera, salió el granjero, que no tenía pinta de mala persona. Con una voz que denotaba a un tiempo el final de la siesta y la tierra catalana, indicó con mucho gusto la dirección del mar. Luego, habiendo empezado de nuevo a dar golpes el caballo, como un enorme juguete mecánico estropeado, los dos perros mudos junto a la puerta se irguieron bruscamente, tiesos sobre la punta de sus uñas descascarilladas. Temblorosos, se pusieron a aullar de consuno, acompañados en off por todos sus congéneres del vecindario, perros guardianes y perros caídos en desgracia, pastores alemanes o bastardos al margen de la ley. Frunciendo una plácida ceja, el cultivador se agachó hacia los suyos para calmarlos en su lengua materna, lentamente volvieron a tenderse gimoteando. ¿Qué les pasa?, preguntó Meyer.

La tormenta, quizá, supuso el cultivador. Antes de que estalle se ponen así, a veces. A veces. ¿Ha entendido bien el camino? Sí, dijo Meyer, gracias. Una hora más tarde, con un cielo nada borrascoso, llegaba delante de la casa de Nicole.

6

Había conocido a Nicole cuando no era más que un hombre abandonado por Victoria, uno de esos pobres viejos tipos desamparados que analizan la letra de las canciones de amor tristes en el transistor del cuarto de baño, solos en el fondo de un albornoz en el espejo, frotándose ya para nadie los dientes con el cepillo hasta sangrar. Nicole había sido un gran consuelo para Meyer al final de la era victoriana, luego, cuando las cosas se habían calmado, ya sólo habían sido amantes eventualmente, en alguna ocasión, no lejos de una cama demasiado vacía después de dos o tres copas vaciadas demasiado aprisa.

Pero ahora ya no. Ahora, periódicamente, Meyer viene a pasar unos días de vacaciones a casa de Nicole, villa mediana de color amarillo paja descolorida, tres habitaciones encima de una gran sala de estar que prolonga una terraza plantada de aguileñas, lirios, acederas. Ocupa siempre la misma exigua habitación que da al mar, separada de un minúsculo aseo por un escalón traidor, especialmente peligroso cuando no se lo conoce. Meyer lo conoce muy bien. Pez en el agua de las fiestecillas que da Nicole cada dos o tres noches, le sobra siempre dónde escoger entre la rumorosa, floreciente, polícroma reunión de mujeres jóvenes.

¿No quieres ducharte?, sugiere Nicole, ¿no tienes un poco de hambre? ¿No te gustaría que te preparara alguna cosilla rápida ligera? Un huevo pasado por agua, hombre. Bueno, dice Meyer, de acuerdo, pero no quisiera. Vamos allá, clama Nicole, sumergiendo dos huevos en el agua hirviente. Ahora, criaturitas, a cocer.

Meyer la mira trabajar, coge su vaso en el que gira un cubito, se tiende no lejos en la terraza en la tumbona, la tarde toca a su fin. Un disco de suave música tropical gira a bajo volumen, un resto de céfiro da un poco de aire marino, el lirio y la jeringuilla respiran lenta, profundamente, muy lejos de las guerras y el estruendo de las bombas, lejos del tableteo de las armas automáticas, las granadas ofensivas y la artillería pesada; ni llantos ni quejidos entre los tuestos de verbena, las tumbonas a rayas, los parasoles con lunares; la paz. Dos aros de hierro mantienen el hormigón corrompido de un pilar.

Nicole, entre tanto, habla, da noticias precipitadas de Georges, a quien ha dejado por un tal Bill, quiero que conozcas a Bill, de Chantal, que no está para nada desde que Fred se ha instalado en casa de Jean-René, de Pierre-Paul y de Marie-Cécile, Youssouf y todos los demás, de todos modos los verás esta noche. Salvo al tal Bill, Meyer conoce todos esos nombres. Nicole habla también del tiempo, especialmente bochornoso desde hace dos días, ¿estás seguro de que no quieres ducharte, de verdad? Meyer no contesta, Meyer se pasa la yema de los dedos por las mejillas húmedas, a contrapelo, felpudo maquinal.

Se levanta, va hacia la balaustrada y comprueba el panorama. Al fondo: el Mediterráneo. A la izquierda: tres colinas de piedra blanca se suceden hacia el mar: diríanse tres carpas de circo a las que una docena de bloques de viviendas,

construidos en su base, sirven de piquetes; un nuevo bloque está, además, en construcción, velado por dos altas grúas amarilla y verde. A medio camino se extiende un hipódromo oval, no lejos de la playa que no está más que a diez minutos andando. Silenciosamente, Meyer se proyecta la sonrisa de Mercedes mientras Nicole prosigue el inventario de sus amigos por venir. ¿Cuándo llegan?, pregunta Meyer distraídamente.

Hacia las diez estaban todos allí: los hermanos Barabino (Georges es árbitro internacional, Pierre-Paul creador de productos), Marie-Cécile y Youssef (que se ha quedado el restaurante de la punta con Mickey), el doctor Braun y su terranova Black, Jany Laborde con bustier negro acompañada de su hermana pequeña Sandrine Laborde con body verde (y que hace esta noche su entrada en sociedad), Dédé Gomez (montador de andamios, puntal de veladas), Chantal, por último, que, en efecto, no parece estar muy bien. Núcleo de íntimos a cuyo alrededor gravitaban además numerosos satélites. El tal Bill no estaba aún, pero entre los satélites figuraban atractivos criaturas. La anatomía de una rubia espumosa, en particular, requirió de entrada la atención de Louis Meyer, enseguida quiso saber quién era: Cynthia, modelo de profesión, puntos de ópalo en las orejas, cadena de oro en los tobillos. Detrás de cada uno de estos atributos, Meyer se olía al punto la falsificación — nombre de guerra, trabajo temporal, bisutería—, pero cortejó a la joven sin perder de vista a otra rubia (Marion Morhange, la sobrina del doctor Braun).

En la terraza, cuyo piso de cemento restituía por capas el bochorno acumulado todo el día, Meyer se entretenía, pues, con el satélite artificial, lo más cerca posible. Faltando aún en la fórmula sanguínea de los invitados unas gotas de alcohol, nadie, de momento, abría el baile. Así, la música se mantenía baja, provisionalmente como música de fondo, frenada al volumen mínimo aunque atenta al menor gesto, el meneo más discreto, apuntalada en su mueble, pronta a todo. El mar estaba un poco demasiado quieto, un poco demasiado lejano para que se oyera el sonido de sus olas, pero desde las encinas circundantes corales de insectos tañedores rozaban el aire, rascándolo con la punta de las uñas, en oleadas de intensidad variable que dominaban a veces las conversaciones. Después, de refilón aparecieron los cuatro tiempos distintivos entre mil de una Triumph Bonneville 650, ese zumbido bicilíndrico y redondo que sólo pertenece a las viejas motos inglesas y que acabó inmovilizándose al ralentí, al pie de la terraza, y extinguiéndose tras un postrer gruñido de acelerador lanzado al vacío. Bill, supongo. Meyer siguió a Cynthia hasta la balaustrada.

Inclinado sobre su montura bajo el halo tibio de una farola, un atleta fijaba con calma la cadena antirrobo. De lejos, vestido con un pantalón de chándal rojo con una tira lateral blanca y una camiseta con el sustantivo URGENCIA pegado en rojo sobre blanco, encarnaba la idea del socorrista o del bombero, la alegoría de los primeros auxilios. Sus dientes dispararon un flash cuando con ademán amplio saludó a Nicole, encantada de verlo subir a paso ligero el acceso a la villa.

Revuelo cuando un instante después el atleta apareció en la terraza, amplios hombros y amplias mandíbulas, amplia sonrisa y habla alta, altas botas deportivas de atadura complicada: al instante se habían colgado de su robusto cuello, enloquecidas, todas las chicas. Cuando Nicole se acercó a Meyer para presentarle a Bill, un simple momento de distracción bastó para que Cynthia se esfumase. Un instante después, no lejos, Meyer la vio acaparada por un muchacho rechoncho, fornido, más bajo que ella, con una cazadora marrón —siempre tienes que vigilar muy de cerca a ese tipo de satélite, dispuesto a escapar de su órbita en cuanto se distrae tu atención, en cuanto tu telescopio deja de enfocar solo a él.

Meyer estrechó la mano a Bill, retirándola intacta antes de acercarse a Marion Morhange, otro cuerpo celeste observado más arriba. Joven guapa, alta, morena de piel, enfundada en un hermoso vestido largo, rojo, muy ajustado, sin la menor bolsa de aire, la menor sombra al fondo de los ojos ni de la sonrisa: enseguida te sentías familiar, enseguida conocías a Marion, cuyos pies asentados en el suelo y cuya risa abierta denotaban sin duda un apetito de ogro, un sueño de ángel, una salud de hierro. Es cierto que Meyer, en general, prefiere las mujeres turbias y con código, las cerraduras con combinación más que las cajas abiertas de par en par, pero el sistema Marion también tiene cosas buenas. Ya veremos.

Tras un poco de conversación, Cynthia, que pasaba cerca, sonrió a Meyer antes de irse, seguida del muchacho fornido. ¿Ya se marcha?, se extrañó cortésmente Meyer ignorando la mirada color castaño. Fórmulas convencionales, proposición de llamada telefónica: como la joven no parecía oponerse a esta idea, Meyer buscó en la chaqueta algo para escribir, encontrando enseguida un bolígrafo pero ningún papel. En una mesa, detrás de una pirámide de copas se hallaba un frutero de agrios del que Cynthia cogió una fruta, trazando un número azul claro sobre amarillo limón que Meyer se metió sonriendo en el bolsillo. Luego, tras este breve intercambio, Marion Morhange tampoco estaba ya allí.

Balance de estas tentativas desordenadas: hacia las doce Meyer se hallaba solo. Habiéndose servido un vaso se encontró luego solo con aquel vaso, pasando de un grupo a otro intercambiando tres palabras. Bastante oxidados ahora, algunos jóvenes bailaban. Meyer prefirió quedarse aparte. En busca de cubitos fue a la cocina desierta en aquel momento, levantando sin probarlo el primer estrato de un club sandwich abandonado, para ver, acodándose en la ventana que daba detrás de la casa: nada que ver tampoco salvo unas obras de poca importancia en la oscuridad, la silueta de una excavadora naranja encabritada sobre un desprendimiento malva. Un ruido a su espalda lo hizo volverse: Marion acababa de reaparecer, con aire de andar buscando algo sin convicción. Como Meyer, señalando su vaso, se ofreciera a prepararle también un gin-tonic, le respondió que prefería agua mineral con gas o soda, Coca-Cola, algo así. Meyer se apartó para abrirle la puerta del frigorífico, galantemente, como si se tratara de una portezuela de un coche interiormente guarnecido de cosas así.

—No —dijo Marion volviéndose hacia él—. Quizá más bien una limonada.

—Ningún problema —dijo Meyer con calma, sacándose del bolsillo el limón numerado, cortándolo por la mitad, exprimiéndolo y luego sirviéndolo en un gran vaso a la joven.

Está demostrado que muy a menudo las parejas se besan en las cocinas en este tipo de veladas: besos ardorosos se queman en los fogones, se pegan en la nevera, se vuelcan en el fregadero, está demostrado. En las cocinas se improvisan besitos rápidos que se consumirán de pie, sin ninguna preparación, pero también pueden guisarse otros interminables, abrazos en largometraje que se paladean sin contar el tiempo. De ordinario estos besos se disponen luego en una bandeja que se lleva a toda prisa a una habitación o algún otro lugar cerrado, apartado, para saborearlos más a gusto y atracarse de ellos —lo que acaso hubiera deseado la joven, en vez de lo cual Meyer le propuso ir a dar una vuelta por la playa.

Ya después de la una de la madrugada, la velada llegaría muy pronto a su fin, la mayor parte de la gente se había ido pero unos diez aguantarían en las tumbonas de la terraza, quizá hasta la salida del sol, hablando quedamente de las cosas que ya no estarían, mañana, en las memorias, que no habrían resistido el lavado del sueño. Meyer y la joven bajaron la costanilla sinuosa de dirección única bordeada de coníferas y verjas, cada verja con su cubo de la basura y cada cubo con su gato. Gatos hermanos de los perros cruzados en los suburbios: errantes, recelosos y coléricos, psicópatas. Meyer removía suavemente un resto de cubitos en su vaso, puesta la otra mano en la cadera de Marion. Al pie de la colina, el camino se ensanchaba como un pequeño delta injertado a la carretera de cornisa de seis carriles.

Sobre el mar una vaga veleidad de claridad, primer desgarrón de la noche, carrera en la media del cielo negro, no bastaba para distinguir con precisión la playa ni la naturaleza exacta, al filo de la arena, de sus desechos. Tapones de Ambre Solaire y cápsulas de Carlsberg, bolsas de plástico, madera flotante. Siluetas de un sexteto de gaviotas disputándose la prelación para despedazar una cosa informe. Las gaviotas se dispersaron ante la proximidad de Meyer, que se inclinó sobre la cosa sin identificarla. Especie de esponja espumosa a medio camino entre lo animal y lo vegetal, incluso lo orgánico y lo manufacturado: cadáver corrompido, grumo químico, nudo de algas u otra cosa. Meyer se incorporó, vio el vaso en su mano, breve sorbo tibio y breve mueca. Con la punta del pie, bajo la mirada reprobadora de las gaviotas apostadas no lejos, restituyó la cosa a su medio que es un compuesto de tres cuartos de agua natural, salada a 29 g/l, y un cuarto de aguas residuales, con dos dedos de hidrocarburos, un puñado de gérmenes, colibacilos y vibriones, un trago de nitratos, una pizca de fosfatos así como una corteza de fertilizantes, agitar intensamente, servir a 20°; Meyer echó el final de su vaso en el cóctel, matizando así su fórmula con un cuarto de tono de ginebra.

Con los zapatos en la mano, Marion caminaba por las olas extendidas, concluyentes, que sacaban al morir largas lenguas llanas efervescentes. Meyer se unió

a ella: las playas, de noche, para besarse valen casi tanto como las cocinas. Marion cerraba los ojos mientras tanto. Meyer no necesariamente. El cielo seguiría aún oscuro mucho rato antes de pasar al antracita, el pedernal, la pizarra, la perla rosa antes del primer rayo. Ahora bien, al entreabrirse, hete aquí que un gran resplandor vivo lo invadió un instante, irradiándolo justo el tiempo de un parpadeo. Un relámpago silencioso y, al momento, otra vez la noche. ¿Has visto?, preguntó Meyer. La luz. El relámpago. La luz. El relámpago. ¿No lo has visto? Pues no, dijo Marion, suavemente, ¿estás seguro? No sé, dijo Meyer, tal vez no. Quizá he sido yo. Un deslumbramiento. Me ocurre de vez en cuando.

Las nueve de la mañana, suena el teléfono. Descuelgo enseguida. Blondel.

Un Blondel bastante deprimido que se quejaba como siempre de que nadie quería escucharlo en la agencia, de que no se hacía bastante caso de su programa medioambientalista. Lo consolé lo mejor que pude, pero abrevié.

No muchos más proyectos que el lunes pasado. Pensé ordenar un poco la casa, pero desde hacía algún tiempo, aquel ocio forzoso me lo había hecho ordenar ya todo, varias veces. Pocas ganas de salir, de momento. Intenté llamar a Jacqueline: comunicaba. Luego fijé la mirada en Titov, que, como era su costumbre, dormía tranquilamente en su rincón. Pocos seres son tan plácidos como éste, pocos duermen tan a menudo, tanto tiempo. Titov es tan pacífico y está tan bien educado que le había dejado abierta, como siempre, la puerta de su cuchitril. Muy educado pero muy poco distraído: apenas se volvía lentamente en su sueño, de vez en cuando, produciendo leves sonidos. Nada muy divertido.

Dando vueltas un momento por el piso, primero pasando revista a mi colección de camisas, después clasificando algunos papeles cien veces clasificados, di con la gran caja de papel fotográfico Ilford en la que guardo viejos retratos. No es que posea muchos, menos que mis compañeros cargados de familia, pero decidí ordenarlos. Las fotos privadas a un lado, al otro las profesionales. Entre estas últimas encontré la que había servido a Max para mi retrato, tal como está expuesto en la sala Pontarlier. Conservo en otra caja, proporcionados por la agencia, una pila de ejemplares de esta foto. Es la que uso cuando me piden mi retrato dedicado, cosa que se atreven a hacer algunos chiquillos dos o tres veces al año.

Entre las privadas, bastantes fotografías de chicas conmigo, a veces sin mí, rara vez con un tercero. Jacqueline, a quien sin embargo veo más a menudo que a las otras, estaba representada con más frecuencia. En la playa, en la nieve, duchándose, por la calle. En Borobudur conmigo, a orillas del río Amur también conmigo, las dos únicas veces en que fuimos juntos de vacaciones —cada vez la catástrofe—. Pero poseía, sobre todo, tomas mucho más emocionantes y nobles, algunas sin saberlo ella, varias fotos de Lucie. En viaje de estudios, en la agencia, en una conferencia o en la calle. Las miré.

Ordenarlas todas no me llevó demasiado tiempo.

Se me ocurrió después y luego rechacé el proyecto de telefonar, una tras otra, a todas las demás chicas que sonreían en mis fotos. En casa de Jacqueline, de todos modos, seguían comunicando. Dudé un momento antes de llamar a Lucie a su despacho, pero cuando me hube decidido, su secretaria me hizo saber que estaría ausente durante unos días.

Nada fácil, para alguien como yo, tener que quedarse en casa. Preferí salir a la terraza y mirar el cielo, otra vez muy pálido. Con, al sur, algo un poco nuevo: inhabituales trazos rojizos evocaban una especie de eczema, una dermatosis o algo.

Poco agradable. A falta de otra cosa, fui a buscar el remo a mi habitación y lo llevé a la terraza. Instalado en su asiento deslizante, me pasé la mañana tirando de los muelles, empujando las palancas articuladas del aparato, yendo y viniendo a lo largo de los raíles y remando, adelante-atrás, flexión, robustecimiento de bíceps y tríceps braquiales, trabajo de los cuádriceps femorales. Abdominales, abdominales.

Las diez de la mañana. Fíjense en ese personaje que se despierta sobresaltado, sin entender lo que acaba de arrancarlo de su sueño —una horrible historia de andamio o de cadalso, de planos que un enano consulta por encima de su hombro— sin percatarse siquiera de dónde está exactamente, en qué cama, en cuál de las doscientas cincuenta camas de su vida. Abre un ojo, reconoce su cuarto en casa de Nicole, rememora sus atributos —madera de pino de los muebles y empapelado rosa ligero, azules celeste y marino tras la ventana, hasta el pequeño escalón asesino que hace aventurado el acceso al aseo. Permanece inmóvil pero su mano se desplaza en una exploración lenta por la superficie de la sábana, hasta que la yema de sus dedos encuentra otra piel: ahora son los atributos de Marion lo que recuerda. Abre el otro ojo y se vuelve hacia la joven dormida, repara en una pequeña marca oval de vacuna, grande como una huella dactilar y ondulada como una cáscara de nuez.

Volviendo a cerrar los ojos, tranquilizado por la permanencia del mundo, advierte justo entonces lo que lo ha despertado: es el ruido de ebullición del mar nervioso, tan presente como una aspirina efervescente que hirviese, al alcance de su mano, en un vaso sobre una mesilla de noche, por lo demás, dicho sea de paso, Meyer no diría que no a esa aspirina. Es un rugir de agua bajo presión, curiosamente cercano, como un zumbar de canalización, un borborismo de cañerías en el vientre mismo de la casa. Demasiado torpe para extrañarse, para ir a buscar el comprimido, vagamente tranquilizado por aquel ruido natural, Meyer se vuelve a dormir boca arriba.

Pero mírenlo aún, una hora después, apenas entreabre un párpado cuando Marion se levanta y se dirige al aseo. Tal vez no estaría mal reaccionar, caramba, dar muestra de cierta presencia de espíritu, alertar a la joven de lo peligroso del recorrido. Pero Meyer, demasiado atontado, desde el fondo de su almohada apenas masculla Dado con el p, ruido de caída, demasiado tarde.

Después, en la terraza, rodeados de vasos vacíos y ceniceros llenos, Meyer y Marion untaban con mantequilla unas rebanadas de pan bajo el parasol. Silencio dentro de la villa, sin duda Nicole dormía aún, Meyer no se acordaba ya de si Bill se había quedado. Bajo el eczema de las cigarras que devoraban el aire cálido, las llamadas melancólicas de las gaviotas con el mono, el breakfast emitía tenues crujidos discretos, fracturas de tostadas y rupturas de biscotes, percusiones mate vajilla inox. Bostezos y susurros. Luego, después de que la joven anduviera buscando su bolsa por todas partes, Meyer permaneció solo un rato en la terraza, observando el mar, las colinas, el hipódromo, tocado con un gorro rojo de mallas anchas aparecido debajo de una tumbona.

Otra hora más tarde, Meyer había dejado su coche a la sombra de la estación, tras sacar la radio de su compartimiento. Ahora, con la radio colgada de la mano, bajaba las gradas de la escalinata monumental. Cantidad de alegorías coloniales recargaban la escalera, enmarcada por dos altísimas palmeras datileras en posición de firmes.

Disgustadas por tener que encarnar aquel empleo tan distante de su vocación indolente, ondulantes, decepcionadas porque su esencia exótica no se empleara mejor, aquellas palmeras se volvían amarillas, aprisionadas en su sitio sin más perspectiva que esa, mientras Meyer, mucho más móvil, redactaba una listita de recados que hacer en la ciudad: comprar sandalias, postales y tomar una copa en el puerto, en el Locarno, en el San Remo. A media escalera, su vista dominaba la red de calles que se deslizaban en cuesta suave hacia el nivel del mar. Al pie de la gran escalinata tiró por el bulevar de Athènes, cruzándose con cantidad de africanos del norte, del centro, menos extremo que próximo orientales, y luego con dos mellizas sexagenarias francesas, de igual permanente, igual maquillaje, llevando el mismo conjunto de jogging rosa pero no exactamente la misma marca de zapatillas — siempre emocionan un poco los gemelos, sobre todo cuando son algo mayores.

Meyer bajó por el bulevar de Athènes deteniéndose como solía al paso de las mujeres con las que se cruzaba, en su estela —era un juego, cada vez, identificar su perfume—. Meyer conoce bastante bien el uso, la dosis, la química de cada uno de esos perfumes en tal o cual tipo de cutis; cómo cambia Calèche en una morena, Vol de nuit en una seudorrubia, Joy en una pelirroja divorciada, Je reviens en una viuda alegre. Con los ojos entornados, su nariz hendiendo como un rompehielos el aire embalsamado, forja sus hipótesis, luego se vuelve para comprobar.

En un rincón del bulevar de Athènes, después de la esquina de Convalescents, Meyer sabía que se hallaba el Hotel de Soudan, ante el que tuvo tres segundos de vacilación. Tal vez Elizabeth se había mudado, había dejado su habitación de la cuarta para casarse, pero tal vez lo recibiera con un viejo kimono verde, entreabriendo una puerta desconfiada y ennegrecida de patadas, intimándole en voz baja y nerviosa a largarse en el acto si no llamo a la poli. El hotel, en todo caso, no había cambiado un ápice, presumiendo de sus obsoletas instalaciones —agua corriente, retretes particulares— grabadas en un oval negro fijado cerca de la entrada, pero las viejas persianas desparejadas, los cristales sostenidos con cinta aislante, con esparadrapo, a veces una bolsa de plástico extendida en su lugar, decían a voces que la suerte había cambiado. En el cuarto piso, las cortinas de una ventana a la izquierda no se habían sustituido, jovial tela senegalesa que había representado, en tiempos, orgullosos leones y tigres altivos sobre fondo azul vivo, rojo sangre, deslumbrantes, pero que tres años de erosión solar habían apagado, vuelto sombría, transformado su fondo en gris perla y rosa viejo, amaestradas todas sus fieras, domesticadas, encorvadas. Meyer empujó, con todo, la puerta del hotel.

A la sombra de un ficus en coma irreversible, el hombre de la recepción consultaba la prensa bajo un ventilador indio de doce velocidades. Meyer descifró el titular de un artículo (*Copa Max Crémieux: Una derrota más que honrosa*) antes de toser ligeramente, haciendo dirigir al hombre una grave mirada de camillero pentecostal —no más de treinta años, no más de mil cabellos transparentes implantados en camping salvaje al flanco de los temporales—. Una luz de frigorífico

caía de una lámpara cromada sobre las cabezas, calva la del recepcionista y con raya al lado la de Meyer, el cual, siguiendo al revés la lectura del diario (*Miramas: En busca del maníaco*), pregunta si casualmente vive aún allí una tal Elizabeth Frise. La 48 en el cuarto, afirmó el camillero. En efecto, ningún cambio desde hacía mil días.

Despegada por aquí, deslucida por allí, decorada con pálidas vistas de la Ópera, del castillo de If y de la puerta de Aix por los años cincuenta, una felpa de color burdeos tapizaba la caja de la escalera, la alfombra roja y negra que cubría sus peldaños hasta el segundo piso cedía más arriba su sitio a una estera de sisal a franjas. Avanzando hacia la 48, Meyer recordaba a Elizabeth, sus uniones, sus despedidas: en apnea de besos, pegada ella a él con su kimono verde novísimo, delegando él sus dedos por los bastidores de la frágil prenda, una mañana de mayo delante de aquella puerta a la que llamó dos veces. Suavemente.

No había cambiado en exceso, atractiva siempre con su vestidito estampado a rayas hecho con un patrón de *Neue Mode* en un retal de rebajas de Ben Textil. Soy yo, dijo Meyer sobriamente. Ya lo veo, contestó ella sin sorpresa visible. ¿Quieres pasar? Vistazo circunspecto de Meyer sobre lo que se veía de la habitación detrás de Elizabeth, desde el rellano, con la luz edulcorada por aquella cortina llena de felinos desdentados: una mesa con una silla, una chaqueta de hombre gastada en el respaldo de la silla, un ramillete ocasional en la mesa, tres lirios mustios envueltos en celofán arrugado. Dijo Meyer, bajando la voz, que estaba de paso y que había pensado. Que habría tenido que avisar pero que había pensado. Nada, que sobre todo no le gustaría molestar.

Pero demasiado tarde: de un ángulo ciego del cuarto se elevó un carraspeo seguido de un crujido de somier, luego un hombre con ojos doloridos apareció detrás de Elizabeth. No poco musculoso, no poco velludo, calcetines negros y ropa interior blanca. Un amigo, dice sin ningún ademán Elizabeth. ¿Qué amigo?, se pregunta rápidamente Meyer. ¿Él? ¿Yo? El otro tendía una mano voluminosa permitiéndose presentarse: agrimensur en busca de empleo, su objetivo terrestre era procurar la felicidad de Elizabeth y cuidar que nadie más vaya a incordiarla, nunca. Ahora bien, veía inmediatamente que Meyer no era de los que intentarían incordiar a Elizabeth, lo veía claramente, por eso lo invitaba a llamarlo por su nombre de pila, Drajan, y luego a beber con ellos ese resto de slivovic procedente directamente de allá.

Un poco pronto para Meyer, pero Drajan, por muy bien dispuesto que pareciera, podía molestarse con una negativa. El dolor de su mirada podía denotar lo trivial igual que lo grave, la carencia materna o el empacho gástrico, el horror al vacío o el final de su provisión de Gitanes emboquillados. Prudencia con ese tipo de hombres cuya simpatía torpe, espontánea, amenaza con invertirse en filigrana a la primera contrariedad. Bien, dijo, muy amable. Sólo un vasito y me largo.

No tan vasitos, de todos modos serían dos, con uno para la despedida. A Meyer le da vueltas la cabeza al salir del Hotel de Soudan, no está muy contento consigo mismo, recuerda confusamente los recados que ha de hacer bajo un sol que ya no

bromea, la radio le pesa un quintal al extremo del brazo. Bajo la ducha cenital, hacia el puerto, sigue la inclinación de las calles, va a la deriva sin más guía que ese declive. A la altura de la Bolsa se halla envuelto, transeúnte pasivo, en una pequeña turbulencia peatonal, justo enfrente del centro comercial: arrastrado al punto por una corriente irresistible, insecto a la orilla del río, animáculo en el ojo del remolino, en cinco segundos es aspirado, sorbido por las puertas pendulares del centro comercial.

Donde el aire, acondicionado, lo hace volver en sí. Es la hora a la que van a almorzar los asalariados, la hora a la que hacen pequeñas compras: bastante gente, bastantes mujeres, por lo tanto bastantes perfumes mezclados —los verdes y los ambarinos, los grandes clásicos y los pequeños baratos, de la vainilla al almizcle—. Mientras va andando, Meyer empieza a jugar de nuevo, como antes, a reconocerlos, pero de súbito frena cruzando la estela de uno de ellos que conoce. Con el que ya se ha cruzado. Entre los cinco a seis mil cambios calculados de un perfume sobre una piel, este, Meyer sólo lo ha encontrado una vez. Se vuelve, busca con la mirada.

La estela procede, al parecer, de una cohorte en marcha hacia los grandes ascensores. Meyer se suma a la cohorte, reparte codazos y alcanza la cabeza del pelotón. La amplitud de aquel perfume se ha disipado pero le llegan aún algunas moléculas esperanzadoras, Meyer se guía por ellas, se orienta, las sigue como huellas de pasos: se precipita al ascensor casi lleno.

Al fondo de la cabina prevista para treinta personas, poniéndose de puntillas, ya está: la ve. La ha visto. Mercedes. La ve muy bien. Entra gente en la cabina detrás de Meyer. Lo empujan. Las puertas del ascensor van a cerrarse. Justo entonces, son las doce cincuenta, la tierra empieza a temblar. Pero es algo muy discreto, nadie lo advierte.

De todos modos, tiembla un millar de veces al día. Más o menos por todas partes. Con más frecuencia de lo que le toca cerca del Mediterráneo. Bajo unas apariencias fáciles y azules, amarillo limón, ligeras, verdes, la inocente Riviera sirve de cobertura al combate subterráneo que opone la placa africana a la placa euroasiática. Sin cesar, por debajo de nosotros, África ataca, se lanza al asalto, trata de anexionarse tres pulgadas de tierra de Eurasia que ordinariamente le concede quince milímetros por año. Pero a veces Eurasia se rebela, resiste, se niega a consentir la extorsión africana. Hace mal y todo el mundo sale perdiendo pues al punto se agravan las fallas, se tensan los bloques hasta el límite de la ruptura. Y a poco que la alineación de los planetas amplifique la atracción terrestre, entonces es toda la zona la que cede y se agita, todo el macizo el que puede sacudirse. Distintos signos precursores —lluvia de arena o de sangre, nerviosismo en los corrales y en las autopistas, relámpagos de calor fuera de tiempo— presagian a veces tales fenómenos, pero la mayor parte del tiempo la tierra apenas tiembla y nadie se percata de ellos salvo los perros, nada reacciona salvo los disparadores de alarmas domésticas ultrasensibles. Por fortuna es poco frecuente que esa sacudida discreta vaya seguida de una réplica. Por fortuna.

Así pues, en las inmediaciones de la villa de Nicole, tres o cuatro alarmas domésticas deben de haberse disparado al mismo tiempo, sirenas interrumpidas con más o menos rapidez. Sin hacerles caso, con un gran cepillo rojo para el pelo en la mano, Nicole mira el paisaje ligero: vaivén blanco de las velas, de las gaviotas sobre los dos grandes fondos azules dominantes, sol vibrante, colinas de ocre y creta, Mexichrome, colores naturales y derechos reservados. Nicole, recién levantada, no lleva puesto más que un gran cuadrado de tela con grandes hortensias parma y petróleo, anudado por delante. Se cepilla el pelo maquinalmente, largo rato, recoge los cabellos que han quedado entre las cerdas y los coloca, junto a un geranio, a disposición de los pájaros que los usarán para construir sus refugios —arma ideal para su hormigón, el cabello, argamasa sin igual para nidificar—. A la izquierda del paisaje ligero, Nicole mira las torres de pisos levantadas al pie de las colinas, la obra en construcción de una última torre a la derecha.

Dos grúas dominan esta obra, una amarilla con una bandera roja, otra verde con una bandera verde, puestas cara a cara como dos duelistas. Una tras otra se inclinan hacia la obra como dos aves zancudas bebiendo cada una a su vez en la misma charca, luego observan largas pausas cuando las hormigas de abajo ya no las necesitan, recurriendo a los servicios de un topo excavador o de una lombriz perforadora. Marcada con una sigla empresarial, cada bandera está fijada a la popa de la máquina elevadora, encima del contrapeso de la flecha, lejos detrás de la cabina del conductor que se aburre a veces durante las pausas, entre dos traslados de carga. Por eso, este conductor dispone de un pequeño instrumental recreativo para pasar el rato: potentes prismáticos y pequeño transistor clavado en Radio Mantecarlo, walkie-talkie

por el que el jefe de las hormigas da sus instrucciones, botellines de cerveza y bocata envuelto en la prensa de la mañana. En sus ratos perdidos, por el walkie-talkie, mostrando hacia el personal de tierra un desdén de piloto de caza, el conductor comenta con su compañero los chismes sindicales de la obra. Pero el interés máximo es naturalmente el espectáculo de las torres cercanas, todo lo que se puede ver por sus ventanas, decenas de pequeñas pantallas rebosantes de seriales familiares, reportajes sociales, programas culinarios, culebrones domésticos y series eróticas de las que se atracan muy especialmente los conductores. Indicándose uno a otro servicialmente, torre 4 planta 12 ventana 6, tal grata variedad de acoplamiento, los potentes prismáticos encuentran inmediatamente su utilidad. Enseguida han localizado a Nicole casi desnuda en su terraza.

Apoyada en la balaustrada, Nicole descompone la banda sonora, identifica los ruidos próximos y lejanos uno a uno. Llamadas de gaviotas melancólicas, gargarismos de palomas desmarcadas, píos de gorriones de menor cilindrada, himenópteros zumbando en medio de la jeringuilla. Hilo de un 747 en vuelo hacia el horizonte mejor, chirrido del tráfico en la carretera de cornisa. Exclamaciones de un tipo al final de la calle que ayuda a otro a aparcar su furgoneta. Luego, a su espalda, Nicole percibe la queja de un lavabo en la villa, el clic de una puerta abierta, el cascabel de la cortina que separa la terraza de la sala de estar. Bill, supongo. Nicole no se vuelve.

Se acerca a ella, está lo más cerca que puede, sus manos se pasean entre las hortensias. Con un minúsculo movimiento de prestidigitación ha deshecho el nudo de la tela cuadrada y las flores se vienen abajo ajándose. A lo lejos las grúas se paran en seco, por los walkie-talkies unos gritos de júbilo saludan la caída de las hortensias, las ruedecillas de los prismáticos giran sobre sí mismas a toda marcha, corren febrilmente en busca del enfoque. La agitación alcanza su apogeo en las cabinas que buscan el mejor ángulo de observación, rugen los motores con breves sacudidas nerviosas. Bill empieza a rugir también sordamente detrás de Nicole. Luego se diría que surgen otros rugidos profundos, pero de dónde surgen, de dónde procede este, mucho más profundo que los otros en el momento mismo en que Nicole acaba de perder el equilibrio, antes de desplomarse irresistiblemente. Bill detrás de ella se desploma también, primero lentamente, como sobre la mesa resbalan poco a poco los vasos, los ceniceros, las tazas de café que caen luego y van a estallar a sus pies, como todo parece romperse ahora dentro de la villa, todo empieza a bailar en medio del estrépito. Ya está, es la réplica, ha ocurrido, las cosas vuelven a temblar, pero esta vez en serio.

Durante su caída en cámara lenta, Nicole tiene tiempo para captar que la cortina de la sala de estar ya está vertical, luego que la fachada entera de la villa se cubre de grietas rápidas, instantáneas, vivas como plumas escribiendo el apocalipsis con toda rapidez, bajo el rugido de las profundidades, trueno en sentido inverso cada vez más violento. A lo lejos, en la ciudad entera, un concierto de alarmas ha vuelto a

dispararse, todo tipo de sirenas superpuestas, confundidas, trinos sobreagudos, zumo de claxon agrio, ti-ti quejumbrosos, repetitivos, bocinas musicales llorosas — sublevación espontánea del parque automovilístico, tan poco previsible como una revuelta de terneros.

Esquivando la caída de una primera vigueta, Bill, sin soltar a Nicole, la empuja hacia la escalera de la terraza, por la que se precipitan hasta la carretera, alejándose de la villa a punto de dislocarse, entre pinos estremecidos, postes sinusoides prontos a quebrarse. Dirigiéndose a un pequeño espacio despejado al margen del camino, parking a cielo abierto donde nada puede caerles encima, se echan al suelo, se agarran a la tierra agitada sin ver, no lejos, las grúas que van a desplomarse sobre la obra, sin percibir los gritos de terror que saturan los walkie-talkies.

Era de un azul intenso, el cielo que es absolutamente blanco ahora, de un blanco mate pero más deslumbrante que el sol desaparecido, lividez estriada de relámpagos, de largos desgarrones color de azogue, rayados, furiosos; sobre el suelo que se desgarran al mismo tiempo, se abre con mil grietas como si dos espejos estallaran frente a frente. Debajo de ella, contra su vientre, Nicole siente pasar una de las ondas de choque que excavan el fondo, gran animal subterráneo enloquecido perforando su madriguera, contracción de un enorme intestino dilatado. Inmediatamente después, la onda sacude la villa, rotura de cristales y suicidio colectivo de la vajilla, últimos portazos antes del destrozo total. La casa salta sobre sí misma y vuelve a asentarse algo de través, luego la onda prosigue su ruta hacia el este, lo atropella, lo derriba todo a su paso, directa hacia las torres alineadas al pie de las colinas.

Al punto estalla una primera torre, luego se derrumban las siguientes, una se hunde en la tierra hasta la empuñadura cuando otra, expelida del suelo, despega antes de dislocarse de través; las tres últimas caen una sobre otra como piezas de dominó. Y sobre la línea de bajo de los rugidos sísmicos se elevan coros de gritos, el crepitar voraz de los primeros incendios, el aullar de las sirenas y el contrapunto de las campanas de la Major y de Saint-Victor, de los Réformés, de Notre-Dame-du-Mont-Carmel, repiqueteo borracho como una cuba que no respeta ya nada, ni el ángelus ni el rebato, que mezcla vísperas con maitines antes que a su vez, siguiendo la propagación de la onda, uno tras otro se desplomen los campanarios. Y tengan bien en cuenta que desde que las cosas han empezado a temblar no han transcurrido más que nueve segundos. Ténganlo en cuenta.

Además acuérdense de que la angustia, el espanto deforman nuestra conciencia del tiempo, de que el terror alarga el tiempo. Imaginen el ambiente en la cabina del ascensor. Después de cerradas las puertas, a fuerza de mirar a Mercedes, Meyer había acabado arrancándole una fugaz señal de reconocimiento, inclinación maquinal de la cabeza y sonrisa mecánica, cortesía promiscua que rige igualmente las relaciones, sin condimento, de las tajadas de rosbif comprimidas en un Tuperware dentro del frigorífico. Meyer no había insistido. Eso justo después de que el ascensor hubiera arrancado, indiferente a la primera sacudida, demasiado débil, justo antes de que la segunda viniera a cortar su arranque, violentamente; esta vez todo el mundo se había echado a temblar.

Todo el centro comercial se había estremecido con la réplica, desde el mortero encofrado de los fundamentos hasta las más finas terminaciones nerviosas. Su masa equilibrada no sufriría desperfectos demasiado graves, pero el choque, de todos modos, debió de romper ciertos circuitos ya que al punto la cabina se inmovilizó entre dos plantas, sumiéndose en la oscuridad al mismo tiempo. Silencio. Sin duda alimentada de modo distinto, sólo persiste por lo bajo la música ambiental, monólogo interior de violines informes y sudores de sintetizador.

Pasado este breve asombro seguido de exclamaciones dispersas, de preguntas simples, de mecheros que se encienden, varios dedos se precipitan hacia el botón rojo de alarma. Se intercambian impresiones, todo el mundo ha oído perfectamente el zumbido, según unos, el crujido, según otros, que ha precedido a la detención de la cabina. Unos se persuaden de que es benigno, pero una cantidad creciente de otros se siente muy pronto atrapada, enterrada viva en el mismo sarcófago en el que el tiempo se hace cada vez más largo. Por un instante, cerca de una llama de Zippo, Meyer distingue el perfil tranquilo de Mercedes. Un niño llora detrás de él luego una primera mujer da muestras de querer gemir, suenan sollozos al fondo a la derecha, muy cerca de Meyer un hombre empieza a repetir Gérard, Gérard, Gérard, Gérard, Gérard, muy pronto aquello se hace insoportable y nada podría sin duda detenerlos de no producirse entonces, sin comparación con las precedentes, la tercera sacudida.

Ahora es toda la ciudad la que va a temblar. De las profundidades de sus barrios ascienden diversos estruendos, redobles de chatarra aplastada bajo la Pomme, más abajo de la Rose infrasonidos de cíclopes, y por las entrañas del Merlan parece desfilar una carga de tanques lanzados sobre adoquines con toda su artillería disparando a la vez. Por todas partes hay estallidos y crujidos como cuando realmente va a pasar algo gordo, el cielo hipa algunos arpegios. Y durante breves pausas en el estruendo de los crujidos, retumbos, bramidos, se alzan ya todos los clamores de aflicción, los quejidos y los gritos de terror: no hay réquiem sin una sólida sección de coros.

Será del este, reforzada, de donde vendrá de nuevo la onda de choque, gran ola

subterránea directa al centro urbano, tobogán vivo que levanta a su paso los espacios verdes y las avenidas, los monumentos, los edificios. Algunos de estos edificios son bastante antiguos, las bolas de cobre brincan como boliches sobre sus viejas barandas de escalera; pasada la onda, estos edificios a veces se derrumban. A veces se derrumban por manzanas enteras. A veces, retenidos por un vecino, se quedan inclinados, doblados como un hombre que vomita perdiendo el equilibrio, y vaciándose en efecto por todos los orificios de su contenido de objetos y personas enloquecidas. Las construcciones recientes resisten más. Aunque hasta el centro comercial, y eso que está construido según las normas parasísmicas, sufre serios desperfectos nerviosos. Cortocircuito general. Fracturas de llegadas de agua, de conductos de gas. Ruptura de los cables del ascensor: en un segundo de ingravidez, entre los gritos y proferimientos, los nombres de dioses a quienes se implora y se invoca en vano, la cabina cae aspirada en la oscuridad hacia el centro de la tierra, sus ocupantes se entremezclan y su caída no tiene fin.

Ahora el temblor se extiende por todas partes, las escaleras de la estación ondean como una sábana sacudida desde una ventana, sus gradas se vuelcan unas sobre otras y se precipitan, rápido que arrastra cabezas de piedra y trofeos de bronce, grupos de angelotes rebotando. Las palmeras, a un lado y otro, ondulan más de lo que nunca habían osado desear, mientras la alta alegoría de la ciudad, en la plaza Castellane, empieza a partirse longitudinalmente. Una entalladura nace en su testa coronada, corte vivo que se propaga y divide su frente luego desune sus hombros, sus senos, separa los emblemas acurrucados en sus brazos. Llega hasta la base de la columna donde la fuente escupe un líquido púrpura y convulsivo. Luego, retorciéndose sobre sí mismo, este monumento se hunde a su vez, se desploma sobre los bancos y los bares de la plaza.

Muy pronto, por todas partes, huyendo de los domicilios que no garantizan ya nada, toda una muchedumbre se ha encontrado en la calle bajo una cálida lluvia de cristales rotos y hormigón, chatarra, sillares y macetas. Al principio, ha retrocedido hacia las casas, volviendo a salir cuando la cosa se ha calmado un poco. Ciega en medio del polvo, se agita en todos los sentidos, luego una mayoría parece decidirse por ir hacia el mar. Escenas de masas. Se empujan sin método hacia el puerto, todos tienen más o menos la misma mirada pero no todos van del todo vestidos, algunos estrechan contra sí un objeto salvado por los pelos, imprevisible objeto que es su pasaporte lo mismo que su foxterrier. Que puede ser una cartera, una bandeja, una sombrilla envuelta en una manta, un listado de ordenador la edición de bolsillo de una novela de Annabel Buffet. Un suplemento de pánico se adueña del gentío en marcha cuando la basílica pierde su cápsula, cuando su cúpula expulsada se esparce por la Seguridad Social de la calle Jules-Moulet. Planos generales de muchedumbre enloquecida, plano medio de Cynthia corriendo por entre la multitud: se ve a Cynthia que pasa por delante de un tranvía 68 volcado en el bulevar Chave, no se ve al joven robusto que se fue anoche con ella. Contraplano del mar que encarna en este caso el

refugio, la seguridad. El mar conserva la calma ante los terremotos, y además sobre todo no hay nada construido encima, nada puede derruirse en él, ningún cascote puede romperle a uno la crisma. Eso creen aquellos inocentes.

Varios socavones se han abierto al este del Puerto Viejo, grietas arborescentes en plena mitad de la calle, algunas exudan una materia caliente y negra o tan sólo unos vapores calientes y negros. Colonias de insectos salen de ellas, un largo reptil o dos, se huele a cloro y éter, a azufre y gases infrecuentes, no lejos andan ya algunas ratas. Si algunas de estas grietas, no más anchas que una cuneta, van a permanecer abiertas después de la catástrofe, otras mucho más amplias se han cerrado enseguida, sepultando a los hombres con los animales, comprimiéndolos en estado de futuros fósiles, que serán disputados, dentro de cinco mil años, a precios inesperados en vida.

Pero por de pronto, mientras Marsella tiembla, toda una parte de su zócalo submarino, a lo lejos, acaba de inclinarse. Bruscamente el fondo del mar ha descendido. Naturalmente este fenómeno provoca una violenta absorción de agua: he aquí que por el horizonte asoma una ola. Huyendo del centro urbano y sus macetas asesinas, los primeros en llegar al puerto ven enseguida esa ola a lo lejos. Les parece bastante grande. Les parece que se acerca algo rápida.

Es un muro alto como un gran edificio, hondo como tres edificios y largo como doscientos, lanzado hacia la costa a la velocidad de una locomotora atropellando y propulsando muy por encima de él, entrechocados, cuantas barcas de pesca y cuantos barcos de recreo halla al paso. Vuelan los Solange-IV y los Marie-Martine, adiós Cephalonic, bye bye Double Nelson, sus áncoras al extremo de sus cadenas describen molinetes en el aire, los cascos estallan y los mástiles se quiebran antes de caer dislocados sobre el monstruo, que los engulle acto seguido. Desde la punta de su cresta, a través del aire, el maremoto acaba incluso de despachar un pequeño petrolero hasta la zona industrial, en un área de depósitos de gas, antes de abatirse sobre el puerto, de aplastar el puerto y más allá del puerto, sumergiéndolo todo hasta la estación, yendo a repantigarse hasta la mitad de las escaleras pulverizadas. Los depósitos de gas se incendian, luego la ola se retira.

No va a retirarse enseguida: al monstruo le gusta, antes, pisotear completamente al adversario, entretenerse con su presa, patadas a jugador en tierra, ahogarla un poco más y rematarla. Luego la ola abandona sin prisa todas las cosas sin forma, todos los cuerpos sin vida, se retira arrastrando los pies, se toma el tiempo preciso para descubrir la amplitud del daño, lentamente como se deja desvelar una estatua, como se desnuda una artista de strip-tease perezosa. Habiendo registrado el mar a fondo lejos de la costa, su resaca olvida en los tejados, los balcones, las cornisas, peces desconocidos para los pescadores, gigantes ciegos o enanos de mil metros de fondo. Incluso se encuentran lotes de pulpos, encaramados donde hasta ahora sólo reinaban las gaviotas cuyos cuerpos fulminados flotan, simétricamente, entre dos aguas. La resaca borbotea aún un rato, luego se instala el silencio antes de los primeros auxilios.

—Sígame —dijo Meyer.

Al término de su caída ciega después de la tercera sacudida, el ascensor se había inmovilizado en su punto de partida, brutalmente, en la planta 0. Dos sexos, tres edades y cuatro o cinco colores de piel se entremezclaban entonces en la cabina oscura, gritando de espanto como en las montañas rusas. Hizo falta un buen rato para desanudarse, para enderezarse friccionándose antes de pensar en salir de allí.

No habiendo electricidad, la puerta permanecía inmóvil en vez de abrirse automáticamente. Uno de los primeros hombres en levantarse la había examinado a la luz de su mechero de gasolina. La llama negruzca, maloliente, se reflejaba borrosa en sus hojas de metal bruñido, separadas por una tira de goma negra espesa que otro hombre, poseedor de una navaja, trataba enseguida de forzar. Introduciendo su hoja en el intersticio, había empezado a hurgar dentro como se intenta abrir una ostra, procurando partir a tuestas el músculo de aquella puerta. Tras el contrapunto de clamores que había saludado la caída del ascensor, reinaba ahora un silencio radical, un recogimiento de clínica dental concentrado en la tenue raspadura. Todos escrutaban al hombre de la navaja, agachado junto al hombre del mechero.

Opinel y Zippo debieron de aislar y luego seccionar el músculo idóneo, el nervio apropiado, ya que con un tenue crujido mate las hojas de la puerta se habían desbloqueado. Pero sin moverse del todo, sin deslizarse: tan sólo aligeradas, no ofrecían más que una estrecha abertura por la que pasaba un poco de aire gris oscuro con olor a película quemada. Al instante, amontonados junto a la puerta, los hombres y algunas mujeres se habían encarnizado con ella, tirando de un lado y otro, renegando y gruñendo sordamente, forzando las hojas para despejar el paso. En cuanto cedieron, Meyer vio a Zippo seguido de Opinel precipitarse al exterior para detenerse, primero, en el umbral de la cabina, dar incluso un paso atrás sobre una alfombra de desperdicios, y regresar luego a la oscuridad más despacio, sonámbulos prudentes.

Ni un alma viviente fuera, ni una sola luz de neón. Sin reflejarse en los espejos rotos, masas de luz se dibujaban a lo lejos, hacia las entradas del centro comercial, permitiendo orientarse apenas, indicando los umbrales de los comercios abandonados. Un conato de incendio, espontáneamente apagado, se había declarado en un puesto cercano de artículos fotográficos, algunos puntos rojos corrían aún a lo largo de las películas desenrolladas. Uno tras otro salían los ocupantes del ascensor, tropezando primero con un batiburrillo de objetos rotos, se alejaban después hacia aquella vaga claridad del fondo. Meyer, que había pasado la puerta entre los primeros, no siguió este movimiento, permaneció junto a la puerta, vigilando la salida. En cuanto apareció Mercedes, le cogió el brazo. Sígame, le dijo.

Fuera del centro comercial, no se vería mucho mejor: se entraba ahora en una

nube muy opaca, muy espesa, comprimida sobre sí misma, fusión de partículas compactas y humo, de polvo de hormigón que sólo respiran las cucarachas y que lo ocultaba todo más allá de sesenta centímetros: se creía salir al aire libre y se entraba en un saco de cemento. Los rescatados del ascensor empujaban la puerta antes de retroceder hacia el interior, precipitadamente. Sin soltar el brazo de Mercedes, Meyer volvió hacia las primeras tiendas. Metiendo un pie en los escaparates, arrambló en un expositor con dos pares de gafas negras, unos cuantos chales sin elegir el color antes de envolverse la cabeza como un beduino, enseñándole a Mercedes cómo hacen los beduinos. Luego, justo antes de salir del centro comercial, llevándose un dedo al esternón, se volvió hacia ella diciendo: Louis. Una leve sonrisa, quizá, tras las gafas negras, pero ningún nombre bajo los chales. Vale, muy bien, conservemos Mercedes. Vamos.

Pero fuera, andar por entre aquella niebla era un esfuerzo tal, que era como avanzar por un pantano. Meyer no entendió hasta al cabo de cincuenta metros, cuando intentaba ver sus pies, que efectivamente aquello era un pantano. Al retirarse, la ola gigante había dejado a su paso un barro pegajoso, un denso mortero adhesivo lleno de cascajos que llegaba hasta más arriba de los tobillos y que parecía desplazarse aún, lentamente, hacia el nuevo nivel del mar. Meyer avanzaba, al principio sin ningún punto de referencia y cogiendo fuertemente a Mercedes de la muñeca. Mientras se volvía hacia ella, distinguiéndola apenas al extremo de su brazo, estuvo a punto de tropezar con un primer coche volcado, con el techo hundido en el lodo hasta los retrovisores y las ruedas fangosas levantadas en el hollín.

Siendo precisa una meta, como de ordinario, Meyer había decidido alejarse del mar, sin tener la total certeza de lo acertado de tal elección, ni estar tan sólo absolutamente seguro de ir en efecto en dicha dirección; aparte de que no se ve nada, ocurre además que Meyer no conoce muy bien Marsella. Tomó la determinación de guiarse por el bordillo de una acera, al fondo del pantano, tratando de seguir más o menos aquella arista. Luego la nube pareció diluirse un poco, cada vez se distinguían alrededor más coches volcados, tortugas asfixiadas a veces una encima de otra, sin que se pudiera adivinar la presencia de alguien detrás de sus cristales maculados. Meyer y Mercedes divisaron también, más distintamente, algunos edificios en pie a su izquierda, algunas fachadas de las que colgaban balcones cogidos en un hierro forjado. Se dibujaban a lo lejos siluetas de aislados, de pequeños grupos errantes como ellos, pero tan indistintos como improbables, la idea de unirse a ellos no le pasó por la cabeza a Meyer. No dejaba de avanzar guiando a Mercedes, cogiéndola ahora de la mano, con la radio en la otra mano; le pareció que anduvieron cerca de una hora antes de salir de la nube alejándose del puerto. Luego el cielo se hizo por fin visible, como siempre extremadamente blanco, como siempre cruzado por pequeños relámpagos, pero debilitados, menos deslumbrantes, por lo demás muy bonitos, color de plata tirando a amarillo y malva o rosa, seguidos de estruendos cada vez más lejanos. Parecía que se podía respirar. Quitándose su máscara de meharista, Meyer

contempló la extensión del desastre.

Hasta la altura de los Réformés, toda la parte baja de la ciudad estaba sumida en el polvo y el barro con un silencio alelado de toque de queda, de alto el fuego. Paz abrumadora, química, posoperatoria y peor que un domingo, amplificadas por los sollozos acá y allá, los quejidos, algunas llamadas pero en definitiva no muchas. Unas figuras lentas y mudas seguían saliendo de la nube, dirigiéndose a los barrios inmunes. Desde allí no se veía el mar. ¿Qué hacemos?, preguntó Meyer. Desde su evasión del ascensor, no habían cruzado más de seis palabras. Creo que puede soltarme la mano, ahora, respondió Mercedes. Dispénsame, sí, dijo Meyer, abriendo al punto sus dedos, pero ¿qué vamos a hacer? Regresamos a París, dijo la joven volviéndose. Y luego alejándose ya.

Meyer estaba bastante de acuerdo. Pero apretando el paso para alcanzarla le hizo observar que la catástrofe debía de haber perturbado, no poco, los transportes públicos, que no se podía huir así, sin vehículo. De su propio coche, sin duda destruido como los otros, no quedaban más que las llaves en su bolsillo y aquella radio, que seguía allí, cubierta de manchas colgando de su brazo, no sé ni por qué la guardo. En ausencia de respuesta, continuaron andando hacia el norte.

Se alejaban del epicentro del seísmo, cruzaban barrios preservados. Meyer oyó, a lo lejos, los primeros vehículos de auxilio. En una calle comercial antes de Saint-Barnabé, bastante gente salida de las tiendas, las oficinas, los bares, parada en las aceras, bastante gente en las ventanas observaba un mismo punto del horizonte. Comentarios en voz baja dirigidos entre conocidos o a sí mismos, sin mirarse, escrutando aquel punto como se sigue el coche fúnebre. Aquella calle terminaba en una plaza cuadrada que contenía un cuarto de jardín con su surtidor, a la izquierda un gran garaje Total, concesionario de General Motors, a la derecha la terraza de un café. Mientras pasaban junto al jardín, el surtidor empezó a enrojecerse, a toser, a volverse negro escupiendo incongruencias de sifón, a cortarse al fin con un estertor de puerta de autobús. Tengo sed, dijo Mercedes.

No había dicho nada hasta entonces, no había mostrado nada de sí, no había dejado traslucir nada, pasando a través de la catástrofe sin el menor comentario, semblante hermético, tan distante e indiferente como en la autopista cuando telefoneaba desde su coche incendiado, la víspera. ¿La víspera?, se repitió Meyer. A ver. Recapitulemos. Pues sí, ayer. Curioso. Parecía que hacía más tiempo. Yo también tengo un poco de sed, dijo.

La joven eligió un asiento al extremo de la terraza, cerca de un plátano. Un camarero se acercó sin prisa, mirando el cielo cruzado por una columna de color pardo encima de la zona de almacenamiento de gas, a lo lejos. Mercedes le pidió agua mineral y le preguntó si se podía telefonar, antes de dirigirse al interior del bar de donde se escapaba una música ligera acompañada de parásitos.

—Un blanco seco —decidió Meyer.

El camarero no se fue enseguida, seguía mirando a lo lejos, mientras Meyer

examinaba el tronco del plátano grabado con iniciales hinchadas, corazones cicatrizados: como en un cuerpo enfermo sometido a perfusión, cubierto de esparadrapo, estaban pegadas con celo directamente en la corteza o clavadas con chinchetas en la madera viva notas ciclostiladas o manuscritas, busca de horas para empleadas de hogar o de un perro rojizo perdido, horarios de coches de línea o actuación de un grupo de rock and roll local, el jueves próximo, en directo desde la sala polivalente. Mercedes no tardó en volver, deplorando el sabor petroquímico del agua mineral y que el teléfono estuviera averiado: ciertamente saturada, quizá dañada, la red rechazaba toda llamada a París. Luego, habiendo extraído un espejito de su bolso, habiéndose echado una ojeada de extranjera en él, el golpe seco del cierre debía de expresar la señal de la marcha. Meyer buscó dinero en sus bolsillos.

Cuando entró en el bar para ir a pagar, se interrumpió la música ligera, disipada por el gong de un apunte informativo. Marsella, dijo una voz apresurada, terremoto importante. No podía evaluarse aún la gravedad exacta del fenómeno pero el balance, ya desde ese momento, se anunciaba trágico. Una primera síntesis en nuestra edición de las cuatro, pero conecto enseguida con nuestro corresponsal permanente en Marsella. Meyer recogió el cambio. Sí, Jean-Luc, en efecto, me hallo actualmente en el Cours Belsunce, y lo que tengo a la vista no puede describirse. No, no puede describirse. No puede. Con todo, lo intentaré.

Sin esperar, Mercedes se había dirigido al garaje Total mientras despertadas por el apunte informativo todas las radios se cabalgaban a fondo ahora por las ventanas abiertas, se escapaban en todas direcciones de los pisos, los teléfonos ácidos trazando líneas de sierra oblicuas. Meyer a su vez cruzó la plaza. Aunque los tubos estaban fijados a los surtidores y del taller salían ruidos de herramientas, el garaje parecía cerrado. La joven parada ante el gran escaparate estudiaba los modelos expuestos, berlina sangre de buey, break paja, pequeño cupé descapotable automático limón. Tantos coches tantas opciones de vida, se dijo Meyer, ¿cuál va a preferir?

Al hombre muy moreno de la cabina de vidrio, pilosidad tupida bajo el mono abierto hasta el estómago, manos completamente negras enjugadas en un trapo más negro, Mercedes hizo saber que quería comprar un coche de aquellos mientras en el transistor puesto sobre el escritorio proseguía el relato de nuestro corresponsal permanente en Marsella: los primeros auxilios empezaban a organizarse en una situación, Jean-Luc, que es aún, se lo repito, extremadamente confusa. ¿Cuál?, preguntó el hombre bajando el volumen. El amarillo pequeño, dijo la joven. Conservando la misma tranquilidad aparente, Meyer se entusiasmaba interiormente, sonrió quizás en exceso cuando Mercedes le hubo tendido las llaves. Firmado el cheque, cerradas las puertas, embutió la radio en su compartimiento debajo del cenicero, y luego, al punto, el cupé descapotado se dirigía rumbo hacia el norte a través de los suburbios.

Meyer habría querido tomar enseguida la autopista, pero, primero, no supo encontrar el acceso, y luego el boletín de las cuatro lo informó de que era

impracticable: la vía de acceso había sufrido graves desperfectos, su parte suspendida se había hundido casi por completo. El túnel que la prolongaba por debajo del puerto tampoco había resistido, desmembrado y luego invadido por el agua. Más al norte, pasada la estación, la superficie de la autopista estaba ondulada por arcos sucesivos, cada vez más agudos hacia el epicentro, las cimas de los arcos más próximos incluso habían estallado, quebrados por la onda de choque, y sus tramos mostraban al desnudo, cortados en sección, sus estratos de arena y hormigón, de asfalto y de revestimientos de drenaje. Toda circulación era imposible antes de la bifurcación de Aix, Meyer improvisó mucho rato por las carreteras secundarias, de nuevo los suburbios, el campo: grandes árboles y casas amarillas, fanegas cultivadas, huertas. La naturaleza encontrada pronto, tranquilamente recorrida, no daba la impresión de estar enterada del terremoto, ajena a la catástrofe. Nada parecería haber ocurrido de no ser por el corresponsal en Marsella que llevaba la cuenta precisa del progreso de los auxilios, el esfuerzo de la Cruz Roja, el recurso al ejército, el despliegue del plan Orsec y los rumores sobre bandas de saqueadores espontáneamente organizadas. El suceso ocupaba todas las emisoras nacionales, y las periféricas también hablaban sólo de lo mismo; Meyer acabó apagando la radio.

Conociendo el cielo como lo conozco, debí temerme que el tiempo se estropearía. Aquellas feas manchas rojas hacia el sur desde el comienzo de la semana, irritaciones locales sobre fondo demasiado pálido, todo aquello no presagiaba nada bueno. Luego había ocurrido, la tierra había temblado, en todos los canales sólo se trataba de eso. Apagué el televisor.

Salí otra vez a la terraza, inspeccioné las alturas, el cielo había recobrado su buen color, volví a entrar. Para divertirme un poco, desperté a Titov que abrió un ojo inocente, otro ojo interrogativo, con toda seguridad nada contento de ser arrancado de su sueño pero cuidando de que no se notara. Criatura. Le hice señal de que se activara un poco y señalé la vidriera. Se sacudió, encogiéndose de hombros, luego franqueó el umbral de su caseta. Respiré su perfume cuando pasó por delante de mí, despacio, con aire buenamente resignado, como vamos al trabajo. De golpe, me irritaba. Como le intimara con un ademán a acelerar el paso, sin volverse hizo otro ademán que significaba vale, vale. Lo vi salir a la terraza desde donde, por cierto, habría podido pasar a los tejados vecinos, pero no me preocupé. Conozco a Titov, no se escapará. Llegado al final de la terraza, lo vi asomarse a la calle, luego alzar la vista al cielo, y respirar hondo. Guiñar los ojos. Sacudir la cabeza. Husmear. Titov. Mi irritación, de pronto, se disipaba. Me sentí lleno de cariño hacia él: venga, entra, le dije, vuelve a acostarte. No tuve que repetírselo.

Llamé después a Lucie a su despacho. Sigue sin estar, me dijo su secretaria. Lástima. Sin decírselo directamente, habría hallado el modo de declararme. ¿Ha hablado con Blondel?, le habría preguntado, por ejemplo. Parece que la cosa marcha, habría contestado ella, da la impresión de que no cabe en sí. No hay nada firmado aún pero quiere que estemos a punto. Para usted, Lucie, entonces yo le habría dicho, profundamente dicho, estaré siempre a punto, aunque hubiese tratado de proceder más hábil, más alusiva, menos frontalmente, vamos. No me haga reír, habría reído ella de todos modos, ya sabe que soy una mujer muy vigilada. Además, creo que llaman a su casa.

Efectivamente acababan de llamar aunque no esperaba a nadie. Lo dejo, habría dicho Lucie, será una de sus amigas. Yo habría protestado, la habría oído sonreír antes de colgar. Fui a abrir: Max. Podrías avisar, dije.

Max se había vuelto a recortar la barba. Cuanto mejor le van los negocios, menos se esconde detrás de ella. Milán, Colonia, Houston, Tokio: cada exposición de cierta importancia le hace estrechar un punto las cuchillas de su máquina eléctrica. Me traía el catálogo de su retrospectiva de Osío, contento de haber vendido a los japoneses todas las piezas expuestas en la galería Pontarlier. ¿Hasta a mí?, pregunté. Sí. Hasta a ti. Un importante asegurador de Osaka. ¿Y a ti cómo te va? ¿Sigues en paro técnico? Por poco tiempo ya, espero, respondí. Parece que el asunto se desbloquea. ¿Qué quieres beber?

Al irse Max, he vuelto a instalarme a bordo del remo. Abdominales, abdominales, luego llega Jacqueline, sobre las cinco, como habíamos quedado. Como de costumbre, deja el bolso en el sillón y va a sentarse en el diván. Le llevo una taza de té, me siento a su lado y sin transición la tomo entre mis brazos.

Pero no estoy del todo en lo que hago, sé que Blondel no va a tardar en manifestarse. Seguro que en el momento menos apropiado. Veo desde ahora lo que va a pasar. Querrá comunicarme su última idea. Por ejemplo me preguntará si me acuerdo del senador E. J. Garn, en el Discovery, en abril de 1985. No muy bien, le contestaré. Lo habían nombrado especialista de la carga útil, me recordará. Imagínese lo que significaba para el pobre tío. Cobaya de todo lo biomedicinal y lo paramedicinal. Bueno, diré yo. ¿Y qué? Que van a hacer lo mismo con lo civil. Genial, diré yo, es una idea genial. No es a mí a quien hay que felicitar, dirá modestamente, ha sido a Vuarcheix a quien se le ha ocurrido la idea. Por cierto, ¿no se habrá olvidado de prepararme la transmisión para Hawai? ¿Ha pensado en algo? Una cosita que se me ha ocurrido, contestaré, una sencilla idea de show. Le expondré mi guión. Estupendo, se entusiasmará él, muy, muy bien. La idea de los instrumentos de cuerdas es realmente muy buena.

Y no falla. Un cuarto de hora después, Jacqueline y yo estamos tendidos, ahitos de besos, bastante calientes ahora. Justo cuando me dispongo a penetrarla: el timbre del teléfono. Lo cojo en el acto.

Silencio en el cupé limón. Meyer había probado de entablar, dos o tres veces, el inicio de una conversación; Mercedes seguiría sin picar.

Apenas un asentimiento disuasorio, siempre las dos mismas sílabas sin continuación: el tipo de chica que calla cuando salís del cine. El tipo que considera un poco vulgar comentar las películas en caliente, especialmente las películas de catástrofes que juzga terriblemente vulgares también, de todos modos. Meyer acaba por renunciar. En la autopista tomada después del estanque de Berre, no tardaron en cruzarse con la llegada de los refuerzos, columna a velocidad reducida de camiones militares, con todas las luces encendidas en pleno día, flanqueados por jeeps de largas antenas curvas. Luego, hacia Montélimar, el cielo se había nublado. Después de que empezara a llover, tras parar Meyer el cupé para subir la capota, el vaivén de los limpiaparabrisas monopolizando el sonido, el tiempo comenzó a hacersele largo. No hay término medio en la vida de este hombre, es todo emoción viva o todo aburrimiento.

Cargarse de paciencia, mirar el paisaje, contar los kilómetros hechos, los kilómetros por hacer. Continuar aquella lista de las doscientas cincuenta camas en las que Meyer ha dormido, hacer después la de las mujeres que ha tenido, calcular ahora la intersección de estos conjuntos; más complicado de lo que parece. Leer las matriculas de los coches adelantados. Preocuparse por su propio coche, preguntarse por el seguro de dicho coche, por la existencia o no de una cláusula sobre daños naturales en la póliza. Preocuparse por Nicole y Marion, por Cynthia, por Elizabeth Frise y su agrimensor en medio del daño natural. Reprocharse haberse preocupado primero por su coche.

Dando vueltas a estas cosas, de vez en cuando, Meyer echaba alguna ojeada lateral a Mercedes, tiesa y mirando recto hacia delante cómo se abría la autopista. En dos ocasiones vio agitarse ligeramente sus labios, marejada apenas perceptible bajo el efecto de una ráfaga de pensamiento, de una idea siroco. Hacia Valence pareció buscar algo en su bolso, o proceder al inventario del bolso: objetos ideados para forzar el curso de las cosas —spray de gas lacrimógeno, píldoras anticonceptivas— o la apariencia de las cosas —pintalabios, gafas negras, glass over—. Meyer siempre algo turbado cuando ve píldoras en el bolso de una desconocida. Intimidado como un muchacho. Prueba de ello, estará por los suelos cuando Mercedes, por fin, le hable. Sin prevenir. Para una vez que dice algo:

—¿Ha visto el caballo al fondo del campo, allá?

A partir de un tema así, es evidente, pululan las asociaciones, los comentarios posibles son abundantes. Para empezar tienes la belleza del caballo, la nobleza y la fidelidad del caballo, tienes todo lo concerniente al caballo en el cine, en la pintura, en la escultura y en la agricultura, tienes las carreras, tienes los circos, las guerras, las sociedades granjeras y las carnicerías hipofágicas, tienes enseguida montones de

cosas, puedes fácilmente hallar montones de otras, realmente el caballo es el punto de partida ideal, el incipit en cemento armado.

Pero cogido de improviso, mientras entiende esta frase no obstante sencilla, mientras busca el animal en el paisaje, Meyer turbado queda fatal. Quizás azarado por la cantidad misma de comentarios posibles, con toda rapidez busca uno, con toda rapidez busca uno. Para limitarse a decir al cabo ah sí, el caballo. El caballo negro. Pero ya es demasiado tarde y Mercedes no dice ya nada. Meyer chasqueado. Y cuando por fin se le ocurre contar su caída de un caballo a los quince o dieciséis años, la única vez que montó a caballo, ha pasado demasiado tiempo, el caballo negro ha quedado demasiado atrás y a fin de cuentas es una historia sin interés; aparte de que es un mal recuerdo. Descontento de sí, Meyer pone término a la agonía de los limpiaparabrisas roncando desde hace tanto tiempo, por cierto, sobre el parabrisas absolutamente seco.

Circulación lenta, atascos, empezaron a partir de Vienne, mientras en dirección contraria desfilaba sin aflojar una nueva oleada de camiones militares nuevos, salidos directamente de las cadenas de montaje con su lote de reclutas recientes dentro. Después, los atascos se coagularon en un gran embotellamiento estúpido, resignado, salsa espesada en campo raso, a veces sometido a breves sacudidas, arrancadas de tres o cuatro metros. Es un fastidio pero es tal vez aún una oportunidad de hablar, de lucirse en sociedad. Así Meyer observó que aquello no avanzaba, que no avanzaban en absoluto, y que qué hora sería ya.

Conoce bien el trayecto, dijo también. Al salir de Marsella, pensaba llegar a París a eso de las doce. Sin embargo, no faltará mucho para las siete, queda apenas una hora de luz, qué hacemos. Creo que estoy algo cansada, le contesta Mercedes. Y quizá tengo un poco de hambre también. Ha dicho esto delicadamente.

Meyer, al menos, podría regocijarse cuando aquella joven que supone fría y hermética le propone, con tanta dulzura, dejar la autopista en cuanto sea posible y buscar un sitio para comer, quizá también para dormir. Meyer debería sentirse contento. Meyer debería encontrar la vida más tibia, más acogedora. Debería encontrarla más fluida en vez de ponerse así y recitarse febrilmente su caída de caballo preguntándose si de verdad merece la pena contarla. De todos modos, aunque me la reserve, nada está arreglado, esa historia no dura toda una cena. Sin la menor duda, Meyer está muy intimidado. Pero conservo la calma. Aún no hemos llegado. Por lo pronto, hay que esperar la primera salida. Hay tiempo. Sólo seguimos avanzando a pequeñas sacudidas de unos metros.

Dejando la autopista en la primera salida, recorrieron diez kilómetros a la deriva antes de llegar a un poblacho semirural que se llamaba Eyzin-Pinet, poblacho tranquilo, pacífico, al borde de una carreterita comarcal, lejos de las arterias congestionadas, lejos de las trombosis. Noche cerrada, calles desiertas a la hora de la cena, no obstante pocas ventanas iluminadas. Cuatro jóvenes en motocicleta, un tractor azul, luego un Hotel Nègre-Welcome a la salida de Eyzin-Pinet. Meyer no

había buscado nunca un cuarto de hotel acompañado de una mujer en tales condiciones. Eran las ocho menos veinticinco.

Abierto, el Hotel Nègre-Welcome estaba vacío. A cada lado de un teclado de dientes amarillos, las encendidas mejillas agricultoras de la hotelera denotaban el alcohol seco o el aire vivo o ambas cosas. Se secó unas grandes manos huesudas en el delantal para tenderles las llaves de las dos habitaciones no contiguas, la de Meyer más pequeña que la otra pero equipada con un televisor blanco y negro desenchufado, puesto en el suelo, con la pantalla vuelta hacia el empapelado. Cenarían a las ocho y media.

Meyer enchufó y luego volvió el televisor que se tomó todo el tiempo para calentarse, para intentar acordarse de cómo funcionaba, chirriando en medio del olor a polvo y a araña tostados mientras Meyer se lavaba las manos. Pastilla de jabón arisca con perfume a rosas, prolongadísimo enjuague para atenuar ese otro olor. Luego, cuando se secaba los dedos uno por uno, echando a su rostro una ojeada de resignación, el espejo de encima del lavabo pareció abrasarse de pronto.

Mareo: toda la epidermis de Meyer se cubre de sudor helado, y por sus venas tampoco fluye ya más que un agua fría y sucia. Por todas partes lo abandonan sus fuerzas, escapan gimiendo, desaparecen a lo lejos. Vahído: doblado por la cintura, con el estómago hecho un tiovivo, las manos agarradas al borde resbaladizo del lavabo, Meyer cae pesadamente de rodillas dándose de paso violentamente con la loza en la ceja.

Gruñendo, renegando a media voz, quejándose como si hubiera alguien para escucharlo, va a rastras después hacia la cama, se tumba, se levanta para abrir el grifo, coger una toalla y sentarse, encorvado, apretando la tela húmeda contra la ceja sin dejar de renegar pero gruñendo menos. Una tras otra, al cabo de unos minutos, sus fuerzas, arrepentidas, vuelven disculpándose torpemente por su traición, bueno, por su defección, recobran su sitio sin mirarse, con aire incómodo. Venga, dice Meyer, eso no es nada. Veamos las noticias.

El televisor no parecía acordarse muy bien de su propio manual de instrucciones: en olas irregulares, un desfile vertical de franjas distorsionaba la cara del presentador, afectado asimismo de una fuerte bronquitis electrónica. Su frente oscilaba del estado de frontera al de frontón, aunque dada la gravedad de las noticias no se tuvieran ánimos para bromear. Con ojo desolado bajo sus ocho cejas fruncidas, el periodista cedía la línea al enviado especial, indistinto a su vez sobre fondo de probables girófaros, y luego al científico de la redacción. No hay que ignorar que toda la cuenca mediterránea está bajo la amenaza permanente de los terremotos, Jean-Luc. Son muchos los precedentes.

Meyer estuvo viendo el telediario hasta la hora de cenar, luego poniéndose la chaqueta pasó por delante del espejo: mirada sin gozo a sí mismo. Arriba a la izquierda de una cara pálida, un chichón en pleno desarrollo, ya, pasaría sin duda al azul de Prusia antes de los postres, lo único que faltaba. Muchas preocupaciones para

un solo día. Meyer está cansado. Meyer piensa que ya ha hecho bastante.

Las ocho y veinticinco, bajaba al comedor demasiado grande, no muy alumbrado, mejor. De momento nadie. Meyer elige, al fondo de un ángulo, la mesa en que su chichón dará menos sombra. Por una puerta entreabierta a lo lejos, en otro ángulo, pasaba el runrún de una conversación tranquila entre cuatro personas, o tres personas acompañadas de un perro, en medio de una masa de silencio total alrededor. Es el campo, recordó Meyer consultando el mapa, es exótico y tranquilizador el primer día, a veces incluso todavía el segundo. Luego sonrió, torpemente levantándose, torpemente. Ahí está.

La joven había usado mejor que él el baño, nítida, fresca pero sin ningún cosmético, como para precisar la función estricta de su aseo: para sí misma, no para la mirada ajena. Cerró la carta consultada apenas, segura en el acto de su elección mientras Meyer dudaba aún mucho a este respecto. Pero como en la penumbra, al extremo de la mesa, acabara de materializarse una camarera enana, Meyer, harto de vacilar, dejó que pidiera Mercedes para tomar lo mismo, digamos escalopas con crudités, una jarra de agua para ella, un cuarto de vino para él, sí. Esfumada la enana, Mercedes desdoblaba su servilleta. ¿Ha podido descansar un poco?, preguntó Meyer afablemente. La mirada de Mercedes ascendió hacia él, fijándose enseguida encima de su ojo derecho.

—Sí —dijo Meyer con una mueca tocándose delicadamente la ceja—, me he dado un pequeño golpe. Nada.

No esperaba que la joven tendiese entonces una mano hacia su cara para explorar suavemente, con la yema de los dedos, los alrededores de la equimosis: ¿cómo se ha hecho eso?

—Un pequeño acceso de cansancio —respondió modestamente—. Un ligero vahído. Me ocurre de vez en cuando.

No a menudo. No más de dos o tres veces al año. Más bien por la mañana, al parecer. Más bien los domingos por la mañana, le parecía, pero se abstuvo de precisarlo. Vaya chichón le va a salir, sonrió Mercedes retirando la mano. Realmente simpática de vez en cuando esta chica, y luego nada más, desconcertante. Meyer le devolvió la sonrisa, pero ya no hubo modo de sacarle nada. Claro que, durante la cena, intentaría aún hablar un poco, pero ella seguiría imprecisa, correctamente evasiva, sin definirse: las frases aventuradas de Meyer, sus preguntas, sus conatos de comentarios se estrellarían sin respuesta en la pared de enfrente y luego llevarían a cabo blandamente una caída libre. Muy divertido.

Poca animación también tras la puerta entreabierta, en el otro ángulo del comedor: algo estaba fallando entre las tres o cuatro personas y el perro. ¿Un poco de vino?, dijo Meyer. Gracias, rehusó la joven sirviéndose un vaso de agua. Nunca he bebido un agua municipal tan mala, observaba después rechazando suavemente, con la punta de su zapato puntiagudo, las preguntas deshinchadas a sus pies.

A este ritmo no habría para mucho rato, postre liquidado aprisa sin café. De

vuelta a la habitación, Meyer enciende otra vez el televisor. Parece un programa de variedades, la imagen no se ha arreglado y el sonido tampoco. Bajo las franjas que le hinchaban la mejilla como un odre y le recortaban las orejas en punta, no le resulta fácil al títere exponer que, a pesar del drama de Marsella que nos afecta a todos, el espectáculo debe continuar.

—Lleno —dice Meyer.

Después del desayuno continental cada uno en su habitación, un momento en la tienda de periódicos de Eyzin-Pinet; luego el cupé amarillo sale de la gasolinera. Toman la autopista, Mercedes está sumida en los diarios, sin una mirada a Meyer ni a los alrededores. Los alrededores son llanos, sin interés, todos del mismo verde, tienen lo que se merecen, sin motivo para ofenderse. Meyer, en cambio, que acabaría tomándose lo mal, pregunta a la joven con una voz algo tensa, demasiado seca pero demasiado tarde, si no le molestaría resumirle los periódicos.

Se desprende de dicho resumen que el terremoto, de 7,9 grados de magnitud en la escala de Richter, ha asolado el oeste portuario de Marsella y tres o cuatro kilómetros de litoral; se supone que el epicentro se halla en el mar de Liguria. Tras el choque destructor de las dos sacudidas más fuertes, no han faltado los incendios ni las inundaciones, antes de que el maremoto venga a completar el desastre, gran cantidad de víctimas, pues, entre las cuales gran proporción de paros cardíacos. Según los rumores, se formaron enseguida bandas de saqueadores: por las grietas abiertas en las paredes de las Baumettes, pandillas de *outlaws* condenados a cadena perpetua se fugaron para limpiar joyerías, armerías, saquear cadáveres y tiendas de lujo, arrancar los pendientes de las orejas muertas o vivas, fin de los rumores. Vienen luego la extensión de los siniestros y el detalle de los auxilios, las reacciones de las personalidades, las evocaciones históricas, la doble página del científico de la redacción, ¿lo salto? Sí, dice Meyer, sáltelo.

El cupé corre muy bien, casi solo, adelanta a bastantes otros coches, a veces incluso a otros cupés. Mercedes acaba de interrumpir aquí su resumen. Vuelve a abrir uno de los diarios, echa un vistazo disimulado al horóscopo. Meyer no se atreve a pedirle que lea el suyo. Mal hecho. Debería. En el silencio reanudado, con sus pies y puños en los mandos, sin tan siquiera el esfuerzo de cambiar de marcha en las subidas, avanza. Avanzan. Más pronto de lo que habrían creído, están en la recta final, el último peaje antes de Fontainebleau. París ya no queda a más de un insignificante tiro de misil: el tráfico se acelera enseguida y es el sprint final para llegar primero a la gran ciudad. Meyer, impaciente, sigue el movimiento. Cuando lleguen respirará mejor, pasado el cinturón periférico conocerá mejor el nombre de las cosas: en el recinto que delimita ese bulevar, Meyer sabe enseguida, constantemente, dónde está.

Pero no adónde va: así que pasan la Porte d'Italie, se vuelve hacia la joven y pregunta una vez más, bueno, qué hacemos. Ella, medio sonriendo, si no le molestara demasiado, siguen unas señas en el distrito XVI. Perfecto. Meyer conoce muy bien el camino.

Aparcado el coche frente a un número par de la calle Cortambert, interrogativamente va a volverse hacia la joven antes de que salga, dispuesto a

preguntarle si podrían verse de nuevo. Va a hacerle la pregunta. Pero como ella mira a otro lado, se diría que espera algo. Meyer se acuerda entonces de que el que ha de salir es él. Es que se acostumbra muy pronto uno a los coches, muy pronto hace con ellos cositas íntimas, muy pronto olvida que son de otro. Disgustado, Meyer, desestabilizado. Bueno, voy a dejarla aquí, dice, y se olvida de la pregunta. Volviéndose maquinalmente para coger su equipaje, se acuerda ahora de que no tiene, de que ella tampoco tiene, que son una pareja de supervivientes sin nada encima, escupidos indemnes de un desastre. Adiós, concluye, tropezando al abrir la puerta. Por poco se cae en la acera, se agarra por los pelos al cristal bajado, se aleja sin volverse. No se acuerda hasta entonces de su radio olvidada en el coche y se vuelve rápidamente pero el cupé amarillo, a lo lejos, primero tapado por un furgón enorme, Transporte Sylvain Honhon. Lagny (S & M), ha desaparecido, ahora. No es nada. Por un tiempo tendrá que pasar sin radio. Además, el seguro, de todos modos. Incluso, no está tan mal, igual querrá devolvérmela, igual me busca, igual me encuentra. Podemos soñar.

Regreso de catástrofe, solo en la calle Cortambert, sin más que su traje de verano sucio encima. Meyer permanece inmóvil un rato aún en la acera, luego la sigue hasta el cruce con la calle de la Tour. De nuevo a la derecha y luego cruza en el semáforo, sin vacilar, pareciendo muy decidido, con toda evidencia conoce bien el camino. Después a la izquierda por la calle Desbordes-Valmore y enseguida está: pequeño edificio amanerado, fechado, firmado, molduras y hierro forjado, pastel de boda de tres pisos. Meyer marca el código de acceso, cruza la verja, pulsa un botón del interfono en el portal, espera mirando pasar a una chica vestida con pantalón ciclista y chaquetilla, joven obra de arte sobre altos tacones, en las calles las mujeres sustituyen a las estatuas. Qué coño hace, pronuncia suavemente volviendo a apretar el botón. Sí, acaba suspirando, sí, por el interfono una voz de mujer inquieta, lánguida y distorsionada. Mamá, dice Meyer, soy yo. La escalera huele principalmente a cera, un poco a papel de Armenia, un poquitín a moho.

Santo Dios, exclama Maguy Meyer, esos zapatos. Has visto cómo llevas el pantalón. He estado en el campo, improvisa Meyer después de besarse. Un poco de barro, no es nada. Anda, te has puesto eso. Ya sabes, dice ella, que me recuerda al comandante.

Eso, collar de marcasitas aliñadas con circonios, ondula por el cuello de un amplio jersey negro; falda negra y cinta negra en el moño blanco, medio luto. Y el comandante, que ya había alcanzado un pequeño papel de subteniente durante el bombardeo de Sakiet-Sidi-Youssef, a bordo de un B-26 francés de construcción norteamericana, el 8 de febrero de 1958 (69 civiles muertos, 130 heridos), se vio luego ascendido a primer actor en la vida de Maguy Meyer. Que coge a su hijo de los hombros, pero mírame, tú no estás bien. Para empezar te has dado un golpe. ¿Has visto lo que te has hecho? Ven que te ponga un poco de Synthol. No es nada, dice Meyer, estoy estupendamente. Pero tienes los ojos un poco brillantes. Es el campo,

dice Meyer, es el aire. En cambio, ¿crees que podría tomar un baño?

No se lleva un pantalón así. En el fondo de una cómoda, Maguy busca uno de recambio. No encuentra nada de la talla de su hijo aparte de unos vaqueros con una camiseta tiesos de pintura, zapatillas de deporte a juego, de la época en que iba a pintarle el recibidor y luego se quedaba a cenar. Cosa que no ocurre ahora que su trabajo lo ocupa todo el tiempo. Ahora, desde el fondo de la bañera, Louis pasa revista a los escuadrones de productos de belleza concentrados en las fronteras del lavabo. De lejos, por la puerta entreabierta, su madre le hace preguntas a las que no contesta enseguida, y en un tono más bajo. ¿Y estás solo, en este momento?, pregunta por ejemplo. No puedo quejarme, contesta, no puedo quejarme. Aquella cría era no obstante simpática, recuerda Maguy, y más bien guapa en definitiva. Quizá hubieras podido seguir con ella, ¿no te parece? Ya lo sé, suspira Meyer perezosamente, volviéndose como en su cama, subiéndose hasta los hombros una manta de agua caliente, pero no teníamos los mismos intereses. Maguy cierra la cómoda. Y has visto Marsella, dice abriendo un armario empotrado, has visto lo espantoso que ha sido. Sí, dice Meyer, ha sido terrible. Al fondo del armario, por fin, envejece uno de los anchos pantalones de tweed claro de Robert Meyer, pero seguro que Louis no lo querrá. Maguy lo desdobra, con todo, alzando los ojos al cielo, moviendo la cabeza y hablándose en voz baja. Los mismos intereses.

Con una toalla de baño en la cintura, Louis rehúsa en efecto aquel recambio. No, voy a ponerme mis andrajos, dice, iré a cambiarme a casa. Tengo que volver a casa. Dice eso tan lamentablemente, quizá, que Maguy le propone ir enseguida a comprarme algo que ponerse —justamente en la calle de la Pompe, una tiendecita para hombres que está muy bien—. Eres muy buena, dice Meyer, pero no. No te he regalado nada este año, recuerda Maguy, algo oscuro por una vez. No, resiste Meyer, no. Franela, en tono petróleo, algo un poco clásico que te siente bien. No, cede Meyer, o si acaso negro.

Se ha puesto sus andrajos, su madre ha cogido el bolso, lo espera en el recibidor. Bueno, dice Meyer, ¿vamos? Con una mirada, Maguy le hace señal de pasar primero. Si crees que voy a abrir yo esta puerta, dice, aquí nos quedamos.

El color negro es sucio, el problema es sobre todo ese. Si no, con aquel traje, Meyer se sentía muy bien. Del brazo de su madre vestida del mismo color, subían despacito la calle de la Tour como si siguieran, de lejos, un cortejo fúnebre demasiado veloz, desaparecido ya por la esquina. Luego, habiendo almorzado con una ensalada, en la calle Desbordes-Valmore: cariño, dijo Maguy, ¿no crees que deberíamos ir a verlo? Desde el otoño pasado, ¿no crees que podríamos ir? Bueno, dice Meyer, que considera adecuado juntar las tareas afines: venido, esta mañana, a visitar a su madre, no está mal aprovechar la ocasión para ir a ver a su padre, así queda todo resuelto en un mismo día.

Al menos ir a ver lo que se supone que es Robert Meyer, bajo una estela grabada con la fórmula *A British airman of World War II – Known unto God*. Sin estar positivamente segura, las gestiones de Maguy le han dado motivos para creer que está allí, cerca de la entrada de un cementerio militar en el departamento del Aisne, no muy lejos de Charly-sur-Marne. Cementerio desierto en el campo desnudo, dos mil monolitos idénticos coronados por el mismo modelo de media luna, estrella, cruz, nada corona algunos nombres africanos, ninguna flor. Al fondo de la necrópolis, dos contenedores de hormigón encierran dos lotes de ciento treinta y doscientos treinta restos de desconocidos.

Durante diez minutos, un viento seco bajo un cielo nublado había sacudido los faldones de sus trajes negros. Meyer de pie, muy derecho, observó a su madre inclinada que desempolvaba el monolito y colocaba encima dos guijarros blanco y negro, señal de que habían ido, después se habían vuelto a París con el Opel de Maguy, por las mismas carreteras secundarias que a la ida. Como de costumbre, Maguy, mientras conducía algo rápida, evocaba un poco el recuerdo de Robert Meyer, a quien Louis prácticamente no habrá conocido. Maguy además apenas lo ha conocido. Ningún acto destacable, siempre las tres mismas anécdotas, era molesto que resultaran mucho menos interesantes que las referentes al comandante. Así, al pasar por delante de una posada de estilo en la linde del bosque de Retz: he venido dos veces aquí con el comandante, dijo Maguy. Imagínate. Cada vez dejaba primero su revólver en la mesilla de noche. Evidentemente es distinto.

Dejó a Meyer en el callejón de Maroc, llámame, besos, sabes que estás muy bien con tu elegante traje. Y luego, mientras buscaba las llaves en su bolsillo nuevo, ya estaba sonando el teléfono dentro, como la otra vez. Postigos cerrados, corriente cortada, Meyer fue hacia el teléfono a oscuras. Ni hablar de que sea Victoria, por supuesto. No, Blondel otra vez al aparato.

—Sí —dice Meyer—, hola. Muy bien. En absoluto, es que acabo de llegar ahora mismo. Un momento. Ya está.

Blondel se había puesto a hablar, Meyer a desplazarse sin escuchar mucho, seguido del hilo que se enredaba por todo el piso, empujando un postigo con una

mano, abriendo el contador con otra, recogiendo y después seleccionando someramente el correo deslizado por debajo de la puerta —el banco, el gas, una postal que hizo girar entre sus dedos, vista aérea de Chicago con las palabras Buen tiempo en Chicago, púdrete. Jo. Es absolutamente preciso que nos veamos con urgencia, dijo Blondel. Mañana por la mañana a las diez y cuarto.

Meyer había abierto después todos los postigos, luego la radio: solo de piano, exactamente lo que necesitamos. Luego se sentó en el sofá a grandes cuadros para volver a levantarse enseguida, aliviado de estar por fin de regreso, de encontrar después de todo aquello la casa tranquila, bastante ordenada, dando gracias al cielo de haberse liberado. Durante unos momentos, a medio camino entre los estados de gracia y de ebriedad, una emoción de gratitud extrema, ligeramente exaltada, le hizo incluso sentir por las cosas del mundo un interés totalmente nuevo, un interés totalmente reciente: mear y tirar luego de la cadena le parecieron dos milagrosas maravillas de la naturaleza y luego de la técnica. Tras lo cual, Meyer se había calmado un poco, había ido a la cocina y preparado un té. Bien resguardado de la humedad, un minúsculo insecto se había instalado al amparo de una pared del fregadero, a la sombra tranquilizadora del grifo, simpatiquísimo tótem con su ojo azul, su ojo rojo y su larga nariz goteante. Pero he aquí que una monstruosa pinza retorció el ojo rojo, he aquí que de la nariz brotó un ardiente torbellino, hirviente espiral humeante en la que el insecto se vio al punto escalfado, cocido y archicocido antes de que al cabo de seis vueltas al ruedo lo hubiera aspirado el desagüe. La víspera, con un calor parecido, Meyer había sido absorbido de igual modo en el centro comercial, hacia el ascensor, hacia Mercedes que se le había quedado la radio, cuando ni siquiera sabía su verdadero nombre. Se sirvió té, llenó la cubitera.

Tres horas más tarde, con vistas a una copa, habiéndose helado el agua del molde, Meyer extraía los cubitos. Adópteme, adópteme, brincaban alegremente los cubitos en su ganga de goma, uno de ellos hasta saltó para instalarse en el ángulo de su codo desnudo. Cariñoso este cubito, visiblemente busca un dueño; Meyer lo adoptó en su vaso, bien calentito en su gin- tonic. Después se había abierto una lata y cocido pasta. Había pasado un rato delante del televisor; patinadoras en marcha atrás, justo lo que más le gusta, luego catch, llave de cabeza con torsión de la cabeza y luego aplastamiento de la cabeza con inmovilización, finta y rodillazo. La medianoche cogió a Meyer, en el fondo del sofá, haciendo una última llamada a Georges, muy viejo amigo, uno de esos amigos tan viejos con los que ya se ha dicho todo, al menos todo lo superfluo, sólo queda por preguntarse lo esencial, así que hoy qué has comido.

A la mañana siguiente, ha vuelto a nublarse el tiempo y suena el teléfono. Será Blondel otra vez. En absoluto, es Victoria.

No durará mucho rato, Victoria se puso a hablar largo y tendido, dando noticias tuyas sin orden, como si nada, desde hacía dos años. Casada de nuevo con un ingeniero de sonido, viviendo en las últimas afueras oeste de París en las que, dicho sea de paso, no iba a tardar en llover. Muy interesada por el tiempo, como antes, muy entendida en meteorología. Hablaba aprisa, Meyer no lo entendía todo. Bueno, dijo ella, ¿y tú?

Cogido de improviso y a falta de otra cosa, Meyer intentaría entonces resumir algunos de sus trabajos, de sus ocupaciones anejas, vulgarizando un poco sus investigaciones, adornando un poco sus resultados, pero Victoria no daría del todo la impresión de entrar en el tema. Sonido detrás de ella al otro lado de la línea. Ah, dijo Victoria, aquí está mi marido. Sonido de marido característico, en efecto, sonido de beso mojado del marido calado que llega a casa. Si vieras qué diluvio, dijo Victoria. Un abrazo, etcétera. Si sólo era para eso, en resumidas cuentas, Meyer hubiera preferido que no llamase.

Mañana por la mañana a las diez y cuarto, había previsto Blondel, pues ya estamos. Una camisa color rosa viejo bajo el traje negro novísimo no quedaba nada mal, aun cuando Meyer después de la llamada de Victoria no fuese ni la mitad de sí mismo, y Blondel tampoco estaba nada mal con una chaqueta verde manzana que lo rejuvenecía notablemente. Tras las ventanas de su despacho, en la calle de Varenne, seguía nublado. En la acera de enfrente, bajo el soportal de una academia de bachillerato, tres rubias extraligeras fumaban cigarrillos ingleses esperando algo más. No estaba seguro de encontrarlo ayer por teléfono, dijo Blondel. No me acordaba ya de las fechas de sus vacaciones. Sí, dijo Meyer, tuve que acortarlas. ¿Qué?, dijo Blondel. ¿No han ido bien esas vacaciones? ¡Anda! ¿Se ha dado un golpe? No es nada, dijo Meyer, han ido muy bien. Perfectas. Habrá tenido buen tiempo, supuso Blondel.

—Correcto.

La misma desgana de hablar de la catástrofe, no más con él que con Maguy. Pero Blondel avanzaba sus labios agitando una mano ante sí, como si comentara una tremenda paliza. Oiga, dijo, ¿ha visto Marsella? He visto, dijo Meyer. No se imagina las consecuencias, exclamó Blondel. Un poco, dijo Meyer, me las imagino un poco.

—Quiero decir en el ministerio —precisó el otro—. Quiero decir para nosotros. Figúrese que desbloquean los créditos para Sismo. Parece que nuestros asuntos se reactivan.

—Felicidades —dijo Meyer.

—El cohete Sismo —repitió Blondel—. ¿Se acuerda? Lo habíamos perfeccionado, mire. Encontramos el medio.

Se dirigió como un cangrejo hacia la caja fuerte empotrada detrás de su mesa, metiendo una mano en un bolsillo de la chaqueta. Sin sacarla, desde el interior del

bolsillo apretó tres botones de un mando a distancia que apuntó hacia la caja, como una Luger deforma un impermeable. Bip seco en la puerta de la caja que se abrió en dos, descubriendo ficheros, cajas de disquetes, carpetas rosa y negras atadas, más un estuche de piel conteniendo el collar de zafiro de Eve Blondel, sus dos solitarios, sus diamante-perla auriculares y su cuello de breitschwantz. Blondel desató la correa de una carpeta rosa, extendiendo unos planos en la mesa, gráficas, cuadros comparativos. Eche un vistazo.

Aunque conozca mejor los sistemas propulsores que los artefactos propulsados, Meyer sabe leer este tipo de cosas mejor que cualquier civil. Comprendió enseguida que el nuevo Sismo representaba, en efecto, un gran progreso: su alta resolución permitía enfocar un objeto veinte veces menor que antes, mejorándose otras tantas veces su agudeza estereoscópica. Toma de medidas láser, tratamiento perfecto de la imagen en tierra. Ahí está el medio, dijo Blondel.

Por último, en tierra, un conjunto de estaciones automáticas podía proceder de continuo a mediciones magnéticas y gravitatorias, vigilando todo signo precursor de terremoto. Reunidas por Sismo, colector de datos, dichas mediciones completarían las informaciones ya obtenidas sobre las deformaciones, plegamientos y dislocaciones de la corteza terrestre. En órbita geoestacionaria sobre el Mediterráneo, el satélite Sismo vigilaría en profundidad la corteza de la cuenca, registrando los menores movimientos de África y Eurasia. La localización inmediata de sus fracturas, la indicación del sentido y la velocidad de las fallas prevendrían en el acto todo riesgo de gran seísmo. Ahí estaba la solución.

—Nunca se impedirá que la tierra tiemble —dijo Blondel—, pero al menos que se pueda evacuar antes. De todos modos lo esperaba, un día u otro tenía que temblar. Habrá sido preciso que ocurra para que se decidan. Pero todo está a punto. Sismo está listo. Ya sólo me falta resolver un pequeño problema antes de lanzarlo.

—¿Lanzarlo cómo? —dijo Meyer.

—Con todo un pequeño lote, como hacemos normalmente. Otro par de satélites, unos treinta experimentos a bordo. Incluso estarían de acuerdo en hacer reparar Cosmo, de paso.

—Ah, sí —dijo Meyer—, Cosmo.

—Lleva seis años en órbita —recordó Blondel—, es normal que esté averiado. Podría volver a funcionar bastante bien pero hay que hacerle algunos arreglos. Sobre todo el espectrómetro es lo que me parece que está completamente jodido.

—No habrá modo de que entre —objetó Meyer—. Tres satélites y treinta robots, demasiado para un lanzador clásico. Aun con robots muy pequeños, no cabrá todo.

—¿Quién habla de lanzador? —dijo Blondel—. ¿Quién le ha hablado de robots? Todo va a salir en vuelo habitado. Los norteamericanos nos prestan un orbitador, lo hemos arreglado a buen precio. Sólo hay un ínfimo problema, como le he dicho, referente a la tripulación. Me falta alguien. Necesito cinco y tengo cuatro.

Dirigió a Meyer una mirada incrédula, confuso pero encantado, como si acabara

de descubrir su presencia, su uso, como si acabara de comprender su papel potencial, como secretamente se alegra un titiritero que asiste al nacimiento de sus trillizos siameses.

—¿No le gustaría ir? —aventuró—. Una semanita en órbita; ¿no le gustaría probarlo? Naturalmente, como ya sabe, nuestro presupuesto es un poco exiguo. No estará muy bien pagado.

—Exagera —dijo Meyer con voz fuerte—, no tengo una formación suficiente para eso. Además, se me ha pasado la edad. ¿Cómo dice?

—En cualquier caso, lo había solicitado —exclamó Blondel rechazando a su perro subido a sus rodillas, para abrir su cartera y sacar un documento—. Tengo el papel, aquí, había firmado, había hecho todos los tests. Incluso había empezado el entrenamiento.

—Todo eso es viejo —dijo Meyer suavemente—, fue hace quince años. El espacio, todos candidatos. Qué digo, quince años. Veinte años.

—Pero ¿qué dice? —gritó Blondel—. Ya verá que el entrenamiento no es nada. Cuestión de un simple mes.

Meyer movió la cabeza aflojándose un agujero el cinturón, repitió que ya no estaba en edad echando un vistazo hacia abajo, por la ventanilla, a un damero cerealista amarillo y verde. Estaban solos con el piloto, delante, con un mono blanco un poco sucio, sobre la Beauce, entre zumbidos de hélices y estruendo de motor del Piper Cheyenne azul celeste. Se habían instalado a ambos lados del perro Dakota tumbado en el pasillo. No era la primera vez que Meyer trataba con el animal: ojo inyectado, largo hocico trémulo, incisivos agudos muy irregulares y rabo vermicular anillado recordaban desde luego el orden roedor en vez del carnívoro. Blondel acababa de rebatir el argumento de la edad, arguyendo que en las naves espaciales los tíos, de ordinario, fíjese en los norteamericanos, nunca son demasiado jóvenes, ¿no lo ha notado?

Meyer sería el sujeto ideal. Procedente de la Escuela Politécnica, por tanto en situación militar regular, sabría igualmente supervisar experimentos propios de campos científicos diversos, químico o biológico, mecánico, médico; sin olvidar que el sistema de propulsión del orbitador, silicato de carbono cien por cien, tenía que ver con su especialidad en los motores de cerámica.

—¿Está completamente seguro de que ese orbitador funciona bien, al menos? —quiso Meyer que le precisara.

—Perfectamente —dijo Blondel—, un aparato que estaba ya en muy buen estado de funcionamiento, y que después, naturalmente, hemos repasado nosotros, que revisamos desde hace mucho tiempo.

A sus pies Dakota vomitaba en silencio antes de revolcarse encima, tan repugnante y lento como siempre, aunque dotado de impulsos imprevistos ya que saltó de pronto a las rodillas de Meyer asqueado. Enérgicamente rechazada, la rata gigante volvió a hundirse en su vomitona. Es que a estos animalitos les gustan las rodillas, comentó Blondel alegre.

Meyer se volvió hacia la ventanilla limpiándose mientras el otro proseguía: lo más delicado de aquel asunto había sido, por supuesto, el montaje financiero. El ministerio da su conformidad, pero, como siempre en lo tocante a los créditos,

representa la porción congrua. Había habido que establecer numerosos contactos, firmar contratos anexos, arreglárselas para los derechos derivados: las industrias, algunas televisiones, incluso un poco de publicidad de marcas. La publicidad de marcas es inevitable.

Abajo, ahora, era apenas más montañoso, macizos poco accidentados, contrafuertes suaves de bosques oscuros. El Piper Cheyenne evolucionando a poca altura rozaba a veces cumbres de eminencias redondas, tan próximas que se habrían podido alcanzar de un salto, sin paracaídas ni hacerse daño. Después, cuando estuvo a la vista, en alguna parte sobre Armagnac, un valle de aspecto fértil y moteado de colores vivos en torno a una meseta caliza seca, descendieron para tomar tierra.

Los equipamientos del campo de aviación eran rudimentarios: una sola pista pavimentada, una gran manga de viento a rayas, una barraca de chapa ondulada en cuyo tejado, en letras enormes, estaba pintado el nombre del pequeño aeródromo. Otro Piper, Apache y azul celeste, posado al final de la pista; un coche Peugeot grande de color oscuro aparcado cerca de la barraca; ningún extra. Fuera del avión, Meyer siguió a Blondel y Dakota, dando la vuelta a la barraca y subiendo luego al coche, volviéndose hacia el Cheyenne que había despegado enseguida.

Rumbo a la meseta caliza, cruzarían primero aquel valle, rico y bien regado, cubierto de grandes y prósperas alquerías, de confortables establecimientos hortícolas. A gran escala, en producción intensiva, la explotación floral parecía el recurso principal del lugar. A ambos lados de la carretera crecían campos de rosas tupidas, multifloras, rosas cien hojas, rosas gálicas y rosas té, las James Mason con las Paul Néron, las Gloire de Dijon, las Virgo Liberationem.

Veinticinco tortuosos minutos de una carretera provincial empinada, llena de curvas, hicieron eructar ruidosamente y babear a Dakota en el asiento de atrás. Después, a la izquierda, un ancho carril liso de hormigón prefabricado, rectilíneo, se hundía en un cañón gredoso. Carril muy bien conservado, reforzado por debajo para los transportes de gran tonelaje, desierto como una avenida privada, cañón lívido en cuyos flancos se esparcían, sin repoblarlo del todo —bajo sus flacas ramas se veía el hueso—, matorrales espinosos, coníferas mal afeitadas, y luego alambradas de espinos por afinidad. Pararon. Alto muro alambrado de gran voltaje, sólido enrejado que unos postes curvados hacia arriba combaban cada cinco metros. Gruesa verja eléctrica roja y blanca de inspiración aduanera, flanqueada por garitas tipo blocao y decorada con un gran pictograma disuasorio.

Teledirigida por Blondel, la verja se deslizó suavemente por su raíl tras lo cual se adentraron por la caliza seca, avara de sí, poblada de aquellos mismos matorrales espinosos hostiles, de zarzas antipáticas y de cardos que te miraban pasar con mala cara. Dos aves de rapiña en el cielo vigilaban asimismo el sector; a veces, bajo las ruedas del coche saltaba del arcén, como con aire comprimido, furtivo, algún conejo sacrificado.

El cañón se ensanchó después de una curva amplia, desembocaron en una meseta

en la que se hallaba por fin el centro de entrenamiento. Aspecto de viejo motel a la vez que de viejo campamento^[2] militar, caduco, desmilitarizado, reciclado en lo paramilitar. Primero tres hileras de barracones bajos, series de bungalows de postigos beige y verdes descoloridos, desconchados, picaportes de aluminio salpicados de óxido, restos de muy antiguas veleidades de cultivos ante ciertos umbrales —zinnias translúcidas, cosmos degenerados—. Más allá se alzaban un hangar, sección ojival y superficie ondulada, luego otro gran edificio blanco, embaldosado, cúbico y más reciente, sin ventana ni puerta aparente. Aquí están las principales máquinas, indicó Blondel. Veo a Truphème.

En la hora que siguió, Meyer entró en despachos, salas de reunión, dormitorios, todos ligeramente húmedos pero muy claros. Vio a la gente de la administración: el teniente coronel Truphème con su secretaria Lydie, el intendente Breuf, la cocinera Marie-Madeleine y sus dos asistentes y los tres factótums. Le asignaron el primer bungalow del barracón 2. Blondel le dejó tiempo para desempaquetar sus pertenencias, muy pocas cosas, muchas menos que para Marsella, antes de llevarlo al edificio blanco. Allí Blondel presentaría a Meyer a los técnicos y comportamentalistas del centro. Fue también allí donde Meyer se cruzaría con su futuro comandante de vuelo, negado dos días antes: el comandante Bégonhès, natural de Pau, forzudo y risueño, con aire sereno y competente, tranquilizador. Gafas, bigote, calvicie incipiente. Sólido acento local. Padre de familia y barítono ligero. La mirada un poco fija, con todo, el paso algo vacilante. ¿Su mirada no es un poco fija?, inquirió Meyer en voz baja en cuanto Bégonhès acabó por encontrar la salida. Es lo menos que le puede pasar, murmuró Blondel, acaba de salir de la centrifugadora. Venga a ver.

Enseñó las máquinas a Meyer, el orbotrón, la mesa basculante, las catapultas y la cámara de descompresión. Después visitaron, en el sótano, la piscina en la que se entrenaría para la ingravidez reproduciendo todas las situaciones de vuelo. El agua es más o menos como el espacio, recordó Blondel, se flota del mismo modo. En la piscina se puede reproducir todo salvo el miedo a la muerte.

—Salida dentro de un mes justo —anunciaba también tres horas después—. ¿Qué va a tomar? El plato del día creo que son quenelles, si no, tiene steak, naturalmente. Un plato del día para mí —pidió como habitual.

El comedor ocupaba el ala norte del último barracón, hule en las mesas y bar de aeroclub al fondo, trofeos y banderines entre las botellas, fotos enmarcadas detrás del bar. Meyer y Bégonhès optaron por el steak, mientras Blondel explicaba la elección de aquella fecha: la alineación de los planetas abría, de aquí a un mes justo, una ventana de veinte horas de la que se podrían aprovechar. Siguieron algunas informaciones sobre el plan del vuelo, sobre la tripulación: además de Bégonhès en los mandos asistido de un piloto, viajarían en el artefacto dos científicos —Meyer entre ellos— así como un civil que llegaría al campamento mañana.

—Un civil —repitió Bégonhès.

—Un político —dijo Blondel—, una especie de diputado. Nos vemos más o menos obligados, incremento importante. Representa casi un tercio del presupuesto complementario. Es el juguete oferta en la lavadora crematística, si entienden qué quiero decir.

En cuanto al piloto, tiene todas las cualidades. Les caerá bien DeMilo, dijo Blondel. Eficiente, conoce su oficio. Siempre de buen humor, encantador, debe de tener cantidad de historias femeninas. Él, lo mismo que Blanche, especialista en ciencias, en biología, se hallaban ya en el sitio, al otro lado del océano, en la base misma de lanzamiento, entrenándose en un campamento parecido a éste. Disfrutaban del buen tiempo, sonrió Bégonhès. Disfrutaban de los mosquitos, dijo Blondel, ¿café? No vamos a empezar el entrenamiento enseguida pero si les apetece, para ver, pueden probar una máquina esta tarde. Si no hay nada más que hacer, dijo Meyer.

Lleno de agujetas a la mañana siguiente, había pedido que le facilitaran el programa del vuelo orbital. Acostado de nuevo hasta pasadas las diez lo leyó varias veces. Además del despliegue de los satélites Agro y Sismo, del envío de un satélite espía, su misión comportaba controlar, en compañía de Blanche, los dispositivos habituales —dinámica de las gotitas y transpiración del arroz, interface aire líquido y crecimiento de cristales, clínica de la cinetosis. Como siempre, embarcaban animales, tres pintadas del Japón, treinta medusas y dos ratas; algunas semillas, un cristalizador. La cabeza fantasma, una novedad. Deberían observar todo esto sin olvidar echar una ojeada de rutina, para asegurarse de que seguimos estando bien solos en el universo. Nada del otro mundo.

Después del plato del día, Meyer probó otras máquinas por la tarde, pasando de una a otra sin cansarse en exceso. En el comedor con Bégonhès, llegada la noche, durante el aperitivo hablaron de propulsión, no tardó en unírseles Blondel, de nuevo se sentaron a la mesa; enseguida la col lombarda, los riñones. Acababan de recibir, anunció Blondel, un fax del ministerio que confirmaba la llegada mañana del civil. A partir de entonces podría empezar el entrenamiento propiamente dicho. Luego, a riesgo de ensombrecer el ambiente, Blondel juzgó bueno hablarles de la vida en el orbitador: vivirán, les dijo, en el miedo.

Conozco bien a Lucie, me he acostumbrado a ella. Sus accesos de tristeza, sus bruscos cambios de humor, sus estados de ánimo y sus vapores, conozco todo eso. Pero ello no me impedirá desearla. Arrellanado en mi butaca de lona, en la terraza del bar de los Palmistes, la miro, son las doce de la noche. Falta de acoplamiento horario o enfurruñamiento. Lucie no parece muy en forma. Pero no me inquieto demasiado por ella, y sobre todo no renuncio. Soy paciente. Tengo tiempo.

A nuestro alrededor, algunas mesas están ocupadas por técnicos del Centro, ingenieros comisionados. Parte de este personal de tierra me ha reconocido, pocos me han saludado, los ha habido que han seguido un momento a Lucie con la mirada. Es la primera vez que viene a Cayena. Nada del viaje sentimental a los trópicos, ¡ay!, estamos aquí para trabajar. Aunque el programa de los próximos días no está aún muy cargado: mañana, por ejemplo, nada. Lo aprovecharé para acercarme al museo a ver los cuadros de que me ha hablado Max, curiosidades, de los forzados Lagrange y Huguet.

Una vez más me habría faltado tiempo, desgraciadamente, para darme una vuelta en piragua por el hinterland. Pero, al día siguiente, visitado el museo, habiendo pedido prestado un Land Rover al Centro, había propuesto a Lucie que viniera conmigo, por la carretera de Tonnegrande, a comer un pollo al gallo. Vestido con una camisa de manga corta a rayas amarillas de Hilditch & Key, fui a recogerla a última hora de la mañana. En la mesa, como le pidiera por educación —nunca he podido soportarlo— noticias de Charles-Henri, Lucie me contestó en el acto que estaba bien: luego, rectificando en tono indiferente, me anunció que se habían separado. Me había cruzado dos o tres veces con Charles-Henri, nunca había creído demasiado en aquella unión, pero me declaré sorprendido. Aunque regocijándome por dentro, me esforcé incluso en adoptar un aire desolado. Por la tarde, para distraer a Lucie y tratar de consolarla, la llevaría a visitar lo que quedaba del penal en las islas.

En el helicóptero que conduce a la isla Royale, Lucie se había adormilado unos minutos apoyada en mi hombro. No mostré ninguna reacción. Como ya he dicho, la conozco desde hace mucho tiempo; a pesar de mi interés indudable por ella, me he acostumbrado a no ser, al principio, más que una relación profesional, después un amigo, por último una especie de confidente, sin poder acceder nunca al estadio superior. No ha sido por no haberlo deseado. Ni tampoco, alguna vez, por no haberlo intentado. Tentativas rechazadas siempre suavemente, como si no pasara nada, como si Lucie no lo hubiera notado siquiera. Quizá en el fondo, pese a nuestras relaciones casi fraternales —dados mis deseos, lo peor que podía pasarme—, quizá no se fiaba debido a mi fama de mujeriego, de hombre que toma su placer del de las mujeres. Sin embargo, yo no renunciaría. Pero, aquella vez, no reaccioné.

Caminábamos después bajo los cocoteros, por las sendas adoquinadas que dan la

vuelta a la isla, seguidos por monos chillones desde las alturas y agutíes furtivos tras nuestros pies. Hablábamos de cosas diversas, sobre todo profesionales, pero yo pensaba más bien en las afectivas. Ya sabía, lo había oído decir, que las cosas no iban muy bien entre ella y Charles-Henri. Por una de las jóvenes secretarias de la agencia hasta había oído hablar de un tal Paul, recién aparecido en la agenda de Lucie, pero ésta no llevaría ahora la confianza tan lejos. Me abstuve de hablar de su vida amorosa, no hice preguntas aun preparándome de todos modos, una vez más, a probar suerte.

Íbamos descifrando las inscripciones grabadas en las ruinas y las tumbas mientras recorríamos lo que queda de las pocilgas, de la casa de locos, del cementerio de los niños, construcciones de ladrillo grabadas con las iniciales de la Asistencia Pública, observó Lucie. No, rectificué cogiéndole la mano, de la Administración Penitenciaria. Pero avistando no lejos matorrales de orquídeas, pretextando un ramillete, he aquí que suavemente retiraba su mano. Como si no pasara nada. Siempre el mismo truco.

Yo no procedí como ella. Desplegué mi mejor sonrisa. Lucie, le declaré, si cambia de opinión, conoce mi teléfono. Sonrió como si no hubiera dicho nada.

Los habían despertado temprano para que repitieran las pruebas. Lo empezarían todo de nuevo. Incluso Bégonhès, pese a su experiencia, hubo de someterse otra vez a las series de tests perceptivos, cognoscitivos, proyectivos, aunque la descripción de su personalidad —sanguíneo pero geómetra— llevase mucho tiempo incluida en su expediente. Meyer, al principio, se había encontrado sentado en un compartimiento ante una mesa de pino, con un lápiz gris en la mano derecha y rascándose la cabeza con la otra mano. Luego hubo de comentar unas láminas presentadas por una mujer angulosa de boca pequeña, larga nariz estrecha, traje sastre de tela seria y cuatro hileras de cadenillas: una de acero para el cronómetro, otra de plástico para las gafas y dos de oro para ella. Codificando en un bloc taquigráfico la menor vacilación de Meyer, se expresaba mediante conminaciones mecánicas, sin mirarlo más a los ojos, tras los paneles aislantes de sus gafas, de lo que se mira a los faros de un coche o a los diodos de un robot. Meyer intentó dos o tres veces aligerar el ambiente, ensayo de connivencia o una pizca de corte, en vano. Un algo de Mercedes, quizá, pero en mucho menos bien.

Mientras los comportamentalistas, descifrando el bloc taquigráfico, estudiaban la psique de Meyer, otros dos técnicos hundían su cuerpo en la resina para hacerle una litera a su medida, adaptada lo más exactamente posible al molde obtenido. Disponían ya de las medidas de Bégonhès; antes de eximirlo del baño de resina, se aseguraron de que no habían cambiado.

—La mujer de los tests es una arpía —denunció Meyer durante el almuerzo—. Una arpía.

—Danièle es una buena chica —abogó Blondel—; lo que pasa es que hay que conocerla un poco. Es de Pau —hizo saber.

—¿Ah, sí? —dijo Bégonhès.

—Sí —dijo Blondel—, en fin, creo que la familia de su madre es de Pau.

—Un iceberg —insistía Meyer—, contacto imposible, lo he probado todo. Ni un tanto así de sonrisa —Dejó el cuchillo para dar un golpecito en la uña de su pulgar sobre los incisivos de arriba—. Ni así.

—Los otros también son todos así —dijo Bégonhès—, ya lo verán. Poco dados a conversar. Y luego faltan chicas, ¿se han dado cuenta?

—Por parte del padre de Danièle, en cambio, son más bien de los Vosgos, me parece —prosiguió animosamente Blondel—. Y usted, Louis, ¿dónde nació?

—En Plymouth —contestó Meyer—. Pero no nos quedamos.

—¿Y usted, Molino?

—En París —dijo el civil.

El civil era poco hablador con su traje cruzado. Después de haber dicho buenas, encantado, steak, ensalada, París era la quinta palabra que se le oía decir. Rostro liso y tranquilo, inexpresivo, cabello lacado hacia atrás, auténtica agua de colonia de

hierbas, aire a punto para un debate televisado. Molino había saludado a todo el mundo al llegar, pero con una cortesía algo distante, ligeramente divertida, vagamente dubitativa, como si se tratara de un malentendido. O como si tomara un baño de multitud, estrechando manos a la vez que echaba vistazos alrededor, cuestión de localizar la cámara. En la mesa, igualmente, parecía esperar el momento de salir por la tele, matando el tiempo mientras compartía el almuerzo de los maquinistas.

Terminado éste, se sacó del bolsillo un peinecito antes de seguir a los demás al hangar, vasto volumen formato circo Bouglione. Casi tantos focos como en el Bouglione, pero en vez de los trapecios colgaba un volumen negro en forma de vagón, mantenido en el aire mediante elevadores, brazos telescópicos. De él salían torrentes de empalmes, haces de cables trenzados que lo unían a consolas de los técnicos.

—Aquí tienen el simulador —dijo Blondel—, es esto. No lo usaremos enseguida, quiero simplemente que vean el cajón.

Un montacargas de enrejado permitía acceder a dicho cajón, cerrado por una puerta de metal con volante central, tipo caja fuerte de submarino. Luego, el interior del simulador, con un sinfín de intermitentes, reproducía fielmente el puesto de pilotaje de un avión espacial: consolas de mando, monitores y teclados de control, indicadores, palancas, radar altimétrico y palanca de mando del timón. Tres ojos de buey ciegos, dos literas en la parte posterior. Un fuerte olor a limpiador industrial disimulaba mal, en el fondo del aire, turbios efluvios de gimnasio y de cuarto cerrado. Blondel presentó el aparato; cincuenta modelos matemáticos que regían el sistema le permitían simular todo lo que se quería, lo peor y lo mejor, lo peor más bien que lo mejor. Los usos del cajón eran pues múltiples: simulador de vuelo, por supuesto, pero asimismo módulo presurizado, cámara térmica o medio confinado. Todos no gustan igual. Es cuestión personal.

Aunque déjenme tranquilizarlos, dijo, hemos terminado abreviando el programa. Sobre todo los tiempos de privación sensorial, los hemos acortado mucho. Pero todavía no podemos ahorrárnoslos, desgraciadamente siguen siendo necesarios. ¿Por qué desgraciadamente?, terció Molino. Con lo que suman ocho palabras.

Durante la cena, como Blondel añadiese algunas informaciones sobre el orbitador, el diputado hacía esfuerzos manifiestos por escuchar, para seguir con paciencia. Aplicación profesional, vieja costumbre consolidada en el terreno, como si hubiera que soportar aquello para estar seguro de salir en la primera vuelta de las elecciones. Pero sin hacer preguntas, sin parecer preocupado, riendo demasiado fuerte sin ton ni son, a veces, por un detalle no especialmente cómico. Se lo sentía lejos de aquellas historias de avión, ausente, en otra parte, acaso en su circunscripción. Se despidió al final de la cena, sin esperar el café, les ruego que me dispensen, sonrisa acartonada, aspecto de tener algo mucho más importante que hacer. Ya está bien, pensó Meyer.

—No parece darse cuenta de lo que le espera —observó tras la marcha de Molino—, da la impresión de que le importa un bledo. Si va a montar en él podría

interesarse.

—Es que ya tiene miedo —diagnosticó Blondel—, se muere de miedo. Es eso.

—No es seguro que aguante bien el viaje —se inquietó Bégonhès—. ¿Por qué viene, exactamente? ¿No se podía encontrar a otro?

—Es inevitable —dijo Blondel—. Está aquí para nada, pero no tenemos más remedio. Al principio, estábamos fastidiados, no sabíamos qué mandar a hacer. Había que ocuparlo. Fue Vuarcheix quien dio con la idea. Para él ha sido para quien hemos integrado a propósito en el listado de experimentos el último protocolo, ya sabe, el pequeño programa sobre la cinetosis.

—Disculpe —dijo Meyer—, ¿sobre la qué?

—Cinetosis —repitió Blondel—. Enfermedad de los transportes. Molino servirá sobre todo para estar enfermo, me temo. Usted podrá, deberá observarlo.

Con su escafandra encasquetada, Meyer está sujetado a su sillón ergonómico, lleno de electrodos pegados directamente a la piel, de indicadores introducidos por todos sus orificios, equipado con palpadores que informan a los comportamentalistas: ritmo cardíaco y presión arterial, oxigenación de la sangre, ventilación pulmonar y demás gradientes. No es cómodo pero aún se aguanta, salvo que Meyer soporta mal las correas que lo inmovilizan. Preferiría que se las quitaran. Estaría mejor sin ellas.

Puede aguantarse más o menos hasta que se desencadena una sinfonía de rugidos, penetrantes sirenas y chirridos estridentes, crujidos que recordarían bastante la banda sonora del terremoto pero diez veces más fuerte. Todo ese estrépito va in crescendo en el espacio cerrado: pronto ya no entra sólo por los oídos, atraviesa directamente la bóveda craneal y se propaga luego a lo largo de los huesos, prefiriendo los pasajes libres del esqueleto a los estrechos corredores nerviosos. Meyer, invadido, saturado por el ruido, pierde pronto el sentido de lo interior y lo exterior de sí, no controla ya su interface y se deja derribar por esa nueva ola, olvidados tierra y cielo, diseminados los puntos cardinales. Sólo su razón resiste más o menos, allá arriba en su caja maltratada, desde el último piso de su cuerpo sigue emitiendo un pequeño rayo, debilitado pero resuelto, como sigue girando la óptica del faro en pleno ojo del huracán. Eso es el primer día.

El segundo día, igual.

El tercero, en lo más fuerte del tumulto, el propio cajón empieza a agitarse. Sin previo aviso salta en todos los sentidos, bruscamente, sucesión errática y frenética de brutales propulsiones, de empujones cada vez más violentos que mandarían al sujeto, si no estuviera atado, contra todas las paredes de la cabina. Amplificándose mutuamente ruidos y choques, Meyer bendice ahora las correas, ruega al cielo que no cedan, ya no piensa más que en eso, incluso llegaría a olvidarse de sus ganas de vomitar.

Pero los comportamentalistas aún son más arteros: la noche del quinto día, a la vez que aceleran un punto los movimientos de la cabina, con angélica sonrisa cortan el sonido. De golpe, ni un ruido. Las vibraciones, las sacudidas se desencadenan en un silencio críptico. Invadido por enormes ideas simples, asustadizas, que llenan todo el espacio, Meyer sólo oye ya su respiración rápida, que resuena en el sopor del casco.

Si la vuelta del silencio parecía, al principio, un ligero alivio, Meyer no tardará en comprender que, por el contrario, es peor. Y que es peor aún cuando se interrumpen también los movimientos del cajón. No queda nada. Empiezan entonces largos periodos en un medio confinado, con la absoluta carencia de todo, que es, con mucho, lo más penoso: Meyer echará pronto de menos la buena época de las acrobacias, el infierno mismo de las estridencias en el furor de los choques, simpático luna-park a los ojos del confinado. Ni un sonido, ni un gesto, asíntota de la muerte, Meyer atado

allí no tiene nada que hacer sino esperar, sin siquiera el recurso de contar el tiempo en los relojes de a bordo desconectados por los comportamentalistas antes de la sesión. No tiene nada que escuchar, al principio, si no es su respiración irregular, escandalosa, pero pronto su pensamiento también empieza a hacer demasiado ruido. Después es el mismo silencio, demasiado puro, el que engendra su propio contrario, su negativo ensordecedor. Una vez, Meyer se habla para tratar de tranquilizarse, intenta articular unas cuantas palabras, pero su voz suena como algo ajeno, una máquina fantasma que produce acordes abstractos, calla al punto.

Cierto que hay que soportar asimismo las sesiones especiales en el cajón, cuando se reduce extremadamente la atmósfera por ejemplo, ambiente Everest, y hay que ir a buscar migajas de aliento al fondo de los bolsillos, en la aceleración de climas polares y tropicales. Es duro, también, pero para Meyer casi es poca cosa. Nada iguala en horror el medio confinado.

En cuanto se percatan de que no le gusta el medio confinado, empiezan a doblar la duración de las sesiones. El resultado son siglos inmóviles, sepultados en el silencio, hasta que nacen inquietudes en el espíritu de Meyer, se desarrollan angustias escoltadas por náuseas, hasta que empieza a gemir sudando copiosamente, luego a vomitar gritando, luego a dejar de vomitar sollozando. Viéndolo desatinar así, los comportamentalistas podrían inquietarse. Pero nada. Les parece, por el contrario, que no sale tan mal parado. Encantados, multiplican las sesiones por tres, por cinco, por diez, sólo a fin de que su sujeto renuncie a esa desagradable tendencia, esa repugnante manía de ensuciarlo todo lloriqueando. Así el sujeto acaba acostumbrándose, aprende a ser puro objeto, resignado, fatalista hasta el punto de sumirse, a veces, en una meditación vagamente teísta —que registra sin duda un palpador especial ya que al instante el cajón se agita frenéticamente, con todas las sirenas al vuelo, el tiempo de cortar en seco, su desvío espiritista.

Por la noche, en el comedor, Meyer tarda un poco en fijarse en el vaso que lleva en la mano, en el ruido de los cubitos, y luego, una vez acodado en la barra, el gintonic tiene sabor a hierro. Pastís para mí, pide Bégonhès uniéndose a él. Salud. ¿Qué tal? ¿No ha sido demasiado duro? Ya haremos que lo sea menos, responde Meyer con una mala mirada de reojo a los comportamentalistas, parece que no sepan qué más inventar para joderme.

Al fondo del comedor, los comportamentalistas consumen discretamente kirs^[3] y bitters, aparte. Se han quitado la bata, van con chaqueta, con polo sintético, ninguno es muy gordo. Hablan en voz baja, tienen sonrisas encogidas, a veces llevan barba de collar; uno de ellos posee un par de botas forradas con cremallera. Se quedan aparte. Alguien tiene que hacer esa porquería de oficio. Sabiéndose poco queridos por sus sujetos, dado lo que les hacen pasar, a veces preocupados por eventuales represalias, los comportamentalistas prefieran andarse con cuidado. Tratarse lo menos posible con los hombres voladores fuera de las sesiones de entrenamiento. Evitar, como si nada, cuando se fija en ellos, la mirada resentida de Meyer.

Y el propio Bégonhès tampoco está muy fresco. Pasa cuatro o cinco horas diarias en el simulador, obligado a controlar sus mandos como virtuoso, hostigado por órdenes breves que se suceden a toda prisa, con los ojos a veces vendados, haciendo arpegios con los cursores y los conmutadores sin poder consultar la partitura, sufre también bastante con los comportamentalistas.

No son malos bichos, dice con todo levantando, de lejos, su pastís hacia ellos. Hacen su trabajo. Hay uno que tiene una casa cerca de Pau. ¿Le han centrifugado? Los comportamentalistas sonrían sin esperanza levantando a su vez, educadamente, sus vasos. Saben que nadie quiere demasiado a su verdugo, por más que sea buen ciudadano, excelente vecino, padre de familia cariñoso tras el antifaz. Todavía no, dijo Meyer, creo que me toca pasado mañana.

No hablemos de la centrifugadora, pequeña barquilla al extremo de un brazo articulado en la que se embarca un sujeto inquieto. Luego la barquilla empieza a girar al extremo del brazo, con toda rapidez, constantemente agitada con cabeceo y balanceo combinados: en veinte segundos el sujeto envejece diez años. No hablemos del orbotrón, máquina polimusculadora en la que te sientes, ciertos días, tan confortablemente instalado como en el tambor de una lavadora, otras veces no menos a gusto que en el maletero de un auto de choque. No hablemos tampoco del asiento rotativo, del sillón de tres ejes ni de la piscina en la que te zambulles con escafandra, pinzas prensibles al extremo de las patas, gran escarabajo mutante lleno de anillos, guiado por hombres rana negros. Aunque acaso sea lo menos cansado que hay, la piscina.

Los días transcurren todos iguales. Centrifugadora al levantarse, cajón por la tarde, en los ratos libres un poco de gimnasia o de orbotrón. Al civil le ha sentado mal enseguida el cajón, enseguida ha regurgitado su plato del día, no se han atrevido a meterlo en la centrifugadora. Es un fastidio que esté ya tan mareado, dice Bégonhès. Sólo lo obligan a hacer un poco de piscina pero se revuelve mucho. Y todas las noches cenan en el comedor con Blondel. Blondel sigue asegurando que vivirán en el miedo, pero que el miedo no es tan temible. Que es normal y hasta deseable, que mantiene despierto, que nunca impedirá a nadie apretar un botón. El miedo en sí no es nada, dice, es el miedo a tener miedo lo que hay que evitar. Es ese miedo al cuadrado, precisa, lo que los aniquilaría.

Ya está, parece. Tendido bajo su triple caparazón teflón-kevlar-dacron, Meyer escucha ganguear la cuenta atrás. En un ángulo de su campo visual distingue a Bégonhès asimismo acostado en su litera, el puesto de mando titila más que nunca en el ángulo opuesto. Cuando la cuenta atrás llega a los números de una sola cifra y la luz baja proporcionalmente en la cabina, el soplido de las toberas aumenta en razón inversa, los intermitentes se excitan a gran velocidad, las imágenes de síntesis galopan por las pantallas. Un círculo de sol entrado por el ojo de buey acaba de posarse ingenuamente en el casco de Bégonhès, Meyer se extraña de respirar con tanta calma. Cero, ganguea la cuenta. Ignición.

Al instante las toberas de escape mugen como un órgano, casi al instante una larga explosión parece reventar la base del orbitador. El artefacto vacila muy ligeramente, oscila apenas hacia un lado antes de enderezarse y de elevarse luego, pesadamente, hacia el cielo. Meyer es aplastado cada vez con más fuerza en su litera, y cada vez más aprisa; el perro bastante grande que acaba de saltarle al pecho crece a ojos vistas, se desarrolla hasta alcanzar en seis segundos el tamaño de un elefante joven. No obstante, Meyer no respira aún demasiado mal, lo que vuelve a extrañarlo, le extraña oír y entender bastante bien las sucesiones de cifras y letras que Bégonhès intercambia con los técnicos de la base. El peso no deja de aumentar, Meyer siente que se aproximan con toda rapidez al umbral de tolerancia, y luego que lo traspasan, pero, pasado el umbral, el peso sigue aumentando cada vez más. Consumida su pólvora, los propulsores adicionales que sirven para el despegue acaban de separarse del depósito exterior, y las dos pequeñas sacudidas del lanzamiento transforman en mamut el elefantito. Todo empieza a vibrar intensamente en el habitáculo. Por unos instantes, Meyer prefiere perder el conocimiento. En pleno cielo, debajo de él, los propulsores se mecen suavemente colgados de sus paracaídas. En el escudo oscuro del mar Caribe, el punto blanco que se distingue justo en el centro no es sino el remolcador encargado de recogerlos.

El círculo de sol corre temblando hacia el techo de la cabina, luego desaparece, el ojo de buey no presenta ya más que un disco azul intenso. Las vibraciones cada vez más violentas hacen volver en sí a Meyer, que, con la aceleración, debe forzar los músculos de los párpados para abrirlos. Desorbitados los ojos, se siente la cara descompuesta, demacrada, las mejillas aplastadas se corren hacia las orejas, llevando éstas mucho tiempo refugiadas detrás de la nuca. Todo vibra y tiembla cada vez más, como en el segundo antes de que todo estalle. Meyer siente nacer en su cuerpo, en forma de cangrejo, el miedo anunciado todas las noches por Blondel. Procura distraerse mirando tanto como puede el disco azul que tira a azul marino, muy pronto a azul de Prusia, luego a violeta oscuro y luego rápidamente a negro. Demasiado aprisa, se ahoga Meyer mientras el cangrejo y el mamut se encuentran en su vientre, simpatizan y hacen planes de futuro. Como, para empezar, deciden divertirse primero

un poco a costa de Meyer, éste prefiere desmayarse de nuevo.

El zoo se desenfundará siete minutos después, cuando el que ha de ser lanzado es el depósito externo; cangrejo y mamut saltan de júbilo para saludar su desintegración en el éter, su caída en lluvia fina al mar. Meyer ya no encuentra fuerzas para abrir los ojos; bajo sus párpados cerrados la presión hace nacer miriadas de fosfenos de tonos vivos, estrellas pulverizadas, cruces estroboscópicas y medias lunas pirotécnicas sobre fondo de escaleras y dameros. Entregándose a su espectáculo, se percata con retraso de que la presión parece disminuir, afloja progresivamente su opresión. Pronto no es tan siquiera sensible, se deja olvidar; es en principio señal de que han llegado. Es que salidos de la atracción terrestre acaban de ponerse en órbita, que flotan libremente en el silencio del espacio y que todo marcha bien. El elefante se ha evaporado. El cangrejo se está más o menos quieto. Sin embargo, Meyer sigue haciéndose el muerto aunque esté consciente, aunque continúe siguiendo el diálogo cifrado de Bégonhès con la base que, al poco, se interrumpe; luego oye la voz de Blondel mucho más cercana a su oído lastimado:

—¿Todo va bien?

—Todo irá mejor —balbucea Meyer abriendo un ojo.

Blondel está inclinado por encima de la litera, con aire severo y preocupado metido en su bata, estrechando el puño de un aparatito de cristales líquidos conectado con los palpadores. Sus ojos pasan del rostro de Meyer, descompuesto tras el cristal de la escafandra, a la pantalla del aparato en la que se agitan los parámetros. ¿Qué le ha pasado? ¿Un leve vahído?

—No ha sido nada —dice Meyer tratando de mover un brazo—. Todo irá perfectamente. ¿Puedo quitarme esto?

Blondel lo ayuda a sentarse en el borde de la litera. Por la puerta abierta de la cabina entran y salen, como si nada, dos subalternos comportamentalistas. Uno rebobina el cortometraje azul proyectado en el ojo de buey, el otro ayuda a Bégonhès a desprenderse de su casco.

—Cada vez aguanta más —comprueba Blondel desempernando el de Meyer—, los ritmos están aún mejor que el viernes. Haremos aún dos o tres simulaciones así, después debería soportar el viaje totalmente bien.

Aflojado el último perno, Meyer levanta pesadamente el casco, con el esfuerzo de arrancarse la cabeza, pero un falso movimiento le hace soltar el objeto que choca con su hombro al caer, rueda hasta los pies de un subalterno. El hombre recoge el casco y lo examina con reprobación.

—Además ahora ya casi hemos terminado —prosigue Blondel—, no volverá a pasar por las máquinas. Falta un poco de paracaídas por pura fórmula. Usted ya ha saltado, creo.

—Diez veces de joven —redondea Meyer.

—Perfecto —dice Blondel—. Basta con una vez, es como la bicicleta. Ya verá a Bégonhès, salta como respira.

El paracaídas, sin duda, habrá sido lo mejor. Primero se dirigen en jeep al campo de aviación, luego se embarcan a bordo de un Noratlas que despega enseguida. El aparato asciende a la altura requerida, luego vuelve para sobrevolar un blanco circular, a trescientos metros de la pista, vasta escarapela tricolor de tonos muy vivos de tiza triturada puesta sobre la hierba.

No hace calor en la bodega del Noratlas, y el instructor de salto tampoco es muy cálido. Aparte de empujar a la gente por la espalda al vacío cuando el avión pasa por encima del blanco, no se ve muy bien para qué más sirve. Meyer salta primero, Bégonhès dos segundos después, el vientre del avión se aleja. Los dos hombres caen a la misma velocidad, primero se acercan, luego se separan y van a planear cada uno por su lado, bien abiertos los brazos en medio del aire antes de abrir su tela cada cual en su rincón de cielo.

Tiran al mismo tiempo de la empuñadura del paracaídas, frenazo en el éter, y luego por encima de ellos florece una pompa de seda, paz recobrada, silencio rasguñado ligeramente tan sólo por el viento. La tela chasquea apenas por encima de ellos, como la vela de un barquito ligero. Se abandonan al descenso, cruzan volátiles, dos cernícalos, un quebrantahuesos que se abalanza sobre una carroña, una vez toda una bandada de patos en forma de V, Meyer por poco queda preso en las tijeras de la V. Sujetado por anchos tirantes, al principio se coge de las correas como del agarrador de un autobús; después, más relajado, cruzando los brazos en el pequeño paracaídas de reserva, observa el mundo a sus pies. Distingue la meseta calcárea que contiene las construcciones del campo de entrenamiento, luego, alrededor, el llano opulento, las granjas sólidamente asentadas sorbiendo el fértil humus, los pequeños camiones aparcados cerca de las explotaciones, los pequeños tractores maniobrando en las hectáreas de flores.

Al principio, desde tan alto, los colores de las rosaedas no se diferencian bien, pero cuanto más se acercan a ellas, más se precisan sus tonos, de las manchas limón de Baby Masquerade a los Cupid rosa melocotón, a las purpúreas Orphelines de Juillet, a las Botzaris inmaculadas. Las Vick's Caprice se distinguen cada vez más de las Rembrandt, se confunden cada vez menos James Mason con Mme René Coty. Luego, bajando más hacia ellas, entran pronto en su perfume, en la mezcla de todos sus perfumes, amplia columna de invisible humo que asciende por encima de ese incendio de rosas. Como en el corazón de un agua tibia se zambullen en aquel bloque de olores entremezclados que va a descomponerse en multitud de variaciones aljofaradas, salpimentadas, de matices graves o lisos. Y según prefieran la mirra de la Splendens, el alhelí de las Blush avellana o la prímula de Félicité y Perpétue, según deseen, por el contrario, evitar los fuertes efluvios almizclados de Mme Honoré Defresne, se mecen colgados de su paracaídas hacia el color donde nace el aroma deseado, se orientan hacia la pequeña parcela de contadísimas rosas verdes, el tablero de Baronne Henriette de Snoy, las hileras de Souvenir de Pierre Vibert o el tresbolillo de Max Graf.

Por supuesto que, en tales condiciones, es raro alcanzar la diana de tiza. Pero ya que termina el entrenamiento, celebrémoslo con un castillo de fuegos artificiales final: Meyer, la mayor parte de las veces, se deja caer entre las flores cuyos matorrales, chirridos apagados, laceran la seda de su paracaídas, un sinfín de medias se hacen carreras en un sinfín de piernas perfumadas; Bégonhès no es mucho más cuidadoso. Sus caídas en medio de los campos nunca son muy mal acogidas, además, por los horticultores. Al contrario, acuden al instante afables portugueses armados de pinzas de depilar, que extraen sin dolor las espinas a los paracaidistas mientras al otro extremo del campo, desde la ventana de su despacho, el propietario calcula el daño. Sin dejar de mirarlos, sin abandonar sus gemelos, tiende una mano aleccionada hacia el teléfono y marca de memoria el número del seguro. Así, cada llegada entre las rosas es un placer para todos, cada cual, salvo el asegurador, considera el asunto excelente. Los recién llegados simpatizan con los portugueses, les dicen las tres palabras de portugués que saben, bromean con ellos, después, como pueden, doblan los paracaídas antes de regresar. Los portugueses echan una mano, los acompañan un rato, luego, como pasan por delante de su alojamiento de temporeros, los portugueses sugieren que entren a beber un trago; los otros no dicen que no.

Bastante alegres tres cuartos de hora más tarde, regresan andando al aeródromo cercano, no hay más que cruzar la carretera. Tan pronto como distinguen el blanco, ven a Blondel de pie justo en medio, tieso como una flecha en el pequeño redondel rojo. Blondel parece estar esperando, los otros están algo inquietos, no se dicen nada pero se preguntan si no habrá bronca. En absoluto. Blondel parece más bien contento. Él mismo se ha prendido en el ojal de la solapa una pequeña Deuil de Paul Fontaine *chinée* en la que hunde su nariz. Es exquisito, declara, huele exactamente como el paquete de té recién abierto. Salimos mañana.

A primera vista la Guayana no entusiasma demasiado a Meyer, que no ve en ella más que una lengua de tierra húmeda e infestada de parásitos, bañada de fiebres y de militares repletos de cerveza. Para lanzar nuestros cohetes, ¿por qué no eligen un punto más ventilado, más fresco, igual de francés, Saint-Pierre-et-Miquelon por ejemplo? Cuestión de perras, respondió Blondel, ya lo sabe. No hay que buscar otra respuesta. Cuanto más cerca del ecuador, antes se sale de la atracción terrestre, y menos se gasta en carburante. De todos modos, recordó Bégonhès, los militares llenos de cerveza se adaptan asimismo muy bien al frío.

Sentado cerca de Meyer, Bégonhès hojeaba listados e instrucciones de vuelo confiados por Blondel antes de salir. Acurrucado bajo el asiento, frente a él, Meyer vio un folleto olvidado por un pasajero precedente, apéndice de datos balísticos del manual de instrucciones de un cohete tierra-tierra. Y el asunto chicas no lleva camino de arreglarse, sonrió tranquilamente Ségonhès.

Ninguna mejoría efectivamente a este respecto. Nada de azafatas a bordo de este nuevo avión, un Lockheed C-130 Hércules del ejército, nada de champán rosado ni película en ocho idiomas, ningún asiento inclinable ni luz orientable, ni bandeja clase negocios con menú cuatricrómico, nada. Sólo el fuerte ruido del motor del Hércules y ocho asientos fijados por pares al fondo de la carlinga bajo una luz cruda, detrás de unas pilas de contenedores pictografiados con plantilla de estarcir, sólo un recluta guasón con su ropa de faena, las mangas subidas por encima de los codos, que dejaba sin gracia una ración militar en las rodillas de Meyer, dulce de fruta energética de postre.

Como el aburrimiento no tardó en asomar su nariz cenicienta, el recluta les facilitó treinta y dos naipes con una publicidad del pastís Granier en el dorso que Meyer barajó cadenciosamente. Gracias, yo no juego, dijo Blondel después de que el civil hubiese rehusado también con un pálido movimiento de cabeza, no entiendo nada de cartas. No es muy amable, dijo Bégonhès. Dos solos siempre es menos interesante. ¿Le apetece, Louis, que hagamos una partida? Encuentro a Molino paliducho, ¿no le parece?

Bégonhès perdería trescientos francos antes de retirarse y luego adormilarse, doblado en su asiento. Meyer lo imitó poco después, sólo Blondel siguió consultando sus carpetas al otro lado del pasillo: confundido por tanta capacidad de trabajo, Dakota echado junto a él resollaba sin parar, su largo hocico bostezaba como un mejillón cocido, escrutaba apasionadamente a su amo dejando pender una estrecha lengua amarillenta y seca a un lado. Solo en un asiento detrás de ellos, el civil apretaba un pañuelo contra sus labios.

Transcurrieron diez horas, interminables, durmiéndose y despertándose, a veces con el olor de la ración siguiente, paciencia en el torpor, rostros desnudos, se hablan cada vez menos, sin una sonrisa se pasan la bolsita de la sal. Levantan pesados

párpados durante la escala técnica en Fort-de-France, palmeras en los ojos de buey, indudablemente demasiado calor, de todos modos no hay tiempo para ver gran cosa, Meyer no abandonaría su sitio. Después de bajar para desentumecerse un poco en el asfalto, Bégonhès reapareció empapado en el aparato. Particularmente caluroso en efecto, confirmó. Las pasaremos canutas. Despegaron.

Una hora más tarde, yo los esperaba al pie de la escalerilla. DeMilo, exclamó Blondel, qué amabilidad pasar a recogernos. Me presentó a Meyer y a Molino, de quienes había oído hablar, poco habladores uno y otro. Tras lo cual Bégonhès y yo nos abrazamos.

Tengo prácticamente la misma edad que Bégonhès. Llevo bigote como él, que no se lo recorta como yo. Igual formación, igual experiencia, aproximadamente igual calificación. Los dos pilotos experimentados de caza y pruebas. Él comandante de escuadrilla y yo jefe de patrulla, diplomados el mismo año por la Empire Test Pilot's School y tres mil horas de vuelo cada uno. Pero yo sé que parezco más joven.

Sonrío, relajado, señalándoles el microbús blanco, les sonreía con todo mi esmalte bajo el sol de plomo. Me empeño en cultivar esta apariencia californiana de soltero bronceado, de modo que todos sospechan que en lo civil, ya lo sé, lejos del espacio intersideral, llevo una vida de playas, chicas, bares, quizás incluso que poseo un coche descapotable rojo, aparcado lleno de chicas delante del bar de la playa. Por qué no.

Bégonhès y yo, en el microbús, seguimos alegrándonos de volver a vernos. Cruzábamos una extensión verde y llana, empapada de ciénagas bajo el cielo azul eléctrico, tomamos pronto la carretera de Sinnamary. El autobús giró hacia la primera entrada del cosmódromo en cuanto aparecieron las dependencias administrativas; más allá, dispersas hacia el manglar, se hallaban las residencias del personal volante.

El bungalow asignado a Louis Meyer recordaba bastante el que ocupaba en el campo de entrenamiento, subtulado en versión tropical por el aire acondicionado, las mosquiteras y los ventiladores auxiliares. Meyer se acostó sin conciliar el sueño, se levantó para ir a mirar por las ventanas. Vegetación compacta, poco variada: grandes palmas aceradas, armazones de abanicos gigantes, formaban hasta medio muslo recios matorrales. Por encima, algunos arbustos apenas más altos que un hombre encorvado, variedades locales de encinas, dejaban caer su ramaje delgado infestado de líquenes parásitos, musgos de España de pestañas grisáceas. El silencio pesaba con el calor, de vez en cuando estrujado por el paso de animales invisibles por el fondo de la alfombra, animales pequeños o medianos, que parecían a veces incluso bastante grandes por el ruido. Tatúes, tapires y osos hormigueros, pecaríes y packs, cuyos furtivos saltos, en el vientre vegetal, sonaban como nudos de gomas bruscamente desechos. Meyer dormía por fin, dos horas más tarde, cuando Blondel fue a llamar a su puerta. Los experimentos, dijo, todos los dispositivos están a punto. Podría empezar a inspeccionar, si se siente con ánimo.

Siempre más o menos los mismos experimentos, los mismos protocolos convenidos, formación del nailon, respiración del melón, todo eso. La atracción del vuelo sería, esta vez, la cabeza fantasma, encargada de experimentar la penetración de los rayos cósmicos en el hueso. Cabeza de mujer auténtica, por lo demás, cráneo

real legado a la ciencia por su usufructuaria, repleto de aparatos mucho más fuertes que ella y cubierto por una película de epidermis de síntesis. ¿Cuántas posibilidades entre mil de que Meyer hubiera conocido a aquella mujer en vida, se preguntó al momento, qué probabilidad de haberse acostado con ella? Luego pasó revista a los animales que iban a embarcar, fauna modesta y mucho menos exótica, por descontado, que la del manglar. A las iniciales medusas y pintadas del Japón se sumarían al fin tres puñados de gusanos azules y rojos con una araña, más otros bichitos previstos para alimentar a aquel ganado. Una de las ratas, maníacodepresiva, traía algo preocupados a los psicofisiólogos. Si nos falla, ¿cómo encontrarle sustituta? Blondel, con humor, propuso a Dakota. A sus pies, ante tal perspectiva, el inmundo chucho gañó de gusto. Meyer, asqueado, vio estremecerse el bigote de Bégonhès. Yo mismo sonreí menos. Titov, pensé.

Se habían reunido al atardecer en la terraza del bungalow de Blondel, vestidos con ligeros monos de acrílico fluorescente cosidos de credenciales, de salvoconductos. El sol se ponía. Aquella cena ligera con aquel pijama ligero daba una impresión de convalecencia, de comedor de sanatorio en la selva. Como al principio sólo se ocuparían estrictamente de técnica, el civil había disculpado su presencia. Blondel hizo un primer resumen de las manipulaciones, la reparación del aparato Cosmo, los planes de despliegue de los tres satélites. Verían todo esto en detalle mañana por la mañana, en cuanto llegara Blanche, especialista en biología, que se encargaría de supervisar los experimentos con Meyer. Bueno. ¿Quieren ver el avión? Yo sí, dijo Bégonhès.

El jeep volaba luego hacia el área de lanzamiento, pasando junto a las estaciones de control y de meteorología, los edificios de preparación de las cargas útiles. Alrededor seguía extendiéndose la misma superficie horizontal verde, rasa, excavada a veces por hoyos monstruosos, erizada en otros sitios de esqueletos de edificios en construcción. Bajo la luna, circulaban a buena marcha, el aire tibio lustraba la calva de Blondel e hinchaba los monos. Pronto, en el aire oscuro, una vez pasados la piscina de hidrógeno y el malaxador de propergoles, se dibujaron a lo lejos las siluetas del mástil umbilical y de la torre de lanzamiento, después hubieron de pasar aún tres controles antes de acceder al paso de tiro. Allí, suspendido de la superestructura y ceñido por tres depósitos oblongos, alto como una catedral fortificada de minaretes, nos aguardaba el avión espacial.

Llegado el momento de los ensayos de propulsión, mofletudas nubes opacas borboteaban en la base del montaje, haces de focos lívidos se materializaban como gruesas barras de tiza en el humo de combustión. Rugidos, vibraciones, fumarolas. El avión, triángulo isósceles blanco, se hallaba adherido al depósito gigante, pintado de color verde pálido y flanqueado por los dos cohetes auxiliares rosa claro. Puntiagudos en su extremidad, el orbitador y sus tres propulsores estaban encerrados en nueve pisos de red tubular, compacto andamio de viguetas. En las plataformas de aquella estructura, bajo el clamor de los reactores experimentados, pululaban los obreros

especializados, cubiertos con sus cascos, vestidos con sus monos de color amarillo dorado, ensordecidos por sus tapones de aislamiento fónico. Blondel nos repartió algunos tapones mientras admirábamos, con la cabeza hacia atrás como al pie de una torre, el dispositivo que mugió todavía un momento y luego calló perezosamente para dar paso a las órdenes indistintas, muy arriba, en los walkie-talkies, a las conminaciones interferidas que rebotaban de plataforma en plataforma. Bégonhès quena subir a ver pero no, dijo Blondel, ahora no, faltaban aún algunos acondicionamientos en el puente intermedio. Mejor visitar el conjunto acabado, cuando estuviera todo el mundo, mañana por la mañana.

Última copa en el bar de los Palmistes antes de ir a acostarnos, conversación tranquila, bastante gente en la terraza. Bégonhès, pensativo, no decía gran cosa. Como los colores de los cohetes auxiliares se me antojaran algo infantiles, lo manifesté. ¿Molino no va a estar vomitándonos todo el tiempo encima?, me preocupé después. No se angustie, dijo Blondel, vamos a prepararlo. Meyer también parecía ausente en su butaca, bebiendo pequeños sorbos de un resto de ponche, permeable a las voces circundantes, a las risas alrededor de las mesas próximas, a las ráfagas de músicas internacionales que iban y venían como echarpes mecidos en el viento pegajoso, que van y vienen ahora por doquier, en los supermercados, bajo los mangles, en los iglús.

Sólo Blondel estaba bastante elocuente, nunca resultaba desagradable escucharlo aunque, respecto a esa historia de miedo, ¿no empezaba a repetirse ya un poco? Luego habló de la vanidad de todo aquello, del coste de todo aquello. Expuso de nuevo lo difícil de financiar semejante operación, de encontrar fondos recurriendo a las empresas, a los laboratorios, sin hablar de los presupuestos marginales, por ejemplo aquellos pequeños contratos que había podido firmar con las televisiones. Por cierto, DeMilo, ¿ha pensado en la conexión con Hawai? Todo está listo, contesté. Debajo de la mesa, en pleno ataque satiriásico, Dakota se había echado boca arriba, trémulo vientre ofrecido y patas dobladas, fólleme, fólleme, por favor, lo empujé con la punta del zapato.

Meyer no tenía miedo a la mañana siguiente, seguía sin tener miedo, y de nuevo se dirigían hacia el paso de tiro. El civil había tomado asiento en la parte trasera del jeep, como los demás con mono de vuelo y gorra a tono. Un poco grande para él, su gorra deseaba a veces salir volando durante el trayecto, la visera daba aletazos en el aire cálido. Parábamos, dábamos marcha atrás, yo saltaba ágilmente por encima de la portezuela de puntillas con mis botas de nailon, iba a recoger la gorra de Molino en la cuneta abarrotada de obreros, luego volvíamos a arrancar. Llegamos por fin al pórtico de lanzamiento, al pie de la nave, seguimos hacia un pequeño aparcamiento delimitado por tiras de plástico donde parecía esperar el ingeniero Poecile, con camisa de manga corta y ligero casco gris, ceño inquieto asimismo gris. Sin hacernos ningún caso a nosotros se dirigió inmediatamente a Blondel, que echaba el freno de mano, cortaba el contacto. ¿Blanche no está con ustedes?

—Pues no —respondió Blondel—, yo creía que la encontraríamos aquí.

—En todo caso, no está su coche —se irritó Poecile observando el aparcamiento y después su reloj—. Todo eso nos retrasa.

—Esperaremos arriba —decidió Blondel—. Subamos.

Señaló la entrada del montacargas, espaciosa y profunda caja de acero; penetramos en él. Blondel, que entró el último, precisó que no íbamos a visitar enseguida el orbitador, nos detendríamos antes en el recorrido para examinar el sistema de bloqueo de los propulsores. El ascensor se elevó muy lentamente, luego frenó muy lentamente, a medio andamio. Salimos callados a la plataforma que rodeaba el avión, estábamos ya muy altos, muy lejos del suelo.

Un viento nervioso barría la pasarela, uno de esos vientecillos rabiosos que sufren por no poder causar tantos estragos como quisieran, a quienes gustaría dañar más gravemente las cosas y a los hombres aferrados a la tierra, uno de esos vientecillos malignos que se vengan en cuanto uno se eleva un poco, que tratan de desequilibrarlo con guantazos secos, cortantes, perniciosamente propinados más abajo de la cintura o en los ojos. Hasta Bégonhès y yo, poco propensos al vértigo, nos cogimos de la barandilla evitando mirar hacia abajo. El civil, ni que decir tiene, había optado por agarrarse frenéticamente a uno de los pilares de la plataforma, desesperadamente, como a su madre. Sólo Blondel, sin asirse a nada, se asomaba para admirar el mundo. Cogiendo a Meyer del brazo, le hizo dar la vuelta a la pasarela señalándole los órganos de retención y luego de lanzamiento del depósito y de los petardos adicionales. La carlinga del orbitador denotaba que ya no era muy nuevo: su superficie estaba constelada de retoques de pintura, de pequeños cráteres debidos a los impactos que había sufrido, procedentes la mayor parte de su choque, durante sus anteriores misiones, con diversos restos de artefactos espaciales. Blondel volvió a asomarse al vacío tras esta inspección, dos mechones blancos revoloteaban en sus sienes.

—Ah —exclamó—, creo que llega el coche de Blanche. Lo veo. ¿Lo ven?

—Sí —confirmó Poecile después de un vistazo prudente—. Es Blanche.

—Mándele el montacargas —dijo Blondel—. Esperaremos aquí.

El ascensor volvió a marcharse con la misma lentitud con que había venido. El civil no se había movido del pilar, sin dejar de abrazarlo locamente, un hilillo de saliva ácida se escurría de la comisura de su boca hacia la punta de la barbilla. Mientras Bégonhès observaba conmigo el nuevo procedimiento de fijación de los cohetes auxiliares, Meyer alzó la vista hacia el vientre del avión, cubierto como sus alas y su nariz con un mosaico de tejas de cerámica, brillante y granulosa como un abdomen de lagarto. Distraídamente prestaba oído al mecanismo ascensoril poco apresurado —clac: los cables se inmovilizan; clac: se rebobinan en el otro sentido.

Último clac: un piloto rojo acaba de encenderse encima de las puertas correderas que empezaron, con la misma lentitud de siempre, a alejarse una de otra. Meyer vio a Blondel henderse con una sonrisa plácida, apartarse de la barandilla y dirigirse hacia

el ascensor, seguido de Bégonhès y de mí, encantados todos con la llegada de Blanche. Molino, lívido, los ojos en blanco, parecía intentar despegarse de su pilar. Poecile sonreía también, echando una ojeada indulgente a su reloj y uniéndose a los otros, obstruyendo la perspectiva de la cabina a Meyer. El cual, a su vez, acabó avanzando hacia la entrada del montacargas, primero oculta por los anchos omóplatos de Bégonhès. Habiéndose apartado de éste, Meyer se encontró justo frente a una joven. Inesperado. No lo habían advertido.

Tan inesperado que no reconoce enseguida a esa joven que abre unos ojos sorprendidos, y luego dirige una mirada incierta hacia él, mientras Blondel los presenta uno a otro:

—Lucie, es Louis Meyer, de quien le he hablado, creo. Meyer, aquí tiene a la doctora Blanche.

—Mercedes —articula Meyer.

—¿Cómo dice? —pregunta Blondel.

Hay pues mujeres a las que sólo te encuentras en los ascensores. Hay también hombres, como el civil, que me dan la impresión de interesar a este tipo de mujeres, piensa Meyer en el jeep de regreso. No es que me importe, pero me gustaría saber qué pueden encontrarle. Al lado de un tío guapo como yo, se concreta su pensamiento mientras un poco más tarde, en el almuerzo, destroza un corazón de palmito.

De vuelta del paso de tiro, en el comedor de primera clase del cosmódromo, Meyer ha tomado asiento en un ángulo de la mesa, Bégonhès a su izquierda hace una bolita de miga de pan, cada vez más esférica y gris entre sus dedos. Yo me he colocado frente a ellos, cerca de Blondel absorto en sus ideas, con su perro ratonil tumbado en sus rodillas: escucho a Poecile, que no se ha quitado el casco para comer, describiendo el despliegue previsto del satélite espía. Perfectamente redonda y negra, la bolita acaba rodando por el suelo, Dakota se precipita tras ella a los pies del civil y la bióloga instalados uno junto a otro en un rincón discreto a la izquierda de Bégonhès. Molino, al parecer, camela sordamente a Mercedes que responde en el mismo registro y a la que, ahora, no habrá más remedio que dejar de llamar así. Su diálogo es confuso. Cogido entre Blondel y Bégonhès, taciturnos, Meyer se recita Lucie Blanche, Lucie Blanche, Lucie Blanche para acostumbrarse a esta nueva identidad bajo el soplo de bomba rítmica del gran ventilador.

Si la joven, al salir del ascensor, apenas había parecido identificar a Meyer, después parecía querer reconocerlo cada vez menos. Ya estamos, se había dicho Meyer, ya empieza otra vez como en el Sur. No se habían dirigido una sola palabra durante la visita al orbitador. Lucie se había mantenido a distancia de Meyer, que manifestaba, por su parte, un enorme interés por los menores detalles de acondicionamiento de la cápsula, sin entender por ello nada, trastornada como tenía la cabeza por las explicaciones de Poecile. Pero antes, llegado el ascensor al último piso, Blondel había brindado un corto discurso en el umbral de la cámara, frenando el movimiento del grupo antes de penetrar en el avión espacial.

—Tengan indulgencia —había invocado—, les advierto que todo no está completamente impecable. Es un aparato, como saben, que ya ha servido. Nos lo prestan muy amablemente pero, desdichadamente, no hemos podido renovarlo todo. Apelo a su comprensión.

Habiendo fruncido el ceño la tripulación, Blondel había matizado sus palabras. Por supuesto, se había repasado toda la infraestructura de la nave, remozado el aislamiento, controlado los circuitos, meticulosamente revisado los cuarenta y cinco motores, las veintitrés antenas y los cinco ordenadores de a bordo, ningún problema a este respecto. Los dispositivos de seguridad habían sido igualmente objeto, por descontado, de una atención particular, tampoco en eso había nada que temer. Pero, vaya, nos había faltado tiempo para limpiarlo realmente todo a fondo. Es que teníamos cierta prisa, comprenden, la alineación de planetas favorable a la partida no

duraría siempre, la ventana meteorológica sólo permanecería abierta unas veinte horas. Naturalmente lo indispensable estaba hecho pero los cristales, por ejemplo, ya verán que podían estar mejor. Si tienen la bondad de seguirme. Lucie.

Meyer lejos de Lucie, a la que Molino se había pegado enseguida, el grupo había entrado en el avión por la plataforma superior, primera planta que reunía los puestos centrales de control y de pilotaje, los principales instrumentos de navegación. Más o menos como en el simulador pero con mandos dobles: dos asientos hacían frente a dos tableros de mandos, pantallas y cámaras del circuito cerrado, amplias consolas bomboneras con todos sus perfumes intermitentes. Enseguida ocupé, a la derecha, el sitio de los mandos que me sería atribuido. Inspeccioné los dispositivos con breves movimientos seguros, meticulosamente descuidados, rechazando distraídamente un cursor, comprobando con la yema de los dedos la accesibilidad de una llave, intercambiando tres palabras reticentes con Bégonhès que acababa de sentarse también, en el asiento de la izquierda. Los demás nos habían mirado un momento, luego Blondel había propuesto que visitáramos la planta siguiente.

Como siempre a buena distancia de Lucie Blanche y del civil que iba tras ella, Meyer prefirió entretenerse con nosotros hasta que Bégonhès se hubo levantado, no sin hacer una ligera mueca. En fin, funcionará de todos modos, masculló, procuraremos que funcione. Con el mismo espíritu yo me encogí de hombros, sin más comentarios nos reunimos con los otros en el puente intermedio. Allí era donde nos alojaríamos.

—Tienen las literas ahí —señalaba Blondel— y ahí tienen la ducha. Tienen dos, no, tienen tres armarios aquí, ya ven que son bastante hondos. Y muy accesibles. Bueno. Ahora, esto es la cocina, con todos los productos que están ahí.

Todo el interior del habitáculo estaba lleno de serpentinas adhesivas y cintas Velcro, puntos de sujeción que permitían fijar todas las cosas, las conservas y las cámaras, los documentos y las personas, puntos sin los cuales, en estado de ingravidez, los bolígrafos presurizados se escaparían sin querer escribir nada, los cepillos huirían ante los cabellos y los dientes. Blondel enseñó también, almacenados a un lado del puente intermedio, los cofrecitos *Get Away Special* que contenían materiales de experimentos autónomos. Y luego, en fin, ahí tienen, con perdón, el área de aseos y de tratamiento de detritos.

—Los cagaderos —tradujo Bégonhès entreabriendo su puerta—. A ver si hay pintadas.

Había, efectivamente, algunas cuya lectura dejaron para más tarde. Además otros indicios en los rincones, manchas alimentarias discretas o marcas de dedos, revelaban que, en efecto, sólo se había limpiado lo esencial del habitáculo, sin borrar las fechas y firmas en rotulador sobre las literas, sin quitar las pegatinas. Hasta la novia de un piloto anterior se hallaba aún atrapada cerca del indicador de ángulo de regreso atmosférico, bajo un imán decorativo que imitaba el envoltorio del chicle de globo Dentyne. Al menos podrían haber limpiado los cristales, había recriminado el civil

desdeñoso.

—No es fácil —dijo Blondel—, en órbita es el metal el que se desgasifica. Todo eso se condensa en los cristales, es muy distinto del vapor de agua. Toda una complicación limpiarlo. Pero eso no debiera molestarlos. Si no, naturalmente, habría que ver lo que pueden hacer ustedes mismos durante el vuelo, tienen los productos, que están ahí.

Dejando el puente intermedio, visitaron la bodega del avión. Los satélites que habrían de desplegar no estaban aún instalados, pero el scooter espacial que permitía salir del orbitador se hallaba ya aparcado al fondo, atado a una pilastra, como la primera Vespa, en una acera, a una señal de tráfico. Equipado con una veintena de pequeños motores-cohetes de gas comprimido, utilizarían el scooter para eventuales salidas extravehiculares, particularmente para la reparación del artefacto Cosmo.

Luego, al volver a pasar, antes de salir de la nave, por el puente intermedio, Blondel hizo una breve recapitulación teórica. La ausencia de gravedad, durante el vuelo, aboliría todo esfuerzo, toda resistencia, las cosas jugarían libremente entre ellas. Las vértebras, así, no pesarían ya una sobre otra, tomarían sus distancias y nos harían regresar del espacio un poco más altos que a la ida. Señalando pues los dos aparatos de entrenamiento, la bicicleta estática y la cinta de jogging:

—Imprescindibles —prescribió—. Media hora diaria de cada uno. Si no, sus músculos se reblandecerían, en tres días se les pondrían piernas de pollo.

En el ascensor, detrás de Lucie Blanche, el civil seguía riéndose burlonamente, mientras nosotros cambiábamos impresiones durante el descenso. Y luego en la planta baja, al abrirse las puertas, una serie de chispazos saltó bruscamente de la luz exterior, cinco o seis chispazos a un tiempo. Todos dimos un paso atrás. Si no es nada, dijo Blondel, unos fotógrafos, hombre. Unos fotógrafos. Pónganse en pose. Salimos dentro de una semana, caray. Es normal que preparen el acontecimiento.

Sin embargo se acabó el tiempo de las audiencias mundiales, se acabaron los grandes estrenos, las noches en vela planetarias ante el televisor, se acabó su cara risueña saliendo de la escafandra en la portada de las revistas, en sellos, en llaveros, se acabaron los retratos oficiales. Ahora, a nadie le importa un pito. Ningún enviado especial ha venido de lejos, los fotógrafos de la puerta del ascensor sólo cobran de publicaciones muy locales, algunos de ellos sólo están de prácticas. Qué más daba, de todos modos nos habíamos puesto en pose, cada cual según sus medios tomó la actitud del cosmonauta; Bégonhès a la rusa, sonrisa abierta de oreja a oreja y camiseta de anchas mallas bajo el uniforme, sonriente y sano, mientras que yo cuidaba mi aire más norteamericano, más ágil y relajado bajo mi niqui, no menos sonriente y sano pero llevando con más soltura el uniforme. Poecile no se había quitado aún el casco ni Blondel las gafas, el civil se esforzaba en reproducir el cartel de su última campaña de elecciones cantonales. Un momento, dijo la bióloga, ¿me da tiempo a pintarme un poco los labios?

A la bióloga, Meyer conseguiría arrinconarla de todos modos tres segundos casi a

solas antes de salir del paso de tiro, mientras retrocedíamos por última vez, con la mano en visera y la nariz al aire, parpadeando hacia la cumbre del sistema. Se le había acercado como un cangrejo: estoy encantado de volver a verla, declaraba simplemente de un tirón. Poco original pero la intención era buena. Ahora bien, como por toda respuesta se le reservara una exigua tajada de sonrisa helada, refrescante especialidad de la doctora Blanche, una hora más tarde, en el comedor de primera clase, Meyer bastante ofendido tomaría asiento lo más lejos posible, en la otra punta de la mesa.

Aún se entrenarían un poco los cuatro días siguientes, y luego, setenta y dos horas antes del disparo, Blondel dio descanso total a todo el mundo, en medio aséptico, al amparo de los periodistas en prácticas y los mosquitos. La preparación se hizo sin omitir detalle. En ciertos talleres, unas modistillas especializadas acababan de coser en nuestros uniformes los innumerables bolsillos destinados a contener lápices y cortaplumas, linternas, calculadoras, guantes, gafas negras y tabletas alimenticias, todo tipo de monedas extranjeras y pasaportes cubiertos de visados, previstos para el caso de que, a consecuencia de una parada por problema mecánico, nos viéramos obligados a aterrizar en cualquier parte. Otras daban la última mano bordando en aquellos bolsillos logotipos de firmas que patrocinaban el vuelo: Uniroyal, Matra, L'air liquide y La vie claire, un importante grupo de seguros marítimos, una marca de yogures con *bífidus* activos. Nada más que hacer para nosotros a no ser, la antevíspera de la partida, una visita de rutina a la enfermería.

Prolongada por un pasillo niquelado, la sala de espera de la enfermería estaba exageradamente limpia y embaldosada de blanco, amueblada con sillas tubulares cromadas, vidrio y cerámica imputrescibles en el aire acondicionado, nada que destacara, todo reluciente, como nuevo. Amontonados en un expositor, un puñado de semanarios arrugados, de revistas deshechas, recordaba que el mundo es biodegradable. Mundo a veces cruzado en el mayor silencio por alguna enfermera inmaculada, redentora en el incienso del desinfectante. La mirada automática de Meyer seguía entonces el pliegue de una bata o el margen de maniobra de un cierre, atenta a las ilusiones de prendas íntimas, a las alusiones a su ausencia.

Entre las revistas un antiquísimo *Express*, dos *USA Today*, un *Terre-Air-Mer*, así como un *Paris-Match* del mes anterior, número especial titulado «Marseille: l'adieu» que comprendía fotos de cortejos fúnebres. Meyer lo hojeó, creyendo reconocer el escaparate en el trayecto de uno de los dos cortejos, escaparate entrevistado en medio del polvo opaco acabando de salir del centro comercial en compañía de Mercedes. Cerró la revista cuando aparecí yo por el fondo del pasillo, arreglándome uno de los puños del mono. Le toca a usted, Louis, dije, puro formulismo. Es en el 6.

Meyer había seguido el pasillo, dándose golpecitos en la palma de la mano izquierda con el *Paris-Match* enrollado en la derecha. No contestaron enseguida cuando hubo llamado bajo el 6 de metal dorado, de modo que volvió a llamar y luego abrió la puerta, descubriendo a Lucie Blanche que escribía detrás de una mesa. Bastante inesperado. Una vez más no lo habían advertido. Atrapado, Meyer.

Lucie había alzado la vista hacia él, deslizando unas finas gafas al extremo de la nariz para verlo entrar. Habiendo cambiado su uniforme de entrenamiento por un conjunto de verano, parecía de paso por el despacho durante las vacaciones —ordeno simplemente unas cositas y me vuelvo a la playa—. Señalaba el asiento del otro lado de la mesa, Meyer observó aquella butaca como si estuviera provista de mandíbulas

de acero cromado, abiertas al máximo para cerrarse sobre él; dudaba. Una camilla a su espalda, un expositor de utensilios médicos en bandejas de metal deslucido le daban escalofríos.

—Es el último chequeo, irá rápido. Cojo su expediente. ¿No quiere sentarse?

Se había inclinado hacia una tablilla, aguantándose las gafas con una mano para hojear los expedientes de la tripulación, Meyer muy incómodo prefería no mirar. ¿Qué tal?, dijo ella después, como se dice eso veinte veces al día, en un tono apenas más expresivo. Bien, contestó Meyer, bien. Luego las preguntas acostumbradas sobre el sueño y la circulación, la digestión, un poco molesto siempre abordar esas cuestiones ante las señoras. ¿Sin pérdida de apetito ni de memoria? No, dijo Meyer. ¿Ningún mareo de vez en cuando? Sí, piensa Meyer. Hotel Nègre-Welcome. Eyzin-Pinet. Ya podría acordarse. Pero contesta que no. Nada que indicar.

—Perfecto —dice ella—. Veamos. Va a echarse aquí. Me hará el favor de quitarse la camisa si no le... Así.

La sangre de Meyer inquieto iba a toda velocidad mientras se desabrochaba sin gracia. Quizá un poco rápido, diagnosticó en efecto, hablando por el estetoscopio sobre el torso desnudo de Meyer, pero el ritmo es bueno. Lo ausculto un poco, aquí. Sí, dijo Meyer. Pero relájese, está totalmente agarrotado. Disculpe, dijo Meyer muerto de miedo ante la idea de que le sugiriera luego desabrocharse el cinturón con el pretexto de ir a pescar el ganglio en la ingle. Pero no hubo nada de eso. Y aquí, apoyó ella suavemente, ¿le hago daño? Creo que no, dijo Meyer. Se vistió mientras ella apuntaba tres palabras en el expediente, antes de precederlo hacia la puerta.

—Está bien —dijo sonriendo impersonalmente—, todo irá bien. Hasta mañana.

Sí, vuelve a decir Meyer que se halla solo en el pasillo desierto pero que no se aleja, que hace una pausa, frunciendo el ceño como si tratara de entender una cosa, de acordarse de una cosa que tuviera en la punta de la lengua. Luego inspira profundamente, da media vuelta hacia la puerta y la abre: dispense, dice con voz medianamente firme, un segundo. Creo que me he dejado una revista.

La doctora se vuelve, miraba por la ventana, diríase que no tiene completamente la misma cara, una línea gris algo triste desfila suavemente por su mirada. Pues claro, dice bajito, por favor. Pero en vez de agarrar la revista corriendo y largarse, Meyer cierra primero cuidadosamente la puerta. Una línea más inquieta, más verde, pasa un poco más aprisa por los ojos de Lucie Blanche cuando Meyer deja la publicación en la mesa, la hojea metódicamente y la desliza hacia ella abierta por una foto, doble página central, que representa el centro comercial abarrotado de socorristas. Se entiende lo que quiere hacer, se comprende su proyecto. Pero también se ve que está emocionado, pobre, no hay manera de que acabe una frase de cada dos.

—¿No se acuerda de esto? —dice—. ¿No...? ¿Por qué no me, por qué hace como si yo, como si no nos?

Es arriesgado.

Es arriesgado, porque después de todo por qué quejarme, y en primer lugar qué tengo que reprocharle. A santo de qué. Todo el mundo tiene derecho a ser frío. El que una misma tierra tiemble bajo nuestros pies no implica en nada la intimidación. Pero pasa también que Meyer está bastante ofendido. También aún muy nervioso, al parecer: no quisiera que usted no tuviera, se esfuerza por desarrollar, pero me pregunto lo que yo.

Déjalo ya, Louis. Meyer calla. Como la joven no responde enseguida, sólo se oye el soplo del aire acondicionado, fuera apenas el grito de un arrendajo. En tres segundos de silencio apenas, Meyer tiene tiempo para objetarse que lo que hace es una idiotez, que puede acabar mal, que una insignificancia echa a rodar el ambiente en un vuelo espacial y que sería enojoso comprometer la misión; sí pero también a mí qué, se contesta con fuerza, no se me trata así, estoy nervioso, estoy molesto, y luego no vaya a salirme con el cuento de tomar eso por una señal clínica, un síntoma o yo qué sé, date cuenta que me prescribe Tranxene, me declara inútil para el vuelo orbital, cómo quedo; pero a mí qué, reitera con algo menos de fuerza. Todo esto en tres segundos. Luego Lucie cae sollozando en sus brazos. Claro, es lo único que hay que hacer, se dice Meyer fríamente, es el mejor modo de comportarse. Pero qué hago yo ahora.

—Vamos —dice—, vamos. Siéntese ahí.

Lágrimas de poca duración. Luego, sentada al borde de la camilla, sin hacerse más de rogar, la joven cuenta su historia, una simple historia como suceden entre la gente de continuo: Lucie quería ver a Paul sin que Charles-Henri se enterara.

Lucie quería pasar dos días en Marsella con Paul, justo un breve eclipse de incógnito para reunirse con él, ir y volver como si nada el fin de semana sin avisar. Meyer, celoso en el acto, ve bien el cuadro. Pero las circunstancias complican la escapada: primero el coche que arde, luego la tierra que tiembla son cosas que no pasan desapercibidas, que pueden comprometer la discreción de la empresa, amenazan con sacarla del campo de lo inadvertido.

Veo muy bien la película, piensa Meyer: *Infierno o cielo, qué importa*, una producción muy cara, veinticinco semanas de rodaje, numerosos decorados y multitud de extras, muchos efectos especiales, sonido Dolby estéreo, *starring* Lucie Blanche as Mercedes, *featuring* Lou Meyer en el papel de testigo engorroso.

Por si se han perdido el principio:

Temiendo que Charles-Henri se entere de ese viaje a Marsella y comprenda de inmediato sus relaciones con Paul, Lucie no ve en Lou Meyer más que un testigo comprometedor de su aventura. Mantiene, pues, a Lou muy distanciado, evita con él toda intimidad, cierra el paso a las confidencias, corta de raíz la menor veleidad de cita hasta la escena de la calle Cortambert, esta última reconstruida enteramente en los estudios. Se ve después, y es uno de los mejores momentos de la película, a Lucie

justificándose ante Charles-Henri por esos tres días de ausencia: la sucesión precipitada de sus mentiras en el balcón, mientras en el bulevar, debajo de ellos, suenan los clamores de una manifestación, luego la réplica conclusiva antes de la escena en la cama («*Tengo la costumbre*») están en todas las memorias. Bueno, dice Meyer, creo que ya veo. ¿No le apetecería una copa?

Se habían alejado de la enfermería por el camino asfaltado que empalmaba silenciosamente con la carretera, serpenteando bajo el sol entre las palmas. Meyer no sabía muy bien si debía cogerle el brazo a Lucie, cogerle el hombro o alguna cosa. Esté tranquila, le dijo en todo caso, no seré indiscreto. En el ángulo de la carretera una pequeña grulla cenicienta, posada en una cuneta, alzó el vuelo de mala gana al acercarse ellos.

En el comedor, una copa más tarde, se proyectaron el final de *Infierno o cielo, qué importa*: Lucie se entera de la muerte de Paul en el terremoto. Hermosos planos, muy expresivos, de dolor mudo en el metro aéreo. Pero la vida sigue, Lucie reemprende sus trabajos, rompe con Charles-Henri, se prepara para el vuelo orbital. Llorado Paul, olvidado pronto, Lucie se cree al amparo de su pasado hasta que vuelve a encontrarse con Lou en la segunda escena de ascensor. Ya conoce la continuación. ¿No me guarda demasiado rencor?

—No —dice Meyer—, tengo la costumbre.

Ha arrancado, parece. Al final de la cuenta atrás, tan pronto se da la orden de ignición, se inflama la pólvora de los cohetes auxiliares. Pero la astronave no arranca enseguida. Por un instante, sigue inmóvil en el área de lanzamiento, parece oscilar sobre su base como un árbol serrado, pero enderezándose verticalmente se desprende del suelo, se arranca de mala gana, no más rápida que una pequeña motocicleta cuesta arriba. Nos elevamos bajo el impulso de los propergoles y los aplausos de los técnicos.

Un músculo menor, en la sala de control, temblequea bajo la mejilla de Blondel. Dakota mea de alegría en las consolas tras las que veinticinco cohetólogos baten flojamente palmas, claqué mal pagada, harta de haber visto cien veces el espectáculo, aunque con el fragor del encendido la tierra tiemble de nuevo bajo sus pies. Fuera, rabihorcados, ibis y colibríes huyen de las palmeras dobladas por el escape de los gases, los pobladores del manglar se diseminan en orden distinto según sus medios, de la iguana al gavial, del perezoso a la anaconda. No es ciertamente el primer despegue desde que esta fauna se ha fijado cerca del astropuerto, sin duda está ya incluso acostumbrada, no es mucho más inquietante que el ejercicio de las sirenas todos los jueves a las doce de la mañana, simplemente se larga igual que se protesta, para que no se diga, contra el vecino de arriba.

Ha arrancado. Es excitante, claro, pero al principio se hace un poco largo, cerca de diez minutos molidos por la presión con todo el temblor, el rugir de las toberas y el sonido a tope de los altavoces, las órdenes gangueadas por la sala de control en un tono de urgencia que nos pone nerviosos, apretados en nuestras literas a medida como un cubierto de plata en su estuche. Se hace largo pero ya pronto acaba. Por fin acabamos de insertarnos en órbita y vuelve el silencio, disminuye la presión y luego se esfuma, recorreremos al fin, música de las esferas, el vacío cósmico interestelar.

Meyer, en su litera, aflojaba las sujeciones de su casco antes de quitárselo cautelosamente, sacando la cabeza y comprobando que, según lo convenido, se respiraba bien. Cuando un instante, falso movimiento, soltaba su casco, extendió vivamente la mano para retenerlo en su caída, pero no, el objeto flotaba en el mismo sitio en medio del aire. Ya empezamos, dijo a media voz. Durante la ascensión, Bégonhès y yo no habíamos parado de desgranar series de cifras y letras, ahora nos tomábamos un respiro, intercambiábamos algunas frases breves. Ya estamos, chaval, decía por ejemplo Bégonhès. Después, volviéndose hacia los otros:

—No hace falta que se levanten enseguida —aconsejaba—, tienen dos buenas horas antes de las manipulaciones. Procuren acostumbrarse al medio ambiente, primero, hagan pequeños movimientos en su sitio para entrenarse. Ya verán como con gravedad reducida se rompen las narices lo mismo que antes. Vamos allá, DeMilo.

No sin gracia y con la cabeza por delante, orientándonos por pequeños asideros livianos, nos propulsamos horizontalmente hacia el puente de vuelo. Desde el fondo

del habitáculo, Meyer observaba nuestras evoluciones, se fijaba en el emplazamiento de los asideros. Parecía fácil. Debajo de él, Lucie se desabrochaba una correa con un ruido plástico y Molino, en el colchón de encima, permanecía inmóvil y callado como un muerto. Qué hacer en tal caso con sus restos mortales, pensó distraídamente Meyer desabrochándose a su vez. Luego, como, sin esperar más, quisiera extraerse de su litera, se cumplieron al momento las advertencias de Bégonhès.

Procediendo, no obstante, le parecía, como nos había visto hacer a nosotros, aunque creía reproducir los movimientos observados, enseguida nada fue como debía ir. El caso es que es muy fácil romperse las narices en este medio, pero se las rompe uno de otro modo. Apoyándose en el montante de su litera, Meyer sale demasiado rápido de ella sin pensar en aguantarse y choca al pasar con la litera superior — impulso perpendicular que imprime inmediatamente a su cuerpo un movimiento rotativo—. Empieza a girar sobre si mismo en medio del habitáculo sin controlar ya nada, se golpea con las cosas que lo rodean, arranca de las paredes diversos accesorios que bailan en desorden, cada movimiento para evitarlos complica la rotación de Meyer que logra, por fin, coger un asidero, se agarra a él sofocado; en este medio no sólo se rompe uno las narices sino que también pierde el aliento muy pronto.

Agarrado con la cabeza hacia abajo, al parecer, su torso y luego sus piernas flotando oblicuamente por encima de él, Meyer, que reprime pequeñas arcadas, no oye hasta al cabo de un rato a Lucie, que ríe bajito, sin duda mirándolo. Jodido oficio. Me he orientado mal. Trata de volverse hacia ella componiéndose una vaga sonrisa desolada, pero desde su postura no distingue, al revés, más que a Molino, en absoluto muerto.

Habiéndose enderezado prudentemente mediante ligeras presiones controladas al milímetro, Meyer quiso progresar después hacia el puente superior. Pero sigue resultando difícil avanzar con la cabeza por delante, en esta pose de submarinista, parece natural pero no sale así como así. Aún tropezó varias veces con los utensilios antes de franquear el paso para unirse a nosotros. Frente al parabrisas inmenso, manteníamos un diálogo de centinelas, ante nuestras consolas flanqueadas por cámaras, dictáfonos y cintas magnéticas fijados a las paredes con pinzas, abrazaderas de goma; entre nuestros dos asientos, al alcance de la mano, flotaba una calculadora. Yo ya había sujetado a mi lado, en el marco de un indicador, un pequeño holograma de Jacqueline en bikini; por el extremo de una paja hundida en un contenedor sorbía un líquido a la fresa. Nuestro comandante de vuelo mascaba un chicle de limón de color verde.

Apuntando al asiento de Bégonhès, Meyer llegó sin demasiada dificultad hasta el mío. Agarrado al respaldo del asiento, con los pies apuntalados en los montantes, por encima de mi hombro echó un vistazo al parabrisas: espacio azul, blanco, indefinidamente.

¿Toma algo para beber, Louis?, dije señalando mi contenedor a la fresa: al

extremo de mi paja acababa de formarse una esfera de líquido tembloroso, color rosa caramelo, tamaño ping-pong y recorrida por ondas minúsculas. Como tuviera que inclinarme hacia el visor estelar, la esfera tuvo un temblor y luego se desprendió de la paja, escindiéndose al punto en dos pequeños globos que empezaron a desplazarse oblicuamente por la cabina, en dirección a Meyer exorbitado. Los atrapé de milagro y los aspiré al vuelo con la punta del canuto, uno tras otro. ¿Qué?, insistió Bégonhès. ¿Qué le apetece, Louis? Agua mineral, soda, zumo de fruta, café, leche vitaminada, todo lo que quiera. Sírvase.

Se agradece, pensaba Meyer viendo el distribuidor automático a menos de tres metros, pero inseguro de llegar hasta allí. Vale, dijo, más tarde. Sus falanges estaban blancas, se agarraba demasiado fuerte al respaldo de mi asiento. Relájese, le aconsejé, es inútil apretar tanto. Voy a buscarle algo. ¿Leche malteada?

—Mm —gruñó Meyer no muy entusiasmado—. ¿No hay algo un poco más tonificante?

—Todo lo alcohólico está racionado —advirtió Bégonhès—, lo siento. Está programado así. Sólo tendremos una o dos ocasiones de empinar el codo.

—Bueno —dijo Meyer—. Si es así, leche malteada.

Enseguida me desaté de mi asiento y alcé el vuelo, me gustaba hacerlo, hacia el distribuidor mientras Bégonhès consultaba una de las check-lists. Eso es, prosiguió, dos ocasiones: la conexión por tele con Hawai, pasado mañana, y luego el cumpleaños de Molino la víspera del regreso.

—Vaya —se interesó Meyer—. ¿Qué edad va a suponer para Molino?

—Cincuenta y dos, creo, cincuenta y tres. Los comportamentalistas han preparado el pastel.

Soltando un momento el respaldo del asiento con un suspiro, Meyer volvió a perder el equilibrio, empujado hacia atrás por su propio suspiro como un reactor adicional, reteniéndose por los pelos en un calzapié. Quizá no llegue a acostumbrarme, juzgó tras renegar entre dientes.

—Claro que sí —dijo Bégonhès—, ya verá como en una hora está resuelto, DeMilo le enseñará. Si no, puede ponerse esto, si quiere.

Un casco amortiguador estaba fijado debajo de las cámaras, ligero tocado hecho con tiras de cuero cruzadas, como los llevaban en el buen tiempo pasado los corredores ciclistas y los epilépticos. Meyer trataba de ponérselo con una mano cuando volví del distribuidor, reptando entre dos aires a treinta centímetros del suelo, serpenteando entre los obstáculos, me encantaba eso. Beba, le dije tendiéndole un pequeño paralelepípedo de cartón plastificado, después le enseñaré algunos ejercicios. Meyer despegó la paja fijada con celo a un lado del contenedor y la hundió en la cápsula de aluminio. Sí que es leche malteada, reconoció. Es tan asquerosa como siempre. Aunque el gusto no es del todo el mismo que en la Tierra, cómo cambia el sabor de las cosas según se absorban en alta mar, en alta montaña o en el metro.

Los ejercicios que le enseñé después no eran demasiado complicados. En cuanto hubo aprendido, primero, a hacer el muerto, le mostré cómo volverse sin apoyo, cómo coger impulso, cómo tomar una curva, cómo orientarse. Cómo asir las cosas y llevar los objetos, igualmente asequibles y manejables ya que aquí, en el espacio, ya nada pesa nada: sin más esfuerzo que si se tratara de una esponja, una postal, con la punta del dedo se levantaba un bulldozer, quince bombarderos, la estación de Lyon.

Era verdad que te acostumbrabas en poco tiempo, que, sin mucho esfuerzo, dominabas nuevas estrategias de evolución por tracción, rebote, que, pronto, resultaba hasta agradable flotar. En veinte minutos Meyer consiguió orientarse, volar recto de un punto a otro del puente de vuelo, le hice hacer un poco de simulación en el asiento. Bégonhès lo envió a buscarle un zumo de mango. Lo iba aprendiendo. Siga solo, dije, y para mostrar lo fácil que es efectué un triple salto por encima de mi asiento antes de sentarme. Fin del entrenamiento. Las 11,33 GMT. Vehículo en órbita de traslado. Check-list: órbita definitiva alcanzada dentro de un cuarto de hora y nueve mil kilómetros; inicio de las manipulaciones dentro de ochenta minutos. Qué puedo hacer mientras, preguntó Meyer, qué se puede hacer. Puedo ser útil. Para nada en absoluto de momento, dijo Bégonhès. Debería de verse la Tierra por el ojo de buey, atrás. Vaya a mirar. Acostúmbrese.

Ahora bien, es demencial lo pronto que te acostumbras, demencial cómo quieres mostrar enseguida tus progresos. De un aletazo y con esta finalidad, Meyer había vuelto al puente intermedio donde Lucie, que seguía en su litera, clasificaba unas fichas de colores vivos suspendidas en torno a ella. Vuelto de espaldas y sin decir palabra, aguantándose con una mano en una barra y con la otra de la embocadura de una bolsa vomitoria, Molino miraba por la ventana. Por encima de su hombro, Meyer avistó la Tierra actualmente amarilla y azul, cubierta en un tercio por espirales de nubes diluidas, fofas, trazos coloidales sobre el hemisferio Sur. La veo, gritó a los pilotos. ¿Se ve Pau?, respondió Bégonhès.

Considerado desde este ángulo, cubriendo el océano sus tres cuartas partes, el planeta parecía un poco abandonado. La luz difractada por el polvo de África, arriba a la izquierda, enrojecía el cielo por encima del continente. Meyer identificó Madagascar en plena mitad del disco: debían de hallarse a la vertical de Tananarive. Es mejor no mirar demasiado por el ojo de buey, sabe, dijo suavemente, no es bueno. Ah, no, dijo Molino, por qué. Las radiaciones, dijo Meyer, las partículas explosivas. Dan cáncer. Cuentos, dijo el civil.

Seguían admirando su patria chica cuando Bégonhès, apareciendo por la pantalla del circuito interior, les hizo saber que era hora de pasar a las manipulaciones. Interfaces y cristales para Meyer, cinetosis y zoo para Lucie. Meyer se volvió hacia ella: las fichas polícromas próximas a la joven, como pájaros moscas en vuelo estacionario, oscilaban lentamente bajo sus ojos.

Acurrucados en sus compartimientos, los otros bichos soportaban el viaje como mejor podían. Las pintadas japonesas ni chistaban en su rincón, apretadas con la cabeza bajo el ala, y las ratas, catalépticas, ojos escarlata y pelo immaculado, rabo perfectamente en el eje como un alfiler, tenían aspecto de joyas hipnóticas, broches de armiño incrustados de pequeños rubíes. Lucie les prescribió veinticinco granos de sésamo a cada una, con tres lombrices por pintada. La araña, sobre todo andaba despistada, tejiendo una tela incoherente sin el menor prurito de simetría, pero tan desorientadas como ella, multiplicando los errores de vuelo, las mosquitas soltadas por Lucie fueron a caer casi al punto en ella. Puedo encargarme de los gusanos para las pintadas, se ofreció Meyer, si eso le repugna. Peores cosas he visto, sonrió ella antes de ir a atender a Molino. Meyer la siguió con la mirada y luego volvió a sentarse, bueno, qué hago yo ahora. Sí. Los cristales.

Una vez acribillado el civil de electrodos y palpadores, atado a un soporte especial con algo de lectura, tenían una hora de tranquilidad por delante. Los cabellos de Lucie flotaban alrededor de su cara impecablemente moldeados, perpetua permanente. Meyer hablaba de una cosa y otra mirándola, pensando que un sostén pierde toda su razón de ser en gravedad cero. ¡Anda!, dijo Lucie. ¿Ha visto? Procedente del puente superior, una bolita de color marrón oscuro rodaba en medio

del aire hacia ellos. Sí, suspiró Meyer. Fue entonces cuando surgió yo como un torpedo, precipitándome tras mi café que aspiré de un golpe de paja en vuelo rasante, antes de regresar a mi puesto silbando *Truth is marching in*.

Pero, aunque dando perfectamente el pego, silbando aquella canción sin convicción, notaba bien —conozco a Lucie— que algo podía pasar entre ella y Meyer, lo había entendido al final de nuestra estancia en Kourou. No digo que eso me dejara indiferente, que no experimentara algunos celos, claro que no, pero no lo demostraba: manteniendo la sonrisa mientras silbaba, lo que en sí no resulta ya fácil, me alejé como si no pasara nada. Poner mala cara sólo hubiera servido para perjudicarme. Demos tiempo al tiempo, ya veremos. Sé esperar. Tengo paciencia.

Acabábamos de alcanzar nuestra altura y nuestra velocidad de crucero, a trescientos kilómetros del suelo y treinta mil kilómetros por hora, circuito clásico de los vuelos habitados, autopista orbital en la que pronto cruzamos y adelantamos a algunos satélites. Todo tipo de satélites en forma de tam-tam, de erizo de mar, de lámpara 1950 o de virus, y girando sobre sí mismos indefinidamente. Los más flamantes lucían con todo su cobre pero otros olían a final de carrera, algunos sin condiciones, electrónicamente muertos, algunos totalmente dislocados. Luego habituales residuos yacían fuera de circuito, en los arcones, piezas sueltas de generador solar, fragmentos de alerones térmicos, trozos de antenas, una vez hasta un guante grande.

Cuando Bégonhès murmuró por la pantalla que había llegado el momento de lanzar el primero de nuestros artefactos, me puse la escafandra y me dirigí hacia la popa de la nave. Abierta la puerta de la cámara como un diafragma iris, me metí por aquel pasadizo cilíndrico, antesala entre la zona habitada del orbitador y el pequeño recinto que da acceso a la bodega. Una vez aflojada la escotilla externa, me instalé ante los mandos del brazo telemanipulador. Bégonhès, apostado en el puente trasero, supervisaría la tarea en doble mando. El satélite espía estaba allí, nombre de código Royco, de las dimensiones de un Austin pequeño, montado sobre un lanzador de dos pisos y soldaduras aparentes. Puse en marcha las cámaras fijadas al codo y al puño del telemanipulador, luego activé la abertura de la bodega. Sus puertas se corrieron silenciosas, descubriendo el cosmos por encima de mí, el vacío en que no existe el sonido. Delicadamente hice pivotar el espía sobre sí mismo con la ayuda del sistema de mano de tres pinzas al extremo del brazo, para instalarlo en posición de despliegue. Apoyándose luego en los asideros dispuestos en la bodega, me acerqué al satélite, comprobando su orientación, corregí el ángulo uno o dos grados y lo expulsé después con un leve empujón.

Detrás de los ojos de buey del puente intermedio, Meyer y Lucie miraban cómo Royco trazaba en el éter un lento movimiento, se alejaba del orbitador hacia su punto de ignición desde el que accedería a cielos más elevados. Sin avisar, Molino se había adormecido en el fondo del habitáculo, a media altura de los *Get Away Special* flotando oblicuamente con la boca entreabierta y los ojos cerrados, con los brazos

ligeramente flexionados delante de él. Meyer tocó con la yema de los dedos el hombro de Lucie: se ha dormido, dijo en voz baja, ¿qué hacemos? ¿Lo ponemos en su litera? Mientras la joven susurraba que lo dejara, que ya estaba bien así. Meyer dejó los dedos en su hombro, añadiendo el resto de la mano —la palma, el pulgar— no menos delicadamente que una pinza de telemanipulador. Lucie lo dejaba hacer. Dormido el civil, ocupado Bégonhès en el puente trasero, yo de salida extravehicular, estaban solos en la nave, tranquilos por un rato. Más que nunca, suponía lo que iba a pasar. Rechazando esta idea, me concentré lo mejor que pude en mi tarea.

Sopa Soubise en tubo para cenar, carne preparada tipo jabalí, verduras rehidratadas, agua sin gas. Siempre crítica respecto al agua potable, Lucie reprocharía a aquella su ligero regusto de permanganato. Terminada la bandejita de pudding, tomando el café se relajaron un poco. Bégonhès contó dos chistes para cosmonautas que no se pueden repetir, que no se pueden entender a menos que se ejerza esa profesión. ¿Estamos bien. Molino?, dijo. ¿Aguenta el trance? Más o menos, dijo el civil escéptico, balanceando la mano en pronación, y luego describiendo una letargia de aspecto gripal, con obstrucción de los senos y náuseas. Lucie tomó unas notas.

—Cuadro clásico de cinetosis —diagnosticó Bégonhès—, es el síndrome habitual. La provoca la ausencia de horizonte.

Todo duerme luego en la astronave pero todo duerme mal, y no más de tres o cuatro horas apenas. En cuanto cierras un ojo te parece que vas a caer, violentísimos sueños breves te atraviesan como rayos, encima el civil no para de moverse en su litera. ¿Le pasa algo, Molino?, pregunta Meyer. No puedo dormirme, dice el civil con voz sorda. Será la siestecita que me he echado. No debí hacerlo.

Había acabado adormeciéndose pero al despertar presentó trastornos agudizados, vomitando el desayuno como me había temido. Ayudé a Meyer a limpiarlo todo, expulsar las bolitas grisáceas en suspensión dentro del habitáculo, fregar los tabiques constelados de hemisferios de café con leche. Vote a Molino. Lucie lo había instalado en un sitio bien tranquilo junto a un ojo de buey. Con la cara lavada, la frente cubierta con una manopla húmeda, el diputado miraba una gigantesca tormenta sobre América central, compacidad de nimbos iluminada de relámpagos por debajo. Después el Atlántico volvía una página y apareció Occidente, el cercano y luego el Extremo Oriente, incendios forestales y monzones, acá y allá, despedían salpicaduras amarillas y rojas de conflictos armados. De un campo de petróleo en llamas y luego de un volcán nervioso se elevaban dos hilos de humo, dos largos tallos mecidos hasta la estratosfera en la que se abrían dos flores negras. Por último, el ojo sin maquillaje de un ciclón demoliendo las Filipinas.

Durante los dos días siguientes todo fue, muy pronto, casi siempre igual. Los animales se habían calmado. Las ratas y las pintadas se resocializaban, hasta las medusas tenían un aspecto más relajado. La araña, recobrando el ánimo, había vuelto a producir geometría. Más fácilmente aún que el espía Royco, desplegamos el satélite Agro. Financiado por una asociación de ganaderos, Agro permitiría la localización en tierra de cualquier bovino europeo —unos collares emisores difundirían el nombre de la vaca, su temperatura y su estado de ánimo—. Simpático artefacto monobloque, no mayor que un balón de baloncesto y cubierto de reflectores, con un lob bastante ajustado lo propulsé, tiro a la canasta, a la materia interestelar.

No abundaban las distracciones. Echábamos un vistazo por el ojo de buey al pasar, quince veces diarias, por encima de casa. El segundo día de vuelo, una de las pintadas puso un huevo esférico, que admiramos y colocamos luego en la incubadora. El tercer día, para ocuparnos, propuse organizar un pequeño voleibol con la cabeza fantasma: sin éxito. Luego, aparte de correr por la cinta de jogging, pedalear en el velocímetro o poner un vídeo, había poco que hacer entre los intervalos. Hay calma, hay mucha calma, no es mucho más complicado ni arriesgado que un viaje a, digamos, Thonon. Ni una vibración, ni un ruido. Ni una turbulencia en el espacio, ni una tormenta ni un trance difícil, nunca el menor bache; eso puede excitar los nervios a algunas complexiones.

A Molino, por ejemplo, que, ya antes, no había renunciando a vomitar sin advertir de vez en cuando, le dio por tener además serios ataques claustrofóbicos: estridentes accesos de un diputado convulso, a punto de ahogarse, dispuesto a todo por una puerta abierta, mi alma por un soplo de aire, por piedad bajen por piedad ese cristal. Cuando se ponía insoportable, Lucie le inyectaba un ligero sedante. Dos horas al día, por lo menos, disfrutábamos de un poco de paz cuando Molino, atado en su zócalo experimental, respiraba bolsas de gases premezclados. Entre experimento y experimento nos dedicábamos a limpiar un poco. Meyer acosaba a la joven cuando yo estaba ocupado en otra parte.

Cuarto día de vuelo, conexión con Hawai. Blondel había negociado la transmisión en directo con algunas televisiones, por lo que era conveniente organizarse un poco. La emisión que iba a iniciarse a la altura de la Polinesia se prolongaría hasta la vertical de Moscú, lo cual, en definitiva, nos supondría poco tiempo. Una hora antes absorbimos geles euforizantes, ración doble para el civil. Qué vamos a hacer exactamente, se preocupó Bégonhès, nunca muy seguro ante las cámaras. ¿Hay que preparar algo? Nada en absoluto, lo tranquilicé, hagan como les he dicho. Ustedes permanecen naturales, yo me encargo de todo. Molino, usted trata de sonreír un poco más. En antena dentro de seis minutos. Tengo la sensación de que voy a salir mal, dijo Bégonhès.

Poco antes de que sobrevoláramos Honolulu, gradué la cámara. Los demás se

colocaron al fondo del puente intermedio. Me puse una de mis camisas con palmeras estampadas, me calé gafas negras y fui a flotar en primer plano, tocando tres acordes menores en un ukelele proporcionado por los comportamentalistas. Los demás sonreían detrás saludando a los sublunares, sorbiendo pequeñas dosis de ron planteur con los tubos apropiados. Como ven, dije al mundo, todo marcha bien. Luego; sin dejar el ukelele, efectué mi triple salto. Bégonhès y Meyer aplaudieron, oí reír a Lucie a mi espalda. Estos numeritos gustan siempre a las chicas, en eso confiaba. Aunque igualmente se exponen a irritarlas. Roguemos que no jueguen demasiado en perjuicio mío.

Y ahora, anuncié, nuestro comandante de a bordo va a dirigirse a ustedes. Como ven todo marcha bien, improvisó Bégonhès sonrojándose. Ningún problema, prosiguió, nada que decir. Eso pita. Después, muy pronto nos acercamos a Rusia, madre oficial de la aventura cósmica: cubriéndome con una chapka, troqué el ukelele por una balalaika, mientras los otros tiraban vasitos de vodka por detrás de sus hombros. En vez de ir a estrellarse como de costumbre, los vasitos proseguían una lenta trayectoria horizontal antes de rebotar blandamente en una pared. Vale, dijo una voz en off, concluido. Créditos. Música de las esferas. ¿Qué? ¿Ya está?, exclamó Bégonhès. ¿Por qué? Me gustaba mucho. Al final estaba muy bien. Blondel apareció en una pantalla.

—Muy bien —confirmó—. Perfecto. DeMilo, gracias. Estaba bien, Bégonhès, sí, si, ya sabe que estaba muy bien. Sabe que está realmente bien.

—Me ha parecido corto —dijo Bégonhès—, se me ha hecho corto. ¿Noticias de Cosmo?

—Ya no deberían de estar lejos.

La misma noche, en efecto, tras una carrera persecutoria de tres millones de kilómetros en sesenta y seis revoluciones, lo avistamos por fin girando sobre sí mismo en la negrura.

Una vez localizado el artefacto, Bégonhès había mandado abrir la bodega y cortado el pilotaje automático. Mientras volvía a ponerme la escafandra, él dirigía mecánicamente la aproximación final, situando nuestro orbitador de forma que la bodega se hallara exactamente frente a Cosmo, al que observábamos. El satélite tenía la forma así como el tamaño de un autobús, pesaba doce toneladas y sumaba ciento cincuenta experimentos autónomos. Parecía haber sufrido bastante con su prolongada permanencia en órbita: algunas piezas sueltas flotaban dispersas en torno a él, el espectrómetro se hallaba en un estado terrible y los paneles de aluminio que protegían ciertos compartimientos de experimentos habían explotado, enrollados sobre sí mismos como las tapas de conserva.

En aquel instante estábamos justo sobre París. Cosmo y nosotros mismos circulábamos juntos a unos ocho kilómetros por segundo. Un cuarto de hora más tarde, mientras sobrevolábamos el Himalaya, franqueé la puerta del compartimiento estanco y me propulsé al cielo abierto hasta el scooter espacial aparcado al fondo de

la bodega. Desaté la cadena antirrobo antes de subirme a él, me dirigí a todo gas hacia el satélite, mis guantes giraban con suavidad en las guías. El cielo negro estaba lleno de estrellas azules, la Tierra a mis pies giraba tranquilamente. Solo, cruzando la noche sideral, conectado por un hilo con la astronave, oía por ese hilo a Bégonhès que discutía con la base, comentaba nuestra acción. Aquella única vez hubiera deseado cortar el sonido un instante, pero por fin abordé Cosmo.

Asiendo el satélite por una pieza de amarre, interrumpí su rotación antes de remolcarlo al alcance del brazo telemanipulador. Luego, el scooter giró en curva cerrada, volviéndome hacia los mandos del brazo. Habiéndome adueñado de Cosmo, lo hice pivotar lentamente dejando antes, por precaución, en caso de fallo de aquella operación, que las cámaras lo filmaran en todos sus ángulos. Después sujeté el artefacto a la bodega y fui a acostarme.

A la mañana siguiente, Meyer acudió junto a Cosmo con un espectrómetro nuevo y varias herramientas; un grueso folleto encuadernado de instrucciones y planos flotaba tras él, unido mediante una goma a su escafandra. Mientras él procedía al cambio estándar, por mi parte comprobé el ángulo del telescopio y coloqué en su sitio las protecciones de cajón. Nos llevó todo el día remozar y poner luego en su órbita un Cosmo enteramente nuevo; por la noche, a la hora de la cena, Meyer estaba hambriento.

Cenamos y después felicitamos a Molino por su cumpleaños. Pastel, regalitos, paja de Veuve Clicquot. En el pastel, las llamas de las velas parecían más sólidas y más redondas que en la Tierra, menos fáciles de apagar. Contento porque lo felicitáramos, contento porque regresáramos mañana, el civil se había relajado, los medicamentos sobre todo lo habían relajado por completo. Con más frecuencia de la que le correspondía, repitió de pastel, chupó igualmente de la paja de champán y se echó a reír por una nadería, luego por nada en absoluto, siguió riéndose solo mientras se miraba las rodillas hasta que Bégonhès, con ceño fruncido, lo mandó a la cama.

Todos acostados, silencio en la nave. Pero sin duda excitado por su trabajo de la jornada, ahora era Meyer quien no lograba conciliar el sueño. Echaba una ojeada hacia abajo en la sombra: Lucie tampoco parecía dormir, Meyer no veía en qué se posaban sus ojos. Sin hacer ruido, midiendo el menor gesto, se deslizó de su soporte y se acercó a la joven: el orbitador sobrevolaba Venecia en el primer abrazo, magnitud 9 en la escala de los besos.

Luego, habían girado uno sobre otro en suspensión, largamente, flotando ligeros sobre la litera. Aunque Molino dormía a pierna suelta, ebrio de champán y ansiolíticos, habían preferido con todo alejarse. Abandonando sus camas superpuestas, revolotearon sigilosos hacia el puente de vuelo desocupado a aquellas horas. Una vez salvado el paso, sus impulsos los llevaron al centro geométrico de la cabina de pilotaje. Bajo ellos dialogaban las consolas mediante bips apagados, clics discretos del pilotaje automático. Meyer estrechaba intensamente a Lucie contra él, paseaba sus dedos rápidos por los corchetes de su uniforme.

Como es sabido, nada se parece tanto al espacio como el agua. El efecto de ingravidez viene a ser aproximadamente el mismo. Ahora bien, muy comúnmente, nos parece que no estaría mal acoplarse en el agua. Es un ensueño ampliamente difundido. Todo el año, mientras trabajamos de lo lindo, nos gusta pensar que estaría realmente bien. Luego, en cuanto llegan las vacaciones, la temporada de los baños de mar y los amores, lo probamos: pronto nos percatamos de que, aun tocando fondo, no resulta tan cómodo como nos parecía. Pues lo mismo ocurre con cero de gravedad. No hay asideros, apoyos, resistencias, pero se consigue de todos modos concentrándose bien. Los corchetes estratégicos mayores los había localizado Meyer enseguida. Uno tras otro los fue desabrochando, justo bajo el objetivo de una de las pequeñas cámaras de a bordo que, por distracción, me había dejado conectada.

El civil, al día siguiente, no parecía interesarse por nada. ¿Pasa algo, Molino?, preguntó Bégonhès. Puede que el champán de anoche, supuso el diputado. ¿Bebí mucho? ¿Cuándo regresamos? Bégonhès consultó su reloj. Nueve horas, dijo, no tardaremos más. Soltamos el último satélite y se acabó.

A las diez clavadas desplegamos Sismo. A las diez y ocho acciono los propulsores de frenado, al instante disminuye la velocidad; despegándonos de nuestra órbita, iniciamos el descenso. Habiéndose desprendido de la astronave el módulo de servicio que encierra los propulsores a las diez treinta y tres, volvemos a penetrar en la atmósfera planeando a las diez treinta y seis. Siguen cinco minutos de ruido y furor, de presión más violenta aún que en el despegue, cortado contacto radio, black-out total. Atravesando una capa de plasma, la carlinga del orbitador se pone al rojo vivo, luego al amarillo anaranjado. Diez cuarenta y uno: el suelo está a cuarenta kilómetros. Diez cuarenta y dos: a treinta kilómetros. Diez cuarenta y cuatro: a diez kilómetros.

Meyer salió del hospital militar y cruzó por el paso de peatones. En el retrovisor de un viejo Fiat, una joven se retocaba la pintura de los labios esperando que el semáforo estuviese verde. Aparte de eso, todo el mundo tenía aspecto normal. Los transeúntes, por la acera de enfrente, iban y venían con sus ideas, su bolsita gelatinosa de pensamientos temblando como una flor translúcida en lo alto de su cabeza, sacudiéndose al ritmo de sus pasos.

De vuelta de Guayana tras unos días de descanso, todo tipo de análisis médicos, Meyer había aterrizado esta misma mañana en Villacoublay. Por la tarde último chequeo, último análisis de sangre, y luego lo habían mandado a casa. Bajo la marquesina de la parada de autobús, mientras esperaba el 91, se subió la manga para arrancarse el apósito de la vena. Retorno a la gravedad universal: estrujando el confeti de gasa y esparadrapo, haciendo una bolita, con la punta del pulgar Meyer lo envió anjuntarse al pie del semáforo, en el arroyo, con envases de antitusígenos y anorexígenos, barritas chocolatadas, tarjetas de transporte canceladas.

Un autobús 91 lo llevaba luego hasta la estación de Lyon, después un 65 hasta la estación del Este desde donde fue a su casa andando, por las calles de Alsace y del Aqueduc. Abordaba los confines del sector Maroc, cuando entró a procurarse un pack de cervezas en un súper vacío donde conversaban un par de dependientes (¿Qué tal Véro? —Bien —¿Cómo ha ido el fin de semana? —Bien). Subía luego por la calle de Tanger, el callejón de Maroc y luego su propia escalera. Daba vueltas con la llave en su cerradura, acogido por un ruido de aspirador procedente del cuarto de baño. Con las cervezas bajo el brazo, sin quitarse el impermeable, cruzó el piso en dirección a aquel ruido. ¡Hola!, dijo, ¿qué tal vamos? Yo muy cansada, contestó la señora Alazar. No se extenúe en vano, dijo Meyer, haga simplemente el dormitorio y limpie un poco la sala de estar, puesto que espero a una visita. Sólo un poquito. Una mujer, se figura la señora Alazar. Sí, piensa Meyer, pero estoy un poco asustado. Suena el teléfono.

—Sí —dice Meyer—, muy bien, mamá. Todo salió perfectamente. Ya te lo contaré.

—No parece tranquilo —observa Maguy Meyer—, hablas como quien está en plena corriente de aire.

—Estoy un poco asustado —reconoce Meyer.

Mientras la señora Alazar se ocupa del dormitorio, Meyer va de un cuarto a otro preparando el terreno, lo cual se limita, a fin de cuentas, a guardar en un libro la foto de Victoria puesta en el cubrerradiador. En cambio no desclava, en la cocina, la foto de Cindy Sherman titulada *Untitled film still* ≠ 7.

Lucie ha llegado demasiado tarde para el té, algo pronto para el Campari, inmediatamente se ha instalado en su cama y luego en su casa. Eso dura varios días, luego trae algunas cosas. Eso dura varias semanas. Lucie se escuda en la exigüedad

del ropero, en el callejón de Maroc, para aplazar el traslado de toda su indumentaria. Meyer habla de hacer algunas obras de acondicionamiento. Eso dura quizá un mes. Yo espero. Todas las mañanas, Meyer se dirige a su trabajo en los Mureaux. Antes de comprarse otro coche con el dinero del seguro, conduce gustoso el pequeño cupé amarillo marsellés que Lucie ha conservado; la radio no se ha movido de su compartimiento. Por la noche, cuando vuelve, se toman una copa, Meyer habla de su trabajo. Lucie menos a menudo del suyo. Lucie más bien le aconsejaría desprenderse, por ejemplo, del sofá a grandes cuadros. Cenan en la cocina y cada noche puede ocurrir que vayan al cine, los fines de semana se dedican a recorrer las afueras.

No todos los fines de semana: por ejemplo hoy sábado, tras una llamada de Vuarcheix, Meyer tiene que irse justo después de comer. El asunto parece serio y Meyer se teme que no podrá estar de vuelta para la cena: más vale que Lucie no lo espere esta noche, seguramente regresará tarde. Se inclina hacia ella que está leyendo una revista en la sala de estar, al fondo del sofá. La besa, Lucie no se levanta. Intercambian miradas convalecientes, sonrisas veladas, tiempo cálido pero ligeramente cubierto, luego Meyer sale. Ha cerrado la puerta y Lucie no lee ya la revista. Mira un punto en el aire tras lo cual se levanta bruscamente, cruza la estancia en dirección a su bolso, busca una agenda en el bolso y después un número en la agenda. Vuelve a sentarse en el sofá, coloca el teléfono en un cuadro del damero, muy próximo a ella, antes de marcar dicho número. Descuelgo al momento.

Hasta descuelgo con cierta viveza. No suelo hacerlo. Basta con pocas palabras para citarnos, a última hora de la tarde, en una cervecería cerca de Alma. Cuelgo de nuevo con bastante brusquedad, hago mal poniéndome nervioso pero, pronto, ¿cómo me visto? Consultado, el espejo sugiere que lleve esta misma chaqueta color rojo oscuro correcta, en cambio otra camisa, quizás, estaría más indicada. Pero, demasiado nervioso para cambiarme enseguida, me como la mitad de una uña antes de echar un vistazo a Titov, acurrucado al fondo de su compartimiento.

Lo creía dormido como de costumbre, pero no: erguido contra la pared, rígido sobre sus traseras, su cuerpo está agitado por temblores irregulares. Nunca había visto temblar a Titov, no lo imaginaba capaz de temblar, pues bien, acercándome, oigo que le castañetean los dientes. Titov, Titov, le digo suavemente. Volviéndose a medias, me echa una rápida mirada, veo sus pupilas dilatadas al fondo de sus ojos exorbitados. Su cuerpo es brutalmente sacudido, de arriba abajo, por una ola propagada como una tela que se agita, luego se vuelve hacia la pared. Titov, insisto, pero ¿qué te pasa? No me contesta. De ordinario tan tranquilo, incluso indolente, no lo había visto nunca en ese estado. Salvo acaso una sola vez, cuando Blondel me hizo una visita acompañado de Dakota. Titov no había podido soportar a la rata.

Poniéndole la mano en lo que sirve de frente, compruebo su temperatura. Normal. Luego, con un ojo en el reloj, asiéndolo de una de sus patas anteriores cuyas uñas rascan la pared, tomo el pulso del animalito, 95, un poco rápido pero sin motivo de alarma. Las tres menos cuarto, acaba de indicarme de pasada el Rolex, cinco horas que matar antes de mi cita en Alma. Doy vueltas, me gustaría hablar con alguien. Pues ve a pasear un rato, ve a ver a alguien. Ve a ver a Max, por ejemplo, eso te distraerá. Vale, de acuerdo. Antes de salir, por precaución, cierro de todos modos con llave la puerta del cuchitril, cosa que nunca había hecho desde que Titov vive aquí.

En la calle, como siempre, por encima de las cabezas peatonales, se mueven las pompas de sus ideas. Pero en vez de oscilar tranquilamente, según los pasos, aquellas bolsitas translúcidas se agitan más de lo corriente, como azotadas por una brisa. Imposible encontrar un taxi. Iré a casa de Max andando.

Tampoco él parece muy en forma. El que le haya crecido un poco la barba desde la última vez podría hacerme inferir que periclitan sus negocios. Pero nada de eso, lo sé muy bien, su libro de encargos está lleno hasta el siglo que viene. Simplemente parece preocupado, distraído, distante, lo cual no le ocurre a menudo. Además, contrariamente a sus costumbres, no me permite visitar el taller. Deja, me dice, no es momento. No entres, no es muy bueno. ¿Café? Pues sí. Nos quedamos en el vestíbulo ante la cafetera exprés. Pausa. Max abre (*Truth is marching in*) y cierra luego un radiocasete puesto encima del chisme del café.

Por la puerta entreabierta del taller distingo, con todo, parte de la obra en elaboración, un gran retrato de cuerpo entero de Kim Jong-Il que tampoco encaja

mucho, a mi entender, con el estilo de Max. Muchas vacilaciones superpuestas, algunas salpicaduras mal controladas, abundancia de listados, de rayados, zonas borrosas. Nada que recuerde esa manera precisa, clínica, frontal que despliega Max cuando acepta encargos de retratos oficiales. No tendría que beber tanto café ahora, dice, ¿has visto cómo tiemblo? Pausa. ¿Quieres otro? Gracias, digo, no.

La luz cambia cuando dejo el taller, pienso un instante en Meyer. Por encima de las cabezas de los transeúntes, las pompas de ideas se agitan cada vez más, amenazan con abandonar los occipucios. Después, habiéndose levantado de veras el viento, algunas se agitan con más fuerza y se desprenden, acaban volando como globos de niños, planean y luego se elevan blandamente para desaparecer más allá de los tejados. Ha habido un cambio de tiempo. De camino, intento organizar una estrategia para la cena, no lo consigo. Decido que ya veremos. Las estrategias fallan, más vale siempre improvisar.

Llego a casa, las cinco menos cuarto, faltan tres horas. Fuera, apenas de vuelta, hete aquí que empieza a llover. Pienso cambiarme, pero antes cierro la vidriera. Después paso al dormitorio y me dirijo hacia las camisas. Pronto las tengo vistas, separo algunas. Cuatro, cinco. Por lo general, luego voy rápido, elijo en el acto. Esta vez no. De las cuatro o cinco, pronto nueve o diez, más tarde cuarenta camisas entre las que dudo, no hay modo de decidir. Bueno. Cojo cada una de ellas en particular, repaso sus cualidades, los defectos de sus cualidades, las cualidades de sus defectos. Difícil, ya, optar entre clásico y fantasía. Cosa tampoco corriente. Clásico o fantasía. La Brooks Brothers de base o la abigarrada con batracios. Yo que no dudo nunca, trato desesperadamente de elegir. Pruebo, he sabido, ya no sé. Las cinco y media. Titov aúlla. Vuelvo a la sala de estar, el agua chorrea por los cristales de la vidriera. Antes era un agua clara, una lluvia clásica más bien refrescante y ahora parece enturbiarse, precipitarse a lo opaco. Ligeramente ocre al principio, se hace cada vez más oscura y tira pronto, nunca lo había visto, al rosa intenso y luego al pardo rojizo. Al cabo de un rato, se diría sangre.

Notas

[1] En el original *comportementalistes*. Se refiere a los psicólogos que aplican la doctrina denominada en inglés *behaviorism* (*conductismo*); una traducción más correcta en castellano sería *conductistas*. (N. del Ed.) <<

[2] El texto original de Anagrama dice «campanario militar». Este es un claro error de traducción; el original de este párrafo reza: «*Aspect de vieux motel en même temps que de vieux camp militaire périmé, désaffecté, recyclé dans le paramilitaire*». (N. del Ed.) <<

[3] El kirs es un popular cóctel francés elaborado con crema de cassis (licor de grosella negra) y vino blanco, que se suele tomar como aperitivo. (*N. del Ed.*) <<